

LEON ARSENAL



LAS LANZAS
ROTAS

LEON ARSENAL



LAS LANZAS
ROTAS



León Arsenal

Las lanzas rotas



Esta novela debe especial agradecimiento a Alfredo Lara y Rosa Maroto, que echaron más que una mano en los momentos más difíciles del parto.



O

El pelendón Coluso, además de un jefe entre los suyos, y dueño de mucho ganado, era también un hombre lleno de una tremenda curiosidad. Curiosidad que, siendo más joven, le había llevado a viajar por las tierras de los pueblos limítrofes así como a alistarse en las legiones romanas. Y aún ahora, años después, rara era la vez que perdía ocasión de charlar con viajeros y mercaderes. A menudo les convidaba a beber y escuchaba fascinado sus historias sobre gentes y costumbres de países muy lejanos, y no se cansaba nunca de preguntarles.

En ocasiones, también, solo por capricho, se armaba y acompañaba al viejo Seddiano en sus andanzas por los bosques, ya que disfrutaba hablando con el viejo brujo, hombre sabio e iniciado en extraños secretos. Este último aceptaba su compañía de buena gana; no porque quisiese ninguna escolta, sino porque también él era un alma inquieta, y le gustaba la conversación de aquel hombrón, a un tiempo amable y arrogante, que tanto había visto y oído.

Por eso, un cazador o un trampero bien pudieran haberse topado, por casualidad, con aquella pareja un día cualquiera, a comienzos de primavera, mientras deambulaban ociosos por las espesuras. Coluso portaba una gran lanza, más alta que él, y dos dardos y un puñal, metidos en el cinto. El viejo Seddiano no llevaba sino su cuchillo afalcatado, que era el que usaba para cortar las plantas. Caminaban sin rumbo fijo, buscando las hierbas que necesitaba el brujo, charlando y disfrutando de un día tibio que, luego del invierno, se agradecía aún más.

El sol brillaba entre las ramas, la brisa agitaba las copas de los árboles y, en la profundidad de la arboleda, los contraluces temblaban al paso de la menor ráfaga de aire. Los arroyos del deshielo susurraban, se oía cantar a los pájaros y el follaje murmuraba.

Aquella zona, como la mayor parte del territorio de los celtíberos pelendones, era agreste y muy boscosa, más pobre que las tierras de sus parientes sureños y orientales. Y Coluso, lanza en mano, andaba siempre alerta ante una posible aparición de ladrones y fieras, aunque el viejo no prestaba atención más que a sus plantas.

A veces este último se detenía de golpe, dejando incluso una frase a medias, para arrodillarse junto a alguna especie vegetal en concreto. Estudiaba las hojas, los brotes, las flores; las acariciaba con sus dedos, incluso canturreaba, antes de decidirse a cortar o no un tallo con su cuchillo, de hoja semejante a una guadaña en miniatura. Coluso se quedaba aparte, apoyado en su gran lanza, y le contemplaba en silencio, con una mezcla de paciencia y respeto.

El viejo sabía de hierbas que curan y de maleficios que matan, de cómo invocar a los muertos y, lo que es más importante, de cómo alejarlos del sueño de los vivos. Era alto, de pelo blanco y piel renegrida por el sol y el viento. Vivía como si el tiempo no existiese y podía emplear cuanto hiciera falta en acariciar y murmurar a una planta antes de cortarla y guardarla en su cesta, o levantarse e irse, dejándola intacta y sin dar explicación alguna a su acompañante.

Yendo de un lado a otro, parándose aquí y allá, fueron a salir a abierto: a unos prados que, con las lluvias, se habían cubierto de hierbas y matas que casi les llegaban al pecho. Anduvieron calmosos por aquel mar de verdor, salpicado de flores amarillas, rojas, violetas, blancas, que se ondulaba a cada ráfaga de viento. Al fondo, a un centenar de pasos, se levantaba un poblado de chozas de piedras y adobes, con techumbres de ramas, y, a esa distancia, oían claramente gritar a los chiquillos y ladrar a los perros.

El viejo hechicero se apartó, dejando a Coluso con la palabra en la boca. Pero, en esa ocasión, tras agacharse y escudriñar entre las hierbas unos instantes, reclamó a su compañero con gestos vivos. Este se acercó intrigado, lanza en mano, y ya al primer vistazo también se arrodilló a mirar. Porque lo que había llamado la atención de Seddiano no era ninguna planta, sino una huella impresa en la

tierra reblandecida por tanta lluvia.

—Un oso. —Coluso dejó resbalar sus dedos por la marca de la pata, valorando tamaño y profundidad—. Un oso muy grande. Y estas huellas son de lo más recientes.

Se incorporó y, perdida ya la indolencia, comenzó a rastrear las pistas a lo largo y ancho de la pradera, apartando a veces las hierbas con su lanza, para poder estudiar mejor el suelo. Seddiano se quedó arrodillado junto a la primera marca, acariciando sus contornos con expresión abstraída. Su compañero regresó junto a él al cabo de un rato, surcando la profusión de hierbas con el ímpetu de un toro.

—Ese oso venía del bosque, de allí. —Iba señalando con la mano—. Se quedó en la pradera bastante tiempo. Fue de un lado a otro y las huellas se entrecruzan varias veces, pero acabó por marcharse por donde había venido.

El hechicero asintió, antes de ponerse en pie. Se quedó parado, pensativo, y se manoseó la barba, que era larga y blanca y estaba sembrada de diminutos amuletos.

—¿Te has dado cuenta de lo grande que es?

—¿Cómo no iba a darme cuenta? Es un verdadero monstruo. Jamás había visto nada igual. —Coluso lanzó otro par de miradas a su alrededor—. ¿De dónde puede haber salido una bestia así?

—No es de esta vecindad, eso desde luego. Alguien le hubiera visto antes, o se habría topado con sus huellas, y lo hubiera contado. Y el boca a boca hace siempre más grandes a las fieras, no más pequeñas.

Coluso se echó a reír.

—¡Cuánta razón tienes! ¿Pero, qué demonios hizo que ese oso se acercase tanto al poblado?

—Saca tus propias conclusiones.

—A los osos no les gusta el olor del hombre. Pero este da la impresión de que anduvo husmeando.

—Sin duda, buscaba algún tipo de presa.

—Los del poblado no traen nunca el ganado a estos pastos...

Sin acabar la frase, Coluso se apoyó en su lanza y echó otra ojeada

en dirección a la aldea. Ganadero y cazador, bien sabía él que los osos, como casi cualquier otra bestia salvaje, no importa cuál sea su tamaño, temen al hombre y lo evitan siempre que pueden, rehuendo incluso aquellos lugares por donde pasan habitualmente.

Se alzó una nueva ráfaga de viento, que hizo ondularse los herbazales. Y, de nuevo, les llegaron los gritos de los chicos y los ladridos de los canes. Coluso movió la cabeza.

—No me gusta.

—Ni a mí. —El hechicero volvió a sobarse la barba blanca.

—¿Cuál es tu opinión de todo esto? —Coluso se volvió con respeto hacia el brujo, pues no le había pasado inadvertido cómo se había quedado junto a la primera de las huellas, palpándola.

—Digo que es muy mala cosa que una fiera se acerque tanto a un poblado, sobre todo cuando se trata de un oso viejo y muy grande. Esto es anuncio de alguna desgracia.

—¿Tú crees que podría llegar a atacar a alguien?

—No me cabe la menor duda. Tú mismo lo has dicho: vino como si el olor a hombre le atrajera, en vez de espantarle.

—Entiendo que las manadas de lobos, en pleno invierno, se acerquen hasta el pie mismo de las casas. ¿Pero que lo haga un oso, y ahora, en primavera? No me cabe en la cabeza.

Seddiano no respondió nada y el ganadero se quedó apoyado en su lanza, perplejo. Soplabla la brisa y la extensión verde, sembrada de rojos, amarillos y blancos, ondeaba como las olas de aquel mar lejano por el que Coluso había navegado en su juventud, siendo mercenario de los romanos. Más allá, junto al poblado, vieron aparecer a tres hombres de mantos negros y lanzas, que se les quedaron observando con detenimiento. Ellos agitaron los brazos y los centinelas, al reconocerles, respondieron alzando sus armas antes de marcharse.

—¿No pasan a veces por aquí las mujeres cuando van en busca de agua? —se preguntó de repente el viejo—. Más vale que avisemos a los del poblado, para que estén atentos.

—Es lo que hay que hacer, desde luego. Ese oso es muy grande.

Aunque, claro, eso tiene su lado bueno. —Coluso sonrió, dejándose arrastrar por su temperamento algo fanfarrón—. Seguro que cazarle será algo interesante.

—Yo diría más bien peligroso.

—Es lo mismo, al menos para mí. No soy hombre al que le haya gustado nunca matar a enemigos débiles —se echó a reír—. No me disgustaría tener esa piel de oso entre mis trofeos.

—No seas tan temerario, amigo. A ver si lo que ocurre es que te conviertes en el almuerzo del oso.

—¿Qué es la vida sin riesgos? Y no me llames temerario, porque tú, a tu manera, lo eres bastante más que yo.

—¿Yo? —Ahora fue el hechicero el que se echó a reír—. No digas tonterías, hombre.

—Sí, tú. Tienes la costumbre de salir a despoblado solo y sin armas. No me digas que eso es de hombre prudente.

—¡Bah! Tengo que recoger mis plantas y llevo haciéndolo así desde antes de que tú nacieras. Y mis maestros lo hacían en igual forma antes que yo. Nunca he tenido un mal tropiezo.

—Razón de más para que tomes algunas precauciones, porque la suerte no dura para siempre. Cualquiera día de estos, unos ladrones te van a esperar en el bosque y te van a cortar la cabeza.

—Todos tienen miedo de las brujerías del viejo Seddiano, que sabe cómo levantar a los mismos muertos. —Se permitió una sonrisa burlona y, al acariciarse de nuevo la barba blanca, dos de los pequeños amuletos tintinearón muy leve—. ¿Además, qué me iban a robar? ¿Mi cesta, mi cuchillo?

—No solo están los bandidos —insistió el otro, al hilo de una discusión que ya habían mantenido cien veces—. Hay que tener cuidado con las fieras y, si no, mira esas huellas.

—Poca tajada iban a sacar de mí.

Coluso le contempló hastiado. La gente decía, como decía de tantos otros brujos, que los animales respetaban al viejo Seddiano, y que muchos incluso acudían a lamer sus manos. Pero él nunca había

visto nada de todo eso y el viejo nunca había confirmado o negado tales rumores.

—Este oso no es como los demás de su especie, Seddiano.

—En eso estamos de acuerdo.

—La pregunta es: ¿será peligroso?

—Lo es, y mucho. Lo noto con solo tocar sus huellas, Coluso. Créeme.

—Te creo, ya lo sabes. ¿Y qué has notado?

—Ese oso trae la muerte. Muerte roja.

El ganadero hizo un gesto para espantar los maleficios.

—Los antepasados nos guarden de todo mal. Si este oso vuelve a dar señales de vida, habrá que salir a cazarle. No podemos dejar que ande suelto, que ronde cerca de los poblados y acabe comiéndose a alguien.

—Hay que cazarle, sin duda. Pero yo, en tu lugar, quizás me mantendría alejado lo más posible de este animal.

Su interlocutor se le quedó mirando y, por un momento, sintió algo así como un roce muy frío porque era hombre supersticioso. Repitió el gesto contra el mal.

—¿Por qué dices eso, padre? ¿Es un aviso? ¿Acaso has recibido alguna señal?

Pero el viejo no hizo otra cosa que sonreír, de nuevo con suavidad. Aquella era su costumbre inveterada, la de evitar admitir o negar los poderes que la gente le atribuía. Volvió los ojos al bosque. Ahora, el día era claro y la pradera estaba llena de luz primaveral. Pero allí, bajo la cúpula de los árboles, todo estaba lleno de penumbras quietas, estremecidas a veces por la brisa, y se veía cómo las motas de polvo danzaban en las líneas de claridad que se filtraban por entre el follaje.

Meneó la cabeza, solemne y muy despacio.

—Mira, Coluso. Yo solo puedo decirte esto: tengo la impresión de que harías mejor no yendo a cazar a ese oso. Pero no lo consideres ningún vaticino y sí un consejo de alguien más viejo y que te quiere como amigo. Sin embargo tú, llegado el momento, haz por supuesto

lo que creas que debas de hacer.

1

Desde la parte más alta de Gémina, en los días claros, Sixto podía divisar grandes extensiones de terreno que se abrían más allá de los tejados y las murallas de la ciudad. Sembrados, dehesas y, aún más lejos, los bosques. Bosques aparentemente interminables de robles, hayas, castaños; oscuros e impenetrables, un mar ondulado de árboles que lo cubría todo, en todas direcciones, hasta donde podía llegar la vista.

A veces, alguno de sus parientes le requería para llevar algún recado a alguno de los poblados cercanos, y entonces él, si podía, salía solo, a caballo y armado, al camino. Porque, por alguna razón, disfrutaba de veras en tales ocasiones, cabalgando sin compañía alguna por las sendas del bosque, entre los contraluces del follaje, atento al menor indicio de lo que pudiera ser una amenaza, y sintiendo en la piel ese cosquilleo que produce saberse en cierto riesgo.

Era inevitable que, a la vuelta, los suyos le recriminaran por arriesgarse de una forma tan gratuita, pues la fronda estaba plagada de bandidos, brujas y fieras, y se había tragado a muchos viajeros solitarios. Pero Sixto de sobra sabía también que a su parentela, muy en el fondo, tampoco les disgustaba tanto esa actitud algo temeraria, por más que les inquietase, ya que, entre celtíberos, nunca habían dejado de apreciarse los alardes y los gestos arrojados.

Además, había pocos entretenimientos en Gémina; al menos, pocos para alguien que venía de las grandes urbes romanas. Por mucho que algunos magnates locales, entre ellos el padre de Sixto, vivieran a la romana y hubiesen financiado la construcción de un puñado de edificios públicos —unas termas, un foro—, aquella no era más que una población pequeña, perdida en la inmensidad agreste de la Celtiberia.

Una urbe provincial, donde casi todo el mundo vivía aún en casas de piedra tosca, con techos de enramada y barro. Los hombres lucían sayos negros y grandes barbas, a la vieja usanza, y muy pocos allí sabían hablar latín. No sin razón, los fundadores de esa ciudad de nuevo cuño le habían dado el nombre de Gémina —la doble—, el lugar donde se entremezclaba lo viejo y lo nuevo. Y así, al lado de aquellos pocos que, asentados en la parte alta de la ciudad, trataban de imitar, en mayor o menor medida, a los conquistadores romanos, estaba una mayoría empeñada en vivir tal y como lo habían hecho siempre sus feroces antepasados.

La existencia en la remota Gémina era oscura y rural, o así le resultaba a Sixto, que se había criado primero en Tarraco, en la costa, y más tarde en Italia. Los quehaceres cotidianos se regían por los ciclos del ganado y los cultivos, así como por ritos y festividades de enorme antigüedad, y él trataba de matar el aburrimiento con lecturas, paseos, caza y frecuentes visitas a las termas.

También estaban las audiencias en la casa familiar, que servían para aliviar algo la monotonía. Silo, padre de Sixto y jefe de la familia, había adoptado esa costumbre romana de atender en su propia casa a los deudos de la misma. Sus clientes —todos aquellos ligados a él por juramentos e intereses— le visitaban cada cierto tiempo, cargados de peticiones y obsequios, y el patriarca los recibía a todos con cortesía antigua, despachando con ellos toda clase de negocios.

Aquella mañana tenía lugar una de esas visitas y Sixto, recién vuelto de las termas, acudió al patio apenas saberlo. Muy de vez en cuando, algún viajero llegaba a la ciudad e iba a saludar a los magnates locales, llevando noticias sobre la lejana Roma o acerca de alguna de las muchas tierras que esta dominaba.

Pero aquel día no se encontró con ningún peregrino, y sí con tres pastores barbudos y renegridos por el sol, los cuerpos envueltos por los tradicionales mantos negros. Estaban los tres en pie, discutiendo acaloradamente con Silo, que les respondía con el ceño fruncido y grandes gestos, sin levantarse de su sitial de madera tallada. Silo tenía

ya los cabellos casi blancos y, pese a su túnica y manto —unos ropajes híbridos, a medio camino entre lo romano y lo indígena—, jamás había llegado a afeitarse la barba, como tampoco había sido nunca capaz de asumir esos modales majestuosos que, se supone, han de distinguir a un ciudadano romano de buena posición.

—¡Una yegua preñada! —rugía fuera de sí, golpeando con la palma abierta el brazo de madera de su silla—. ¡Por Epona! ¡Perder una yegua de buena raza y encima preñada! ¡Maldita, maldita sea!

Los pastores cruzaban miradas de reojo y removían los pies, apurados. Por lo que el recién llegado pudo saber enseguida, un oso había dado muerte, y se había comido en parte, a una yegua propiedad de Silo y que estaba al cuidado de aquellos tres. El viejo patriarca, apegado a la tierra, los árboles y, sobre todo, al ganado, rebosaba de furia, aunque más contra la fiera que contra aquellos tres deudos suyos.

En cuanto a Sixto, criado en ciudades y entre romanos, miraba todos aquellos asuntos con bastante más desapego. Al fin y al cabo, Silo era dueño de multitud de animales y, además, los ataques de alimañas al ganado, o incluso a personas, eran una moneda bastante corriente en aquellas tierras agrestes.

—¡Una yegua preñada! —clamaba a gritos destemplados el amo de la casa, dándose tirones de la gran barba blanca.

—Era un oso muy grande, enorme diría yo, si tengo que hacer caso a las huellas que encontramos —farfulló el más viejo de los pastores—. Debe de ser el mismo que mató a esas cuatro vacas el mes pasado.

—¡Cuatro vacas! —dijo un brinco en el asiento—. ¿Nuestras?

—No. Tengo entendido que eran de...

—¡No me importa de quién eran, hombre! —vociferó—. ¿O es que esperas que me consuele de la muerte de la yegua con las pérdidas de los demás?

—Desde luego que no, Silo. —El más viejo cruzó, con paciencia, los brazos sobre el pecho, con ese trato familiar que tanto chocaba a alguien como Sixto, acostumbrado a unas relaciones mucho más

formales entre gentes de distinto peldaño social—. Lo que trato de decirte es que, por esta vecindad anda suelto un oso muy grande, y que ya ha matado a unos cuantos animales. Un oso que, o yo no sé nada de esto, o es viejo y resabiado, y que le ha cogido el gustillo a la carne fácil. Seguro que vamos a sufrir más muertes de ganado, y suerte tendremos si no acaba comiéndose a alguien.

—¿Un oso viejo, eh? Pues entonces lo que hay que hacer es darle caza y sin pérdida de tiempo, antes de que tengamos una desgracia mayor.

—¿Crees que no lo intentamos? En cuanto encontramos los restos de la yegua, mis hijos, unos cuantos vecinos y yo salimos en su persecución. —Miró a los otros dos pastores, que agitaron la cabeza al unísono—. Le seguimos el rastro durante un largo trecho, pero ese oso no se quedó por la vecindad. La pista se metía en el bosque, más y más, y al cabo tuvimos que volvernos. ¡Pero qué más me hubiera gustado que traerte la piel del oso, en vez de venir a darte explicaciones con las manos vacías!

—¡Ah, vamos hombre! ¡Eso ya lo sé! —Aplacado de súbito, el amo de la casa se recostó en su asiento tallado, y se pasó la mano por la barba con un suspiro—. Nadie ha dicho que tú o los tuyos hayáis sido descuidados. ¡Pero, por Epona, bien sabes lo que me saca de quicio perder buen ganado...!

Aquel parecía ser el único negocio de la mañana y, no bien los pastores se despidieron y marcharon, agitando la cabeza y comentando disgustados, los miembros de la casa presentes comenzaron a dispersarse, cada cual a lo suyo. Sixto, que había permanecido en un discreto aparte, también hizo intención de marcharse. Pero el viejo Silo que, pese a la rabieta, le había visto al entrar, le hizo un gesto con la mano para que se quedase.

Despachó a los que aún estaban con él, con un nuevo gesto, y esperó a quedarse a solas con su hijo. Entonces, alzándose con un gruñido de su sitio, le tomó familiarmente por el codo, invitándole así a dar un paseo por la casa. Anduvieron unos pasos en silencio, por

el patio, mientras Sixto se preguntaba qué querría su padre de él.

Cuando, hacía ya más de veinte años, un grupo de celtíberos adinerados, entre los que estaba el propio Silo, fundaron la ciudad de Gémina, decidieron construirse las casas al estilo romano. Trataban así de hacer evidente su posición privilegiada, y de recalcar el hecho de que gozaban de ciudadanía romana así como de agradar, con tal gesto, a los conquistadores. Por eso, la casa familiar era grande y rectangular, con techumbres de tejas rojas. Las diversas dependencias se situaban en torno al atrio, el verdadero corazón de la casa, que era un patio cuadrado y a cielo abierto, con un estanque —el impluvio— justo en el centro. La estructura no podía ser más romana y sin embargo, y pese a eso, había multitud de detalles, desde la cerámica a las ropas o las joyas, que indicaban una y otra vez que allí no vivían romanos de pura cepa, sino indígenas más o menos romanizados.

Precisamente en tal cosa estaba pensando Sixto en ese momento, movido a ello por algún detalle captado de pasada, y quizás también lo estaba haciendo el jefe de la casa, porque, de sopetón, se detuvo y, volviéndose, le preguntó a bocajarro.

—¿Crees, hijo, que debiéramos poner un busto mío aquí, en el patio?

—¿Un busto? —Sixto le contempló, desconcertado, porque no sabía de qué le estaba hablando.

—Sí, hombre: una imagen mía, aquí mismo, en el atrio. ¿Tú qué opinas?

Su interlocutor meneó la cabeza, entendiendo ahora por fin. Era verdad que en las casas romanas —al menos las de la gente pudiente— no faltaban las máscaras funerarias de los cabezas de familia, colocadas en lugar más o menos visible. Pero tampoco era menos cierto que esa era otra de las costumbres que, como el afeitado o la toga, los celtíberos nunca habían sido capaces de asimilar.

—¿Te refieres a después de muerto?

—Por supuesto.

—Es un pensamiento un poco tétrico.

—No es eso lo que te estoy preguntando.

—Bueno. —Tras unos momentos de duda, se encogió de hombros—. ¿Y por qué no? ¿Qué hay de malo?

—Me da un poco de miedo poner imágenes mías en la casa, no sea que los espíritus de los antepasados lo tomen por presunción, se ofendan, y caiga la desgracia sobre nosotros.

Los patriarcas romanos lo hacen desde que Roma es Roma y, como todo el mundo puede ver, no les va nada mal.

—Ya. Pero nosotros, al fin y al cabo, no somos romanos. —Se acarició la barba cana, sonriendo de repente—. Somos celtíberos; nuestra sangre y nuestros dioses son muy distintos, y nuestra forma de ver la familia es bien diferente a la suya.

Guardó silencio unos instantes, como ponderando sus propias palabras, antes de continuar.

—Y de eso, por cierto, es de lo que quería hablarte: de la familia. Llevas ya aquí unos meses y no es correcto que aún no te hayas acercado a presentar tus respetos al jefe de nuestra gens.

—¿Te refieres a Sefriges?

—Claro que me refiero a él. ¿O es que hay más jefes en nuestra gens?

—¿Lo consideras necesario?

—Totalmente. Son nuestras costumbres y tú no puedes sustraerte a ellas, por mucho que te hayas criado entre romanos. Con la próxima luna, los hombres de nuestra gens celebrarán asamblea en Tongabriga. Habrá consejo y sacrificios, se arbitrarán los litigios y los habrá que aprovechen la ocasión para prestar o renovar sus juramentos. Yo iré, desde luego, y habrá unos cuantos de nuestra familia, algunos de tus hermanos entre ellos. Quiero que me acompañes y saludes a Sefriges... la verdad es que me gustaría que, con el tiempo, llegases a establecer algún tipo de lazo más personal con él.

—Si eso es lo que quieres... —Sixto asintió, aun cuando sus gestos daban a entender cualquier cosa menos entusiasmo.

El jefe de la familia se detuvo, entre paciente y disgustado.

—Ya veo que no estás prestando atención a lo que te digo.

Su hijo clavó los ojos en el estanque central, rebosante de agua de lluvia, al tiempo que trataba de poner en orden sus ideas, ya que parecía que Silo, en contra de su costumbre, parecía estar dándole una oportunidad de discutir algo.

En la Celtiberia, las familias estaban vinculadas unas a otra mediante lazos de sangre y pactos, y formaban unidades mayores a las que los romanos daban el nombre de gens. A la cabeza de cada gens se situaba siempre un consejo de ancianos y un jefe. Jefes que, como Sefriges, tenían ascendiente sobre muchos hombres y que, en muchos aspectos, eran como reyes entre los suyos, respaldados por las tradiciones de su pueblo y las lanzas de sus clientes. Jefes que aún conservaban casi todo su poder, por mucho que Roma hubiera conquistado a sangre y fuego aquellas tierras y suprimido parte de las instituciones políticas de los indígenas.

Abrió la boca, titubeó, se ajustó el manto, aunque solo fuera por ocupar las manos en algo, y, por fin, se decidió a decir lo que le rondaba la cabeza.

—Dime, padre: ¿es de veras necesario que nuestra familia se subordine a Sefriges?

—Yo creo que sí.

—Yo, sin embargo, opino de otra forma. —Hizo una pausa larga, buscando las palabras que pudieran ser más adecuadas, porque el viejo Silo esperaba lo que dijese con suma atención—. Tenemos la ciudadanía romana. Contamos con amigos entre los romanos y con clientes entre los nuestros. Las naciones celtíberas han caído bajo el yugo de Roma y no creo que tal situación vaya a cambiar, ni mucho menos.

—¿Y?

—Que, si quieres saber mi opinión, no entiendo qué gana nuestra familia estando bajo la autoridad de alguien como Sefriges. No sé qué ventajas nos pueda reportar.

—¿No?

—Roma gobierna sobre los celtíberos y puedes jurar que eso va a ser así en el futuro. Los viejos tiempos han pasado y no volverán, por mucho que algunos los echen de menos. En mi opinión, los jefes de gens, los caudillos y muchas de las viejas costumbres no son más que reliquias y los hombres listos harían bien en desprenderse de ellas cuanto antes.

—¿Reliquias? ¿Es esa la opinión que te merecen nuestras tradiciones?

—Algunas sí. Son como tortugas muertas, de las que no queda más que la carcasa, sin nada de carne dentro.

—Entiendo. Desde luego, no eres el único que piensa así. —El viejo Silo agitó meditabundo la cabeza, al tiempo que se manoseaba distraído la barba—. Pero he de decirte que te equivocas, hijo. Has crecido lejos, has sido educado de otra forma y no puedes ver las cosas tal y como son en realidad. No es culpa tuya. Más me disgusta que piensen así algunos otros, que no han salido nunca de nuestra tierra. Sin embargo, debes entender que Roma, por mucho que nos haya derrotado militarmente y nos imponga sus leyes, tiene muy poca autoridad sobre los nuestros.

—¿Cómo puedes decir tal cosa?

—Porque es la realidad, hijo. Déjame acabar. Los romanos y los celtíberos vivimos de espaldas los unos a los otros. Nuestra gente vive como siempre lo ha hecho, según las viejas costumbres, y, siempre que pueden, ignoran a los romanos, que a su vez no se molestan lo más mínimo en entendernos. Cobran impuestos, controlan las minas, mantienen la paz y poco más. Bueno, también reclutan soldados: si los jóvenes y los pobres están bien lejos, luchando por Roma, no pueden hacerlo aquí ni contra ella.

—Pero...

—No. Escucha. Han fundado colonias y se apoyan, hasta cierto punto, en gente como yo. —Con sus manazas, se agitó el manto, como si quisiera mostrárselo— En celtíberos con ciudadanía romana. Pero,

mientras aquí se pague impuestos y no haya revueltas, Roma no nos prestará la más mínima atención. ¿Qué es lo que pasó cuando los cimbros invadieron nuestro país? ¿Fueron las legiones romanas las que les pararon los pies? ¡No! Fueron nuestros senados los que llamaron a las armas y fueron nuestros guerreros los que les mandaron, a lanzazo limpio, de vuelta al norte y con el rabo entre las piernas. Puede que lo viejo no sea aún tan inútil, ni esté tan acabado como algunos pensáis.

—Pero eso de los cimbros es agua pasada. —Se permitió un gesto de condescendencia—. Historia, buena para que los nostálgicos puedan sentarse ante el hogar y hablar de las viejas glorias de nuestros pueblos.

—Quizás. Pero no lo son ni los bandidos, ni los cuatreros ni las guerras de familia, al menos en estas tierras. —Sonrió con algo semejante a la furia—. Y todo eso les tiene sin cuidado a los romanos. Quizás, en la costa, la ley romana mantenga la paz e imponga algo parecido a una justicia razonable, pero aquí un hombre, sea rico o pobre, debe ser parte de una gran familia si quiere sobrevivir.

—Entiendo.

-Y hay algo más. No sé con qué clase de funcionarios romanos te habrás encontrado en Italia, pero los funcionarios que vienen a la Celtiberia son casi todos pájaros del peor de los plumajes. Son crueles y corruptos, no tienen palabra y no conocen freno alguno en sus ansias de enriquecerse. Muchos son, además, estúpidos, porque abusan de su fuerza y expolían lo que podían conseguir por las buenas.

—Sí —aceptó Sixto sin sorprenderse, porque, por la propia Italia, corrían innumerables historias sobre la corrupción y la crueldad de los funcionarios de provincias lejanas.

-Son muy mal árbol al que arrimarse. Sin embargo, con frecuencia, no nos queda otro remedio que tratar con ellos. Si una familia tiene patrimonio, como es el caso de la nuestra, gracias a los antepasados y a los viejos dioses, y quiere conservar lo que es suyo, más les vale a

sus dirigentes aprender a nadar en aguas revueltas, entre lo nuevo y lo viejo, y tratar de estar a bien con todos.

Sixto aceptó con la cabeza, y Silo, volviendo los ojos al agua de lluvia del estanque, prosiguió.

-Has vivido casi toda tu vida lejos y la gente te ve casi como si fueras extranjero. Pero no lo eres: eres mi hijo, uno de los nuestros, y va siendo hora de que ocupes el lugar que te corresponde entre tus parientes: que tú les conozcas a ellos y ellos te conozcan a ti. Y no se me ocurre mejor ocasión que el próximo festival de Tongabriga. —Se ajustó el manto en torno al cuerpo y, por tal gesto, su hijo comprendió que había dejado de conversar para asumir su papel de cabeza de la familia, que hablaba para ser obedecido-. Vendrás con nosotros al consejo... la próxima luna llena, que no se te vaya a olvidar.

2

Y así, unos días después, con las primeras luces de la mañana, Silo salió de Gémina rumbo a la vieja fortaleza de Tongabriga. Puesto que era el jefe de su familia, le acompañaba un séquito de clientes y parientes, en número de una docena, que se habían reunido bajo su techo para ir luego todos juntos a la asamblea. Unos iban a pie, otros a caballo, y todos armados hasta los dientes. Entre esa hueste, que dejó la seguridad de las murallas siendo aún de noche, se encontraban varios de sus hijos y, por supuesto, uno de ellos era el propio Sixto, que no había encontrado excusa alguna para poder sustraerse a los deseos del patriarca.

Más hombres se les fueron uniendo a lo largo del camino, hasta sumar casi la veintena. Unos pertenecían a la familia de Silo y otros eran miembros de la gens, esa unidad superior que, entre los celtíberos, reunía a varias familias bajo el culto a antepasados comunes y la autoridad de unos ancianos. Jinetes o peones, todos lucían sin excepción galas magníficas: sus mejores armas y sus joyas más vistosas, de oro o bronce bruñido, así como mantos de buena tela, la mayoría negros y unos cuantos de influencia extranjera, mostrando estos últimos hasta qué punto la influencia romana iba calando poco a poco en los usos indígenas.

Algunos de los viajeros observaban a Sixto con tal detenimiento que le hacían sentirse bastante incómodo, aunque sabía de sobra que lo único que les movía era la curiosidad, pues se había criado lejos y entre itálicos, y era la primera vez que muchos de ellos le veían.

Los hubo que, al saludarle, le comentaron con sonrisa distraída que le habían tenido en brazos de muy niño. Él, claro, no podía recordar nada de todo eso. Había salido de casa de los suyos antes de cumplir cinco años y no había regresado hasta ser un adulto ya de pleno derecho. Habían pasado muchos años y ocurrido muchas cosas

antes de que se despidiera de sus anfitriones en Italia, para embarcarse rumbo a Hispania y, tras hacer escala en Tarraco, que era donde estaban sus verdaderos recuerdos de la niñez, dirigirse al país de los celtíberos pelendones que le viera nacer.

Su infancia, en su tierra natal, era brumosa y con frecuencia no era capaz de discernir si un recuerdo en concreto procedía de vivencias reales o si, por el contrario, tenía su origen en alguna de las historias que le contaban sus ayos, un par de celtíberos, clientes de Silo, que le habían acompañado y cuidado durante todos esos años en el extranjero. Y, si bien mientras vivía entre romanos se había jactado con frecuencia de sus orígenes —de pertenecer a ese pueblo remoto, guerrero y casi legendario debido a los quebraderos de cabeza que, en tiempos, había dado a las legiones—, ahora, de vuelta a casa, no podía dejar de sentirse, con harta frecuencia, poco más que un forastero entre la gente de su misma sangre.

Alto y cenceño, con el pelo negro y esa nariz aguileña tan común entre los celtíberos, Sixto, hijo de Silo, sabía que muchos le veían como un extraño y, por eso mismo, ponía un exquisito cuidado en casi todo lo que hacía: desde las palabras que pronunciaba a la ropa que usaba. Por eso, para la asamblea de la gens, luego de no pocas dudas, había optado por una túnica y un calzón de color rojo, pero, para el manto, había elegido ese color, el negro, que tan querido le era a los indígenas. En cuanto a las armas, portaba lanza de jinete, espada celtíbera y puñal triangular, y, en la silla de montar, llevaba colgada la cetra: un escudo redondo y de cuero, pintado de colores vivos.

Los viajeros formaban una cuadrilla bulliciosa que recorría las sendas del bosque entre voces y risas, alegres de reunirse una vez más, y poder intercambiar chanzas y chismes. Todo eso, sin embargo, no era óbice para que viajasen alerta, ya que marchaban por bosques solitarios, y las selvas celtíberas, hechas de tierra negra, árboles viejos y malezas, que cubrían parte del país, eran el refugio natural de fieras, espíritus malignos y forajidos.

El día era limpio. El sol brillaba entre las hojas y se deshacía en

lanzas de luz, matizando las penumbras de dorado. Una brisa de últimos de verano acariciaba el ramaje susurrando. Los juegos de luz y sombra temblaban a cada ráfaga, y los pájaros trinaban entre las ramas. Zarzas y ortigas cubrían los lados de la senda y, a veces, algún ave alzaba ruidosa el vuelo, o una culebra se escurría entre las matas, haciendo crepitar la hojarasca. En alguna ocasión, cuando eso ocurría, los hombres tiraban de las riendas y los más viejos se consultaban entre sí unos momentos, preguntándose qué podría significar tal agüero.

El otoño estaba ya próximo. Se presentía por las nubes de algodón que cruzaban el cielo azul intenso, por las grandes bandadas de aves que aleteaban en formación, rumbo al sur, por el viento húmedo y fresco que entibiaba los últimos calores del estío. Y estaba también en la vegetación, en el verde de las hojas, que comenzaba ya a mostrar ribetes amarillos, ocre y rojos. Los hombres lo venteaban en el mismo aire, y lo comentaban entre ellos.

A media mañana, la vigilancia que mantenían durante todo el camino, mostró de golpe su razón de ser. Sin previo aviso, uno de los jinetes, que cabalgaba algo adelantado, tiró con saña de las riendas, hizo girar a su montura y regresó a todo galope, tendido sobre las crines y dando gritos de alarma. Risas y conversaciones cesaron como por ensalmo y los hombres, casi sin transición, aprestaron las armas.

Sixto, desconcertado, trató de atisbar por entre el revuelo de jinetes y creyó ver cómo algún dardo silbaba junto al ojeador, aunque ninguno llegó a rozarle. Camino adelante, primero uno, luego otros dos y por último un gran número de guerreros salió de la espesura con gran estruendo de hierros y agitar de maleza, armas en mano y gritando llenos de decepción.

Entretanto los demás, más habituados a emboscadas y refriegas, no habían perdido un momento: los que viajaban a la grupa de los caballos se habían deslizado al suelo, mientras los jinetes aprestaban sus lanzas y los que iban a pie blandían los dardos arrojados, dispuestos ya a un combate. Tres o cuatro, los de sangre más caliente,

se habían adelantado corriendo y vociferando, en ayuda del ojeador, pero este regresó junto a ellos en un momento y Silo, rugiendo, les exigía que volviesen al grupo y que no malgastasen proyectiles, cosa que al final hicieron, aunque de muy mala gana.

El camino estaba ahora bloqueado por un enjambre de hombres armados. Sixto les observó con atención, preguntándose a qué pueblo o pueblos podrían pertenecer. Su conocimiento de las distintas gentes de Hispania venía de los escritos romanos y de lo que había oído contar a sus ayos, y no de ningún contacto de primera mano, por lo que tuvo que exprimirse la mollera, buscando en su memoria descripciones, algún detalle, que cuadrasen con los que ahora les cerraban el paso.

No eran celtíberos, eso desde luego, aunque muchos vistiesen sayos negros y ásperos, de factura parecida a la de aquellos. Se armaban con broqueles, espadas y gran variedad de armas arrojadas. Unos se cubrían con cascos de diversos tipos y otros —a semejanza también de algunos celtíberos— iban destocados, con melenas largas y ceñidas mediante bandas de cuero que pasaban por la frente y se anudaban en la nuca, como diademas, para dejarlas sueltas e impedir a la vez que estorbasen. Los que así se mostraban, quizás los más fieros, rugían y agitaban la cabeza como leones, haciendo flamear las cabelleras, tal y como se contaba que hacían los lusitanos más bravos.

Entre ellos se distinguía también a no pocos sujetos de atavíos y facciones muy diferentes, incluso entre ellos. Muchos portaban piezas de armadura y alguno que otro empuñaba un arma de legionario; por eso, y por los rasgos extranjeros, a Sixto no le cupo duda de que, al menos parte de ellos, eran desertores y renegados romanos, que debían de haber buscado asilo entre tribus indómitas.

El que parecía el jefe de la banda, un coloso con una gran barba, muy feo y con aspecto de enorme fortaleza, estaba mandando también retroceder a los más impetuosos, que amenazaban con una carga, en total desorden, contra los viajeros, entre voces y blandir de hierros. También aquellos se replegaron disgustados, retando a gritos

a sus supuestas víctimas y discutiendo entre ellos, como si se echasen en cara, unos a otros, el fracaso de la celada. Pero también estas disputas las acalló su caudillo con gestos coléricos. Se produjo un intervalo mientras ambos bandos, separados por un tramo de sendero vacío, estudiaban las fuerzas de su oponente, los escudos en alto y las armas prestas.

Varios emboscados —que iban todos a pie, y a los que Sixto no sabía si considerar una cuadrilla de ladrones o una partida de guerra foránea, aunque en aquellas tierras había bien poca diferencia entre una u otra—, apartados del grupo que cerraba el camino, dispersos entre peñas y árboles, comenzaron a entonar un himno vibrante, tal y como se decía que era costumbre entre los cántabros del norte, justo antes de las batallas. Los celtíberos, agrupados en torno al caballo de Silo, oyéndoles, replicaron con entrechocar de escudos y hierros, gritos, pitas y más de uno comenzó a bailar, para invocar a ese valor enloquecido que muchos indígenas desplegaban en los combates.

Pero el gigante barbudo estaba agitando de nuevo los brazos, y clamaba tratando de acallar a sus salvajes seguidores. Cuando por fin logró que volvieran al silencio, se pasó la espada a la zurda, con la que sostenía también el escudo, y se adelantó con la palma de la diestra abierta y en alto, haciendo el saludo de la paz. Silo a su vez, tras exigir, con dureza, templanza a los suyos, hizo avanzar unos pasos a su caballo, sin deponer escudo ni lanza. Tuvo lugar una conversación de la que Sixto tan solo llegó a entender una parte.

—¡Paz! —había gritado, con vozarrón tremendo, aquel extranjero alto como una torre.

—¿Paz? —Silo por su parte, ceñudo, hacía caracolear a su montura—. ¿Qué clase de paz es la que traen unos que entran en país ajeno, con armas de guerra, y se esconden para tender emboscadas a los viajeros? ¡Vosotros lo que sois es una banda de ladrones!

—Vamos, padre: seamos amigos —reiteró el otro, mostrando de nuevo la mano y hablando despacio, quizás para asegurarse de que le entendían, pues su idioma, como el sayo que usaba, era parecido al

celtíbero, pero no igual—. No queremos combate de ninguna clase, ni muertos, ni deudas de sangre con nadie. Dadnos el oro que llevéis y os dejaremos seguir en paz... incluso podréis conservar todo aquello que tenga algún valor personal para vosotros. Buscamos oro, no la sangre de nadie.

Silo resopló con fuerza, aunque se mordió la lengua mientras, desde la silla, estudiaba las fuerzas que les cerraban el paso. Se apiñaban en mitad de la senda, con cierto número de guerreros dispersos a ambos lados, como alas de un ejército diminuto que cubriese las laderas boscosas. Serían alrededor de medio centenar, contra la veintena de parientes que le seguían. A cambio los celtíberos, a parte de hallarse en su propio país, estaban todos unidos por vínculos de sangre, en tanto que sus enemigos parecían ser poco más que una banda de fortuna, reunida para algún golpe. Además, estos últimos iban todos a pie.

Silo volvió a resoplar.

—¿Es oro lo que queréis? ¡Pues es bien fácil de conseguir! ¡No tenéis más que ir a alistaros con los romanos, que andan siempre necesitados de lanzas!

Su caballo pateaba y piafaba y, como él mismo agitaba la lanza para dar énfasis a sus palabras, alguno de los bandidos, quizás enconado por tanta arrogancia, tomó de repente carrerilla y le arrojó su venablo. El tiro llegó flojo, aunque hubiera herido a la montura de no haberse inclinado Silo para pararlo con el escudo. El arma rebotó y fue a caer en el polvo del camino.

Se desató un vendaval de gritos y aspavientos por uno y otro lado, y el hombretón barbado se volvió a medias hacia sus seguidores, maldiciendo rabioso. Pero ya los proyectiles cruzaban como avispas entre los dos bandos, y el patriarca tuvo que hacer recular a su caballo, guiando con destreza y sin dejar de dar la cara al enemigo, mientras su interlocutor se veía obligado también a refugiarse entre los escudos de los suyos. Un dardo, de los de correa de lanzar, llegó zumbando con una fuerza tremenda, traspasó el broquel de este

último y allí se quedó, vibrando en el cuero pintado.

El hombretón cortó el asta de un solo tajo y, con gritos airados, mantuvo a raya a sus impetuosos guerreros, que avanzaban ya como una marea desordenada, entre desafíos y tremolar de hierros. Tal actitud no pasó desapercibida a Silo, que se apresuró también a contener a los suyos. A uno que, sin prestarle atención, corría hacia delante tomando ya impulso para lanzar otro dardo, le dio tal palo con la vara de su lanza que le hizo rodar por tierra ya en plena arrancada.

El golpeado se levantó como empujado por un resorte, furioso, dolido y desconcertado. No había soltado, en ningún momento, ni dardos ni escudo. Abrió la boca, pero Silo no le dio oportunidad para pronunciar ni una palabra.

—¿Estás sordo o te lo haces? —bramó—. ¿Cómo te atreves a desobedecerme a mí, a quien estás obligado? —Y, viendo que este ya retrocedía, amilanado, se encaró con el resto—. ¡Y eso va también con vosotros! ¡Os estoy diciendo que retrocedáis todos, y que no tiréis un dardo más!

Algunos, enconados, blandían las armas, haciendo destellar las hojas, y clamaban que había que matar a esos vascones traidores —y así supo Sixto a qué pueblo pertenecía aquella cuadrilla—, que habían lanzado venablos mientras se parlamentaba. Algún otro, empero, trataba de calmar los ánimos con el argumento de que no había habido traición planeada, sino que a algún guerrero de cabeza vacía y sangre ardiente se le había escapado un tiro de dardo sin el consentimiento de su jefe. El patriarca apoyó a esos últimos.

—¡Basta de tonterías! —Se enfrentó a los más exaltados, aunque no quitaba ojo a los enemigos, que a su vez se arremolinaban senda arriba, discutiendo entre ellos con igual ardor—. No hemos salido de casa para ir a guerra alguna: vamos a la asamblea de los nuestros, en Tongabriga, y no tengo intención de enfrentarme, mientras pueda, a unos bandidos que nos doblan en número.

Alguno aún trató de apoyarse en que les cerraban el paso y rugía diciendo que no tenía intención de ser él quien retrocediese.

—¿Es que crees que vas a ser tú el que me enseñe algo? ¿A mí, que ya gastaba lanza y espada cuando aún no habías nacido? —Silo rugía a su vez, agitando la melena cana y trenzada a la espalda—. Si no hay más remedio que luchar, lucharemos. Pero, mientras tenga alguna esperanza, intentaré no llegar a Tongabriga llevando auestas el cadáver de alguno de mis parientes.

—¡Basta, hombres! ¡Un respeto a los ancianos de la gens! —Se interpuso también uno de los más viejos, alguien cuyo nombre Sixto, para su vergüenza, no estaba seguro de recordar—. Mirad, mirad. Ya se retiran. Están dejando el camino libre.

El patriarca lanzó un grito de triunfo, enarboló de nuevo la lanza y su montura, como contagiada de su furia, casi estuvo a punto de encabritarse y alzó una polvareda en mitad de la senda.

—¿Lo veis? ¿Lo veis? ¡Estúpidos! ¿Para qué morir en vano?

La banda de vascones y romanos renegados, en efecto, ya se replegaba en masa por una de las laderas boscosas, aunque algunos de sus miembros se retiraban bien a regañadientes, mientras lanzaban voces de desafío, y gestos despectivos, contra sus supuestas víctimas. Pero, en muy poco tiempo, el último de ellos se esfumó cuesta arriba, entre los troncos y la maleza, y los peregrinos se quedaron solos en medio de las arboledas. Aún permanecieron un rato donde estaban, recelosos, y el viejo Silo envió un par de hombres a otear, por todo fuese una añagaza para hacerles descuidar la guardia.

Pero el par de exploradores volvió al poco para confirmar que el camino estaba expedito y que los bandidos escapaban a toda prisa en dirección nordeste, buscando quizás la relativa seguridad del país de los vascones, o el de los várdulos, donde era mucho más difícil que les alcanzase una partida de castigo celtíbera.

Reanudaron entonces el viaje sin más tardanza, aunque qué duda cabe que aquel incidente fue ya el tema de conversación durante el resto de la jornada, y Silo no perdió tiempo a la hora de despachar un jinete para prevenir a la población más cercana. Tampoco ahorró

recriminaciones a aquellos deudos más díscolos, que ahora volvían avergonzados la cabeza, mientras él les echaba en cara su falta de disciplina. Más tarde, cuando Sixto puso su caballo a la altura del patriarca, este no estuvo parco en explicaciones.

Hacía ya años que las disciplinadas legiones habían sojuzgado a todo el país de los vascones, tal y como habían hecho con el resto de Hispania, imponiendo allí la paz y las leyes romanas. Pero, si bien las poblaciones de las llanuras habían derivado con rapidez hacia la órbita romana, y participaban del comercio y la política, la obediencia de las zonas montañosas era algo poco más que nominal. Entre las tribus de esas áreas, pobres y feroces, encontraban refugio fugitivos y renegados, y desde allí bajaban en tropel las partidas de pillaje para, a veces, sortear las ciudades de sus parientes del llano e invadir las tierras de naciones vecinas.

—Sin duda, se han encontrado con nosotros por casualidad y nos han tendido una emboscada de fortuna —argumentaba Silo, ufano de cómo se había resuelto todo aquel encuentro—. Pero esos son más cuatreros que bandidos. Vienen, se apoderan de todo el ganado que pueden y se vuelven a toda prisa a sus montañas. Ya sabía yo que, una vez descubierta la emboscada, si les plantábamos cara y no les provocábamos, elegirían retirarse sin dudar.

Aún tardaron bastante en llegar a Tongabriga. El camino era largo, pero los hombres marchaban alegres porque ya se consideraban vencedores de aquel enfrentamiento, habían recuperado el buen humor con la liviandad propia de aquellos para los que los incidentes armados forman parte de la vida cotidiana. A Sixto, por su parte, tampoco le pesó gran cosa el viaje. Había oído hablar tanto a sus ayos sobre todos aquellos bosques —las arboledas, los senderos, las fuentes, las pozas, las grutas— que era casi como volver a ellos al cabo de mucho, mucho tiempo. Aunque era plenamente consciente de que no guardaba recuerdo alguno real de las selvas celtíberas.

A mediodía hicieron un alto para tomar un bocado y reposar un rato, tal como harían ociosos que tuviesen todo el tiempo del mundo

por delante, y solo ya muy entrada la tarde divisaron Tongabriga. Algunos de sus acompañantes se la señalaron a Sixto de lejos, en una de las revueltas del camino, a través de los huecos en la vegetación. Él se limitó a asentir, tratando de aparentar un interés que, en realidad, no sentía.

Aquel nombre, Tongabriga, era un nombre relativamente común en toda la Celtiberia; ese lugar en concreto no era más que una fortaleza ruda y abandonada, situada en lo alto de un cerro escarpado, entre barrancos y espesuras, y, para alguien como Sixto, era un símbolo de todo lo que de caduco tenía el antiguo orden tribal celtíbero.

Formada por poco más que un muro de piedra y un puñado de cabañas, estaba por lo normal deshabitada. Servía de refugio en caso de guerra y, en tiempos de paz, como depósito de víveres y armas, además de como lugar de culto. Pero, por mucho que aquellas plazas fuertes pudieran resultar útiles en las guerras tribales, se habían mostrado incapaces de resistir el tremendo poder militar de las legiones. Pese a eso, en una Celtiberia ya conquistada, seguían aún en pie y se usaban sobre todo para ceremonias concretas.

El grupo llegó a las puertas ya con el sol muy bajo. El cielo azul se teñía ya de violeta, las nubes flotaban en el aire de última tarde con el blanco teñido de arrebol por el ocaso, y las aves planeaban graznando sobre las peñas y arboledas. La oscuridad iba cubriendo ya bosques y cedros. Los centinelas de los muros, apoyados en sus lanzas, se ceñían los mantos y, en el interior de la fortaleza, habían encendido ya grandes fogatas. Los hombres acudían al calor del fuego, riendo, hablando en voz muy alta y pasándose de mano en mano pellejos de bebida.

Los recién llegados fueron recibidos con calor y, apenas cruzar las puertas, gran número de presentes acudió a darles la bienvenida con palmadas, apretones y voces. Los hombres se besaban en las mejillas, unos riendo y otros, los más viejos y de mayor rango, con más formalidad. Y todos parecían empeñados en saludar a Sixto, de forma

que él, al poco, renunció a tratar de recordar tantas caras y nombres nuevos.

Se desparramaron por los grupos que rodeaban las fogatas, a beber algo y a charlar, en espera de que saliera la luna. Era ese un ritual que se cumplía varias veces al año, cuando los varones de la gens acudían a la fortaleza, en ausencia de las mujeres, a discutir asuntos, reforzar sus lazos, honrar a los antepasados y celebrar ritos familiares. Y, de entre los últimos, uno de los más importantes y sagrados era el de la danza nocturna de los hombres en honor a la diosa Luna, que solo podía realizarse cuando el astro estaba lleno.

Fue llegando la noche hasta que se esfumó el último retazo de claridad y la negrura se asentó extramuros. Se había levantado frío, y soplaba un viento cortante que aullaba entre las peñas. Luego, una luna grande y blanca despuntó sobre los cerros boscosos, a oriente, visible a pesar de las nubes que volaban por el cielo nocturno y, al advertir esto último, algunos comenzaron a lanzar aullidos, como lobos, porque aquello se consideraba un presagio excelente.

Estaban arrojando brazada tras brazada de leña al fuego, hasta que las llamas se alzaron rugiendo, muy altas, y el aire aventó enormes bocanadas de chispas en las tinieblas. Entonces, los tambores comenzaron a atronar, broncos y lentos, y los presentes, uno tras otro, fueron dejándolo todo para unirse a la danza de los hombres.

Giraban formando una marea humana, en torno a las grandes hogueras, alumbrados por las llamas, primero muy despacio y luego cada vez con mayor rapidez. Muchos blandían en alto armas desenvainadas, haciendo destellar las hojas al resplandor del fuego. Giraban y se retorcían. Poco a poco algunos de ellos, arrebatados por la danza, los fuegos y la oscuridad, fueron cayendo en el éxtasis del baile; ese frenesí sagrado en el que perdían la cabeza y durante el cual podían caminar sobre ascuas sin quemarse y clavarse puñales sin herirse.

Sixto también se había unido a los danzantes pero, aunque se esforzaba por ejecutar los mismos movimientos que los demás, no

lograba convertirse en parte de todo aquello. Giraba y bailaba, enarbolando su espada, como el resto, y sin embargo estaba lleno de una frustración gris. ¡Había oído hablar tanto a sus ayos acerca de la danza sagrada! Había ansiado con todas sus fuerzas poder tomar parte en ella algún día, sin embargo, llegado por fin el momento, era incapaz de fundirse en la exaltación del baile. No conseguía disolverse y dejarse llevar por el batir de los tambores y el frenesí de los danzantes. Y allí, perdido entre la agitación de los de su propia sangre, se sintió perdido y muy solo, con un amargo sabor de boca.

La danza duró hasta altas horas de la noche, entre nubes de pavesas y el retumbar de los tambores, al resplandor claro de la luna. No pocos, agotados, habían caído inconscientes en mitad del baile, y los que quedaban giraban y giraban, con las armas en alto y cantando. A la postre, por fin, los tambores se fueron acallando poco a poco, llegó el silencio y los hombres, rendidos, se retiraron todos a dormir.

3

Sefriges, el legendario jefe de la gens, no apareció hasta el día siguiente. Los vigías, apostados en lo alto de los muros, lo anunciaron con grandes voces y toques de turullo, y un clamor enorme cundió entre los asistentes. Los hubo que corrieron extramuros a su encuentro y otros, como un aún somnoliento Sixto, se acercaron a los parapetos para observar su llegada desde lejos.

Sefriges viajaba como un caudillo de los viejos tiempos, acompañado de todo un séquito. Un heraldo, con una piel de lobo blanco sobre cabeza y espaldas, le precedía allá a donde fuera, anunciando con antelación su llegada. Y él mismo estaba en todo momento rodeado por su clientela militar, un grupo nutrido de guerreros devotos. Hombres fieros y barbudos, de mantos negros y armas magníficas, que estaban ligados a él por juramentos especialmente solemnes. Uno de ellos, siempre a su lado, hacía ondear su estandarte, en el que había soles, tetrasqueles y serpientes bordados.

Sin embargo, aquel jefe mítico se acercó a la fortaleza de su gente a pie, llevando él mismo el caballo de las riendas, y esa mezcla de sencillez y boato no conseguía otra cosa que hacerle más grande a ojos de los suyos. De él, como de la gran mayoría de los jefes celtíberos, se decía que estaba favorecido por los dioses y que poseía poderes de taumaturgo, tanto su lanza como su espada tenían fama de mágicas. No obstante, reía abiertamente y contestaba con gritos a los gritos, como cualquiera de sus pastores, y cada dos por tres se paraba a abrazarse con algún pariente. Solo después de muchos altos y demoras, él y su comitiva pudieron cruzar las puertas de Tongabriga, entre la muchedumbre que se agolpaba alrededor, con gran batahola.

Como poco a poco habría de descubrir Sixto, aquellas juntas de la

gens eran poco más que una suma confusa de discusiones y banquetes salpicados de ceremonias sagradas. Al caer la noche, los hombres danzaban y danzaban en honor de la luna llena hasta caer redondos. Durante ese periodo, los miembros de la gens aprovechaban para limar cualquier diferencia que hubiera podido surgir entre ellos. Se renovaban juramentos y se fortalecían los lazos de sangre. El jefe y los ancianos sacrificaban en honor a los dioses y los antepasados. En el transcurso de esos oficios se celebraban combates rituales.

Aunque a veces no eran tan rituales y, en ocasiones, se libraban duelos de una índole bien distinta, durante los que se vertía bastante más sangre que unas pocas gotas destinadas a honrar a los tutelares de la gens. Precisamente en aquella asamblea, ese segundo día, Sixto pudo presenciar cómo dos hermanos dirimían, a punta de espada, una cuestión de herencias.

Los ancianos convocaron a los hombres mientras, con cierta solemnidad, algunos apilaban bienes —parte de la herencia en disputa— a la vista de todos. Acto seguido, los ancianos hicieron un último intento de mediación, como era preceptivo, e instaron a los litigantes, en voz alta y con los miembros de la gens como testigos, a llegar a un reparto pacífico. Pero los litigantes, dos hombres jóvenes, de barbas grandes y aspecto fiero, habían rechazado con vehemencia la invitación. Así que los ancianos, disculpándose en voz alta ante los antepasados, se habían apartado para dejar sitio y que aquellos dos solventasen sus diferencias por la fuerza de las armas.

Los hombres de la gens formaban un gran círculo, con los bienes amontonados en el centro. Había caído un silencio espeso sobre toda la concurrencia porque el hecho de que dos parientes se atacasen con hierros era, a ojos de gentes para quienes los lazos de sangre eran uno de los pilares de la existencia, un suceso de la mayor trascendencia. Dentro del ruedo humano habían permanecido algunos ancianos, así como el propio Sefriges, todos ellos lanza en mano, para arbitrar e impedir que alguien pudiera salir en ayuda de uno de los duelistas.

Estos, por su parte, estaban separados varios pasos el uno del otro, esperando como perros de presa que les dieran señal de atacarse.

Ambos eran grandes y fuertes, cetrinos, de músculos marcados y un obvio parecido en los rasgos. Los dos iban desnudos de cintura para arriba, sin otra vestimenta que los calzones de paño y el calzado. Llevaban rostros, torsos y antebrazos cubiertos de pinturas de colores, y en las manos broqueles y espadas.

Estas últimas, las espadas, así como la forma en que cada uno blandía la suya, habían llamado desde el primer momento la atención de Sixto. Porque los duelistas habían optado, cada uno, por un acero bien distinto. Y si el más joven empuñaba la típica espada celtíbera, corta, recta y de dos filos —a partir de la cual los romanos habían creado la gladio legionaria—, su hermano esgrimía una falcata de hoja ancha y un solo filo, que se curvaba hacia dentro como el de las guadañas.

En Italia, Sixto se había aficionado, y en grado sumo, al circo romano y a las luchas, hasta el punto de que podía decirse que era todo un experto en las armas de los gladiadores así como en la forma de manejar cada una de ellas. Viendo la disparidad que había entre las dos espadas, esperaba con tremenda curiosidad el resultado de un cruce entre dos hojas, y por tanto dos esgrimas, tan distintas. De la misma manera que jamás se había cansado, en tiempos, de contemplar los enfrentamientos de la red y el tridente de los reciarios contra la gladio y el escudo de los mirmidones.

Los litigantes seguían apartados, sacudiendo los brazos para calentar los músculos y rehuían con tenacidad el cruzar siquiera una mirada, como avergonzados. Más, no bien dio Sefriges la señal y los ancianos se apartaron de en medio, se acometieron como tejones rabiosos, enseñando los dientes y con los aceros destellando.

Se produjo un enfrentamiento furioso, donde no se hacía acopio de fuerzas. Golpe sobre golpe, los filos se encontraban con resonar metálico, o iban a dar contra los escudos, haciendo crujir el cuero pintado. El círculo de espectadores, encendido por el espectáculo de

los luchadores que daban vueltas, arrastrando los pies y tirándose tajos asesinos, en seguida olvidó guardar la solemnidad debida a un duelo fratricida y comenzó a rugir a cada lance, la sangre hirviendo por el ardor del combate.

El que empuñaba la falcata tiraba un tajo tras otro, como un segador, mientras que su hermano, parando el chaparrón con el broquel por alto o de lado, le buscaba las entrañas con la punta de su gladio. Giraban uno en torno al otro, con los ancianos dando vueltas a su alrededor, a una distancia prudente, las lanzas en la mano. El más joven le lanzó un golpe a su hermano con el borde del escudo, a la sien. Pero el otro se hurtó con rapidez de culebra y un contragolpe de su falcata a punto estuvo de pasar bajo el borde del escudo y abrir el pecho de su enemigo.

En más de una ocasión se separaron unos pasos, jadeantes, escudos en alto y hojas en guardia, entre el rumor sordo, como las olas, de la multitud congregada a su alrededor. Pero esas pausas duraban apenas lo bastante como para tomar una bocanada de aliento, antes de arrojarse de nuevo el uno contra el otro. Luchaban con denuedo, como si no les pesase la fatiga, admirando a Sixto, que seguía el enfrentamiento con avidez, estorbado por el ir y venir de los ancianos cerca de los contendientes.

Valoraba con ojos de experto los torbellinos de hierros, el cruce resonante de los filos, los golpes de escudo. Los lances del duelo eran rápidos y mortíferos, hechos de encontronazos, saltos, fintas y añagazas. Parecían no obedecer a ningún plan fuera de la furia y la sed de sangre de los contendientes, que se enconaban aún más con los gritos de sus propios parientes. Sin embargo, Sixto había visto en los circos de Italia a más de un gladiador con fama de tener la sangre ardiente que, en realidad, era un luchador tan frío como un pescado y que alentaba aquella fama para hacer confiarse a futuros adversarios en la arena. Y allí, mirando con ojos entornados cómo los dos hermanos se buscaban con los aceros, se preguntó si algo de eso no habría tras el intercambio enloquecido de golpes.

Una sospecha que pareció confirmarse cuando el mayor de los dos hirió a su hermano con la falcata. Hasta ese momento la había estado blandiendo siempre de filo, pero, de repente, tras amagar un revés, rebasó por lo bajo el escudo del otro y le hundió la punta ancha en el muslo. Se la clavó con tanta fuerza que el otro perdió el equilibrio, con un grito, y cayó a cuatro patas. Su hermano, de una patada, le arrebató la espada de entre los dedos y, rápido como el rayo, arrojó el broquel para empuñar la falcata a dos manos y blandir el filo curvo para descargar un golpe capaz de decapitar a un buey.

Fue entonces, entre el griterío general, cuando de repente medió Sefriges. El jefe de la gens, que se había mantenido siempre a escasos pasos, con expresión adusta y olvidado por todos, adelantó su lanza en un golpe relámpago que arrancó un grito de admiración a Sixto. Un áspid no hubiera sido más rápido. La moharra tocó la hoja de la falcata en plena trayectoria descendente y la desvió, de forma que el tajo se perdió silbando en el aire, sin llegar a rozar siquiera al caído.

El vencedor, desequilibrado, dio un traspié antes de revolveverse hecho una furia, con los ojos echando fuego y los dientes apretados, la falcata entre las dos manos. Sefriges tan solo alzó de nuevo la lanza, la cabeza algo inclinada. No esbozó siquiera una mueca, pero todos los presentes enmudecieron, el hombre de la falcata reculó y el propio aire pareció espesarse de repente. Como tiempo después le comentaría el propio Sixto a un viajero romano, fue como si por detrás del hombro del jefe hubiera asomado la muerte; la mismísima Muerte, esa terrible y sin rostro que tiene altar propio en los templos gaditanos, al sur.

El hombre de la falcata retrocedió acobardado. Sefriges le indicó, con un gesto que se retirarse, cosa que el otro hizo en el acto, y la sensación de algo terrible e inminente desapareció como había llegado. Entre varios hombres se llevaron en volandas al herido, que echaba sangre y maldecía. Los ancianos alzaron manos y lanzas, gritando de nuevo a los antepasados que eran inocentes de esa violencia fratricida, y el ruedo se deshizo, yéndose cada uno por su

lado, entre un mar de comentarios.

Fue al término de aquel duelo ritual cuando Silo tomó a su hijo por el codo y le llevó a presencia de Sefriges. Sixto estaba nervioso, ya que había oído hablar mucho del jefe de la gens y, en persona, resultaba un hombre de veras imponente. Muy alto y huesudo, con aspecto de poseer una tremenda fuerza física que no quedaba aminorada, para nada, por el hecho de tener ya los cabellos y las barbas totalmente blancos. Imponía tan solo con su presencia y, a eso, había que añadir que Sixto acababa de ver con sus propios ojos cuánto había de verdad en aquello que se decía sobre el halo que a veces parecía rodear a Sefriges.

Así que Sixto no pudo evitar atropellar las palabras, tanto por culpa de los nervios como por el hecho de que su lengua materna, el celtíbero, le resultaba a veces algo difícil después de tantos años de apenas hablarla. Pero Sefriges no le prestó casi atención. Le despachó con expresión abstraída y en un momento, como hombre que tiene la cabeza puesta en otras cosas.

—Ah, Miro. —Le contempló con ojos que casi parecieron no reparar en él, llamándole por su nombre indígena, y no por el latino—. Has estado muchos años fuera, viviendo entre extraños. Sé bienvenido a casa.

Sixto trató de responder, pero Sefriges ya se había dado la vuelta para hablar con algún otro, y le dejó sonrojado y con la palabra en la boca.

Tal encuentro, tan breve y desangelado, le produjo una honda humillación. Por mucho que no hubiera querido ir a aquella asamblea y que, en el fondo, considerase a los hombres como Sefriges poco más que reliquias, el hecho de que este le hubiera ignorado en presencia de todos, le dolía como una quemadura. Varios de sus allegados, a los que no se les había pasado por alto lo ocurrido, trataron de quitar hierro al asunto.

—Vamos. ¿No te lo irás a tomar a mal, eh? —le había comentado su hermano Sucaro— Sefriges es como el pedernal: si le acaricias, te

lastimas los dedos, y si le golpeas saltan chispas.

Pero eso no le sirvió de ningún consuelo. Eso sí, al menos, durante aquellos tres días, pudo conocer a no pocos miembros de su gens. Algunos se mostraron más amigables, otros más distantes, y no pocos hicieron alguna broma a costa de su rostro afeitado. Porque, aunque se había dejado el pelo largo, como todos los celtíberos, debía de ser el único allí que no lucía una barba bien grande y poblada.

Conoció a uno joven, alto y muy fuerte, al que llamaban Segomago. Vestía el típico sayo negro, sus cabellos eran largos y bien trenzados, y su barba negra y espesa. Sus escasas joyas, bruñidas hasta casi cegar con los destellos, delataban que era un hombre pobre, ya que a aquellas juntas todos acudían con sus mejores galas.

Los hay que entran en confianza al primer encuentro, y los hay que se detestan apenas verse. Sixto y Segomago congeniaron en seguida. Ambos tenían la misma edad aproximada, era la primera vez que tomaban parte en una de esas asambleas y los dos, aunque cada uno por un motivo distinto, se sentían algo fuera de sitio. Asistieron juntos a varias discusiones, entre ellas, a una que tendría gran importancia para el futuro de ambos, aunque, claro, ninguno pudo percatarse de ello en aquel momento.

En aquellas juntas familiares se trataban todas las cuestiones que afectaban a la gens y, de ser necesario, el jefe y los ancianos mediaban en las disputas que pudieran haber surgido entre parientes. Pero, en aquel debate en concreto, no había litigio alguno que dirimir, ni pleitos por ganado, ni disputas por la invasión de alguna tierra de labranza.

Había gran concurrencia, de forma que los hombres se apiñaban en un círculo, de pie o sentados, y para hablar iban pasándose un bastón, de mano en mano. O eso se suponía al menos, porque, en realidad, algunos interrumpían sin consideración al orador de turno, saltándose la vez, y otros disputaban con los que tenían al lado. A los ancianos les costaba sudor y esfuerzo mantener el orden, y el escándalo casi no dejaba oír a los que tenían la palabra. Sefriges

agitaba el puño y maldecía furioso a los alborotadores, que ni por esas se apaciguaban.

Sixto y Segomago, que habían llegado tarde, optaron prudentes por quedarse en última fila, sin saber qué estaba ocurriendo y algo inquietos por tanto revuelo. Luego, el primero pudo ver a sus hermanos entre el gentío. Se reían, y no eran los únicos, con el follón que armaba el gentío. Fueron hasta ellos abriéndose paso entre la multitud para preguntarles qué había pasado.

Al parecer, hacía un rato que alguien había tomado la voz para pedir que se hiciera algo respecto a un oso especialmente voraz que había atacado por dos veces a su ganado. Casi no había acabado cuando otros tomaron la palabra para apoyarle, ya que eran varios los que habían sufrido los desmanes de esa fiera. Había devorado a numerosos animales —el mismo Silo había perdido una yegua, sin duda en garras de la misma bestia— y, lo que era peor, a dos personas: a un vaquerizo que trató de proteger a su ganado con la lanza, y a una chica joven, a la que sorprendió en descampado cuando iba a por agua.

Un asunto como ese podía parecer claro, sin mucho sobre lo que discutir. Pero en asambleas así, populosas y turbulentas, donde los ánimos se calentaban con facilidad, la realidad solía ser bien otra. A uno se le ocurrió decir que un oso así no podía ser una fiera cualquiera; que había oído decir que se trataba de un demonio encarnado, y sugirió que quizás fuera bueno recurrir a algún brujo. Otros, menos crédulos, le habían cortado con grandes risotadas y, agitando sus lanzas, le decían que en esas puntas estaba el mejor de los hechizos contra tal clase de diablos.

Alguien con muy poca vista no tuvo mejor idea que sugerir la posibilidad de pedir la intervención de los magistrados romanos, lo que desató gritos, pitas y abucheos, y ya a punto estuvieron de llegar a las manos. El tumulto iba creciendo, todos hablaban a la vez y los más templados se esforzaban por impedir que los más exaltados se desbocaran. Los había también que, hastiados, se encogían de

hombros. Otros, como los hermanos de Sixto, se reían del jaleo organizado.

Sefriges, que presenciaba el caos con ojos llameantes, acabó por ponerse en pie de un salto y, bufando, arrancó la vara de manos del que la tenía en ese preciso instante; un hombre de cierta edad que, en vez de dirigirse a los reunidos, discutía con su vecino de asiento y parecía a punto de rompérsela en la cabeza. Agitando ese bastón, el jefe de la gens consiguió ir acallando poco a poco a sus turbulentos parientes hasta reestablecer la calma.

—¡Basta! ¡Charlatanes! —vociferaba indignado, encarándose con los suyos, blandiendo ante sus mismas narices el báculo—. ¡Se os va la fuerza por la boca! ¡Os emborracháis de palabrería! ¡Aquí lo que importa es que hay un oso asesino suelto por el país! ¡Un oso que ataca a la gente y al ganado! Así que lo que hay que hacer es cazarle. ¿O acaso hay aquí alguien que no esté de acuerdo con eso?

Hubo un silencio absoluto. Sefriges, tras fulminar con la mirada a los presentes, agitó como un león su melena blanca y regresó al asiento. Se quedó en silencio unos instantes, ceñudo, antes de hablar de nuevo, sin soltar en ningún momento la vara del orador.

—Hay muchas clases de fieras, y esta parece de las peores. ¡Tenemos que vérnoslas con un oso comehombres! Será uno viejo y le habrá cogido el gusto a la carne humana. No puedo, ni quiero, impedir que aquel que lo desee trate de cazarlo, o que intente defender a sus animales. Pero sí es mi intención, hasta donde pueda, evitar más muertes inútiles. —Hizo una pausa para recorrer con los ojos a los congregados—. ¿Dónde está Bodo? ¿Bodo, el hijo de Brigo? Juraría que le había visto por aquí.

—Aquí me tienes. —Un hombre cenceño, de cabellos rubio oscuro, alzó una mano para llamar su atención.

—Ah, Bodo. Quiero que caces a esa fiera.

—Muy bien. Así se hará.

—Ya sé que tienes asuntos que atender, así que te compensaré por el tiempo y el esfuerzo que gastes. Tráeme la piel del oso y podrás

pedirme lo que desees.

—Ahórrate eso. Soy pobre, pero no tanto —rechazó con arrogancia su interlocutor—. Ese oso ha matado a dos parientes nuestros, y ha sembrado el miedo, de modo que voy a cazarle y a colgar su piel de mi pared. Guárdate tus recompensas para otros.

Un murmullo de aprobación recorrió la asamblea, y el propio Sefriges acogió esas palabras con una sonrisa satisfecha.

—¿Quién es ese? —preguntó Sixto por lo bajo.

—Es Bodo, un gran cazador —repuso, en igual tono, Segomago—. Todo el mundo ha oído hablar de él.

—Yo no. Su fama aún no ha llegado a Italia —replicó sonriente.

Y, no obstante, pese a esa ironía, no pudo evitar sentirse más que impresionado por la actitud de Bodo. El cazador era, sin duda, un hombre orgulloso y lleno de aplomo, todo nervio, capaz de hacer callar en público al mismísimo jefe de la gens, sin que este se lo tomase a mal.

Más tarde se dedicaría a observarle con disimulo. Era todo un personaje entre los suyos: alguien cuya palabra tenía peso, escuchado y respetado. Todo ello por sus hazañas y no por su riqueza, ya que él mismo se había jactado en público de ser hombre pobre. Viéndole, no pudo evitar una punzada de envidia, ya que Bodo, hijo de Brigo, era todo lo que él echaba en falta: gozaba de consideración entre los de su sangre gracias a sus propios méritos.

Y así fue como, pensando en eso último, sin querer, una idea comenzó a germinar, muy poco a poco y en la oscuridad, dentro de la cabeza de Sixto.

4

Tras dar vueltas al asunto durante unos días, después mucho sopesar pros y contras, Sixto se decidió a visitar a Bodo en su propia casa. El cazador vivía a no mucha distancia de Gémina, en un pequeño poblado situado a unos siete mil pasos, y un jinete podía ir y venir en unas pocas horas. Así que Sixto se armó, ensilló su caballo y, sin comentar sus intenciones con nadie ni buscar compañía para el viaje, se echó al camino.

Los guardias de las puertas, apoyados en sus grandes lanzas, le observaron sobándose las barbas y uno de ellos, el más viejo, le gritó que debiera tener más cabeza y no salir tanto solo. Pero él se limitó a reír en voz alta, antes de azuzar a su montura para cruzar los sembrados y ganar el bosque.

Ya más de una vez los suyos le habían recriminado esa manía de cabalgar a solas, pero él siempre replicaba que tampoco los caminos de Italia eran seguros y que sabía defenderse. Sin embargo esta vez, pese a toda la jactancia desplegada ante la guardia de las puertas, se sintió inquieto todo el viaje. Casi toda la ruta discurría entre selvas espesas y cerradas. Llegaba el otoño y las nubes ocultaban a intervalos el sol, tiñendo de gris la luz. Amenazaba lluvia y un viento frío sacudía suspirando el ramaje. La soledad del bosque le trasmitía en esta ocasión tal sensación de amenaza que Sixto —hijo de una raza supersticiosa y educado por otra que lo era más aún— acabó por preguntarse si esa impresión no sería un presagio, un aviso de los espíritus, que le invitaba a dar media vuelta. Y a punto estuvo de hacerlo, aunque al final no lo hizo movido por una especie de orgullo testarudo.

El poblado de Bodo estaba perdido en medio de esa inmensidad boscosa, en lo alto de un cerro, en una posición de fácil defensa. Lo componían un puñado de cabañas de piedras y adobes, con techos de

ramas, hierbas y barro, y una casa comunal algo más grande, todo rodeado por un muro de unos dos metros de alto. El lugar daba una impresión de tremenda pobreza, cosa que no sorprendió gran cosa al visitante, puesto que los cazadores, de entre todos los celtíberos, eran los que llevaban una vida más salvaje y precaria.

No le costó nada encontrar a Bodo, ya que se hallaba sentado a la puerta de su choza, medio envuelto en un manto de pieles y calentándose las manos en una pequeña hoguera. Tenía a su lado unas cuantas trampas, sin duda destinadas a reparar, pero en lo que se ocupaba era ahora en charlar con media docena de chiquillos congregados a su alrededor.

Al ver llegar a Sixto alzó por un instante los ojos, le observó y, por último, volvió de nuevo su atención a sus pequeños oyentes, para proseguir la conversación. Uno y otros reían y, como en seguida pudo comprender el visitante, el cazador les estaba narrando uno de esos viejos cuentos que pasaban de generación en generación, y que tanta importancia tenían a la hora de educar entre unos pueblos como los celtíberos, de tradición eminentemente oral.

La historia era aquella de los siete hermanos que fueron a luchar contra un dios maléfico de las montañas, y que Sixto recordaba, muy vagamente, haber oído hacía mucho, mucho tiempo. Así que, apoyándose en su lanza de jinete, se quedó un poco aparte, a oír el relato, tan absorto en las palabras del cazador como los niños congregados en su redor.

Los hermanos, siete héroes que habían sido provistos por su padre, un gran herrero, de armas mágicas, se habían medido con éxito contra todos los monstruos y guerreros que el dios malvado había enviado contra ellos. Pero este, viejo y sabio, al ver cómo los hermanos abatían a todos sus campeones, recurrió a la astucia y, fingiendo temor, les hizo creer que huía de su cubil en las montañas, abandonando en su fuga todo, incluido su fabuloso tesoro.

Sucedió entonces que los siete hermanos, tal y como el sabio y malvado dios había supuesto, comenzaron a pelearse por el reparto de

las riquezas, y al final se separaron enemistados, cada uno por un camino. Y el dios de las montañas, una vez divididos, los fue abatiendo uno tras otro, hasta que no quedó ninguno.

—... y sus armas mágicas no les sirvieron de nada —concluyó el cazador—. El dios malo los venció a todos, por separado, y se los comió. Muchos pequeños vencen a uno grande si son capaces de luchar juntos, por eso los lobos corren en manada. —Tomó entre sus manos un haz de ramas y probó su resistencia. Luego fue apartando uno a uno los palos y los fue quebrando—. Ved y recordad, porque aquí está la verdadera fuerza de las lanzas.

Hubo unos momentos de silencio. Luego Bodo volvió de nuevo los ojos a Sixto e hizo un gesto con la mano, para ahuyentar a la chiquillería.

—Vamos, id a ahora a jugar. ¿O no veis que tengo visita?

Los chicos se dispersaron de los alrededores de la hoguera como una nube de langosta que de repente se alza, entre revuelo y bullicio, y el forastero se adelantó para saludar al dueño de la casa.

—Soy Sixto, hijo de Silo.

—Ya te he reconocido, hombre. Siéntate aquí si es tu deseo.

El otro buscó con la mirada y, viendo una piedra, se aposentó en ella. Estuvieron callados un rato, el cazador con los ojos puestos en el fuego y jugueteando con una de las ramas rotas mientras su visitante le observaba de reojo. Porque el nervudo Bodo era uno de esos hombres que, ya al primer vistazo, transmiten un aura de resueltos y enérgicos, haciendo sentir una pizca de envidia a quienes tratan con ellos.

—¿Cómo es que andas sin barba, hombre? —le espetó de repente, arrojando la rama al fuego.

—Me he criado entre romanos y ellos no suelen dejársela.

—Ya. Pero ahora estás entre los tuyos y aquí la costumbre es la contraria. —Y, sonriendo de medio lado, se acarició la suya, que era larga y poblada, de un color rubio oscuro.

—De acuerdo. Pero a mí me gusta más ir afeitado.

—Ah. Entonces no se hable más. Cada cual ha de estar a gusto consigo mismo.

Y con eso volvieron al silencio durante un rato. Hombres y mujeres pasaban por delante de la choza, ocupados en sus asuntos. Les miraban sin ningún disimulo y más de uno saludaba al cazador. A pocos metros, los chiquillos estaban ahora jugando y se revolcaban en el polvo con gran griterío. Por último, Sixto se decidió a plantear lo que le había llevado hasta el poblado.

—Quizás te sorprenda mi visita.

—Mi casa es la de toda mi parentela.

—Eh, sí... —Cogido a trasmano, titubeó un momento—. Bueno, mira; lo cierto es que yo quería tratar contigo cierto asunto.

—Pues tú dirás.

El visitante volvió a dudar, tratando de formular de la mejor forma posible su petición al cazador. Se tomó unos latidos y luego, renunciando a cualquier rodeo, fue directo al grano.

—Sefriges te ha encargado que caces a ese oso carnicero; yo estaba presente en aquella asamblea y lo oí con mis propios oídos. Lo que yo quiero pedirte es que me dejes ir contigo.

—Vaya. —El cazador le miró de hito en hito, pasándose los dedos por entre la barba rubiata—. ¿Y puedo saber por qué quieres participar en la caza de ese oso?

—Bueno. —Y de nuevo titubeó durante un parpadeo—. ¿Puedo ser sincero contigo?

—Te lo agradecería.

—Quiero hacerme un nombre.

—¿Un nombre?

—Sí: un nombre. Quiero llegar a ser alguien.

—Pero si ya eres alguien, hombre.

—No. Por mí mismo no soy nadie. Sixto no es, a ojos de la gente, más que el hijo de Silo. Me he criado lejos, soy distinto, como puedes ver, y todos me miran casi como si fuese un extranjero. O consigo que me tengan en cuenta, labrarme una reputación para que me admitan

tal y como soy, o más me vale marcharme de nuevo, y esta vez para no volver.

—Ah. Ya veo. —Con otra de las ramas, Bodo removi6 la hoguera para avivar las llamas antes de tender las manos al fuego, m6s como h6bito distra6do que porque tuviera fr6o—. Entiendo, s6. La vida es dura para los que son diferentes.

—T6 lo has dicho. ¿Puedo esperar una respuesta afirmativa?

—¿Has tomado parte antes en alguna cacer6a?

—Por supuesto.

—Estoy hablando de caza mayor, desde luego.

—He matado jabal6es.

—No est6 mal. Pero, ¿y osos?

—No, nunca he cazado un oso; ¿para qu6 te voy a mentir? —admiti6 a disgusto, temi6ndose ya que su interlocutor le despachase con una negativa.

Pero el cazador no hizo otra cosa que menear la cabeza, con gesto pensativo.

—En el fondo eso da lo mismo. Esta fiera no es como las dem6s de su especie.

—¿C6mo? —Ahora fue Sixto el que estudi6 con atenci6n a su anfitri6n, pregunt6ndose qu6 hab6a querido decir—. ¿Es que t6 tambi6n crees que ese oso tiene algo de sobrenatural?

—Sobrenatural, sobrenatural... —Sonri6 con los ojos puestos en su hoguera—. ¡Qu6 s6 yo! La 6nica magia que yo conozco es la de la caza; todas las dem6s se las dejo a los brujos y a las viejas. Pero, si hay algo de lo que yo entiendo un poco, es de animales. Y ese oso me parece que es un comedor de hombres; uno de verdad.

—Ah.

—Las fieras comehombres existen, joven pariente, aunque sean m6s raras de lo que tratan de hacernos creer los viejos y los vagabundos con sus cuentos. Y no te estoy hablando de que alg6n animal, por la raz6n que sea, ataque a un hombre. No. Estoy hablando de una clase concreta de alimañas: bestias viejas y solitarias, que le

han cogido el gusto a la carne humana.

—Entiendo.

—No. ¡Qué vas a entender! —rechazó con esa indulgencia, tan hiriente aun sin querer, que suelen desplegar los veteranos hacia los novatos—. Imagino que has oído muchos cuentos sobre animales así: fábulas acerca de monstruos de un tamaño enorme y un aspecto espantoso —sonrió—. Pero yo digo que no es cuestión de que el animal sea más grande, más fuerte o más feroz que los demás de su especie. No. Lo que de verdad hace aterradora a una fiera de estas es el hecho de que, sencillamente, le han perdido el miedo al hombre.

—Entiendo —insistió tozudo Sixto.

—Son fieras viejas y saben lidiar con los humanos. El que piense en cazar a una de ellas ha de tener presente que se halla en peligro constante; un peligro mucho mayor que el que se corre al acosar a un animal ordinario. En casos como este, uno es a la vez cazador y presa.

Bodo miró a los ojos a su visitante.

—¿Me entiendes ahora?

—Sí.

—Entonces te lo preguntaré: ¿sigues queriendo acompañarme a la caza del oso?

—Sí. Eso es lo que quiero.

—En tal caso. —Y volvió a sonreír, con los ojos ya vueltos al agitar de las llamas—, no veo inconveniente en que te unas a mi partida.

Hubo otro silencio entre ellos. El cazador removía con el palo el fuego, despacio, y Sixto, que lo último que esperaba era que todo aquello fuera tan fácil, aguardaba sus siguientes palabras. Pero Bodo no dijo nada. Luego pasó una nube delante del sol y el día se hizo oscuro de repente, la luz se volvió gris y triste, y una ráfaga fría agitó las llamas, haciendo volar una nubecilla de chispas.

Fue como un mal presagio porque, justo en aquel instante —mientras se abrigaba mejor su manto—, Sixto alzó los ojos y vio acercarse a un hombre de lo más extraño. Era celtíbero desde luego, pero su manto amarillo, aunque algo raído, lucía bordados

primorosos y sumamente raros. Era alto, fuerte, muy rubio y de ojos azul claro. Su cabello y barba estaban trenzados de forma insólita y, entre los mechones, llevaba pequeños amuletos de hueso y metal. En la diestra, empuñaba una larga lanza a modo de báculo, adornada con talismanes de cuero y crines de caballo.

Le observó perplejo mientras se aproximaba a ellos, suponiendo, por su atuendo, que debía de tratarse de alguna especie de hechicero ambulante. Bodo también había levantado la vista y le estudiaba con ojos agudos. El recién llegado, caminando con sumo aplomo, llegó hasta ellos y deteniéndose a un par de pasos se recostó en su lanza.

—Soy Ambacto —anunció.

—Y yo soy Bodo —replicó el cazador sin levantarse; el palo, bastante chamuscado ya, aún en la mano.

—Me han llegado noticias de que Sefriges, el jefe de tu gens, te ha ordenado que des muerte a Andartarón.

—¿Andartarón?

—El oso.

—Sefriges me ha pedido que cace a cierto oso que diezma nuestra ganadería y que incluso ha atacado a personas. Si es o no ese al que tú llamas Andartarón, eso es algo que no sé.

—Es el mismo.

Bodo le lanzó una mirada atravesada, golpeándose la palma de la mano con el palo humeante. Sixto pasaba los ojos de uno a otro, dando vueltas entre dientes al nombre que ese extraño personaje, Ambacto, había dado al oso. Tras haberse criado hablando latín, su idioma natal le resultaba a veces algo difícil; por eso tardó un latido en comprender lo que significaba ese nombre. Andartarón: El Gran Oso Sanguinario. Mientras, el cazador había tomado la palabra.

—Si tú lo dices, ese debe de ser su nombre; aunque a mí me da lo mismo como le llame la gente. Y a ti, buen hombre, ¿qué se te ofrece?

—Te traigo una advertencia, un aviso, y ten en cuenta que poderes más grandes que tú y que yo hablan por mi boca. De ninguna de las maneras debes tratar de matar al oso.

—¿Pero qué se supone que eres tú, hombre? ¿Una especie de agorero o qué? —Contempló de arriba abajo a su interlocutor, así como su peculiar atuendo.

—Soy Ambacto, servidor de Andartarón, —El otro se envaró levemente, aún apoyado en la vara de su lanza—, y he venido a advertirte en su nombre. Ni se te ocurra cruzarte en el camino del oso.

—¿Pero qué dices? ¿Cómo es posible que un hombre sirva a una bestia?

—Andartarón no es un simple animal. Cualquiera tonto, a la vista de sus actos, debiera de ser capaz de darse cuenta de eso.

—¡Anda ya! —Esta vez le miró de muy malas maneras—. Oye, hombre: a mí me da lo mismo que sea una fiera o la encarnación de un espíritu maligno. Yo lo único que sé es que es peor que una plaga; mata personas, mata ganado y está sembrando el miedo entre la gente. Y yo, Bodo, voy a cazarle y enviar su piel al jefe de mi gens.

—Hacer eso sería un error fatal. —Ambacto, abandonando su actitud indolente, estaba alzando ahora la voz—. Tratar de matar a Andartarón no solo será inútil, sino que puede provocar su furia y eso solo puede traer males mayores.

—¿Males mayores que las muertes de ganados y personas? ¿Quieres que le dejemos campar a sus anchas?

—Lo que hay que hacer es aplacarle: ofrecer sacrificios en su honor para que no cause más destrucciones.

—¡Bah! —Sonrió sin ningún humor—. Me parece que me gusta más mi método. ¿No lo conoces? Está en la punta de una lanza; es de lo más eficaz con las fieras y sale mucho más barato.

—¿Cómo te atreves a alzar tus armas contra un ser que...?

—¡Basta! No sé si ese oso es un simple animal o si es algo más; pero sí sé muy bien de qué madera estás tú hecho. ¿Te crees que nunca he visto a ninguno de tu calaña? Pues el país está lleno, y yo he conocido a demasiados como tú, granujas que viven de explotar la credulidad de la gente, siempre atentos a sacar tajada a las desgracias

ajenas. Vete ahora mismo de aquí, sinvergüenza. —Le apuntó con el palo chamuscado—. Sal de este poblado si no quieres que llame a mis vecinos y te corramos a pedradas hasta el arroyo.

El brujo se le quedó observando con ojos llameantes y, durante unos instantes, Sixto temió que fuera a atacar con su lanza al cazador. Pero por último, con los labios apretados, golpeó por dos veces el suelo con la contera de su arma, antes de dar media vuelta y alejarse, abriéndose paso entre los mirones que se habían ido congregando a sus espaldas.

Estos se dispersaron con rapidez, cada cual a lo suyo, y Bodo y Sixto se quedaron sentados junto a la hoguera, viendo alejarse al forastero, hasta que este atravesó las puertas del poblado y se perdió de vista. Solo entonces el cazador, sin dejar en ningún momento de jugar con el palo, tomó de nuevo la palabra.

—Bueno, hijo de Silo; ¿aún sigues queriendo venir a la caza del oso?

—¿Y por qué iba a haber cambiado de idea?

—¿Es que no has oído a ese brujo loco? ¿Qué pasa si, de verdad, ese oso es en realidad la encarnación de un demonio?

—¿Qué harías tú si tuvieras la certeza de que eso es cierto? ¿Renunciarías a darle caza?

—No. Uno no debe asustarse ante nada, por muy grande que esto sea. Sea bestia o demonio, ese oso está sembrando el terror en nuestros poblados y hay que cazarlo. Además, la magia del hierro es tan buena como cualquier otra.

-Bien. Y yo aún deseo acompañarte.

—Entonces de acuerdo. Ve a tu casa, ármate y regresa. He mandado llamar a unos cuantos amigos y los estoy esperando. Cuando estemos todos, bailaremos la caza del oso y pediremos la ayuda de los dioses. Tú, aunque no lleves barba —Le señaló con la rama tiznada—, al menos te has dejado el pelo largo; así podrás trenzártelo en la forma adecuada para la cacería.

Sixto asintió y se puso en pie.

—Me voy ya.

—No te entretengas. En cuanto sepamos por dónde anda, saldremos a matar al oso. Ese Andartarón —Y, al pronunciar el nombre, se le escapó una sonrisa desabrida—, se ha aficionado a la carne fácil y, o mucho me equivoco, o no vamos a tardar en tener noticias de algún nuevo desmán suyo.

5

El cazador no se equivocaba. Sixto volvió a todo galope a Gémina y, tras equiparse con cuanto pensó que pudiera serle útil en esa cacería, y despedirse a toda prisa de sus parientes más cercanos —aunque, quizás inevitablemente, Silo le entretuvo con algunos consejos—, regresó junto a Bodo. Así, al caer la tarde, ya estaba de nuevo en el poblado.

Algunos cazadores llegaron también ese mismo día, de anocheada, en tanto que los demás lo hicieron a la mañana siguiente. En total, Bodo había elegido a siete hombres, incluido él mismo, para la cacería. Todos eran monteros de la vecindad, veteranos enjutos y de pocas palabras, con la única excepción de un tal Coluso, hombre de dinero y dueño de mucho ganado. Este último no se había unido a la partida por ninguna pérdida que hubiera podido causarle el oso, sino porque tenía una vena aventurera y, como era de temple expansivo y fanfarrón, enseguida hizo buenas migas con el novato Sixto.

Bodo, como él mismo había afirmado, era experto en los ritos más sagrados de la caza. Fue él quien indicó al resto cómo trenzarse el cabello para la ocasión y quien hizo los sacrificios. También era él quien, en mitad de la noche, con el rostro oculto tras una máscara de cuero y madera, dirigía la danza de la caza del oso.

Así estuvieron tres días, afilando sus armas, purgándose con pócimas y especulando ociosamente sobre dónde y cómo volvería a atacar el oso. Al caer la noche, salían del poblado para bailar en lo más espeso del bosque, al resplandor de una hoguera y a salvo de cualquier mirada. Fueron tres jornadas sumamente duras para Sixto, que no estaba acostumbrado a los ayunos ni a las purgas, ni a dormir en el suelo, sobre un montón de paja, ni a bañarse, al alba, en las aguas rápidas y gélidas del arroyo.

La tercera noche, la quietud del poblado se rompió con un coro de

gritos. Sixto, los ojos aún somnolientos, salió alarmado de la cabaña en la que se alojaba, a toda prisa, cubierto tan solo por la túnica y con la espada aún envainada entre las manos, pues temía que se tratase de un asalto nocturno de bandidos. Ya había mucha gente fuera, todos medio desnudos, aunque no parecía haber nada que amenazase al poblado. Todos hablaban a la vez y un par de hombres llevaban antorchas encendidas, arrojando una claridad enrojecida y movediza sobre la escena.

Bodo, envuelto de cualquier manera en su manto, estaba discutiendo con un hombre fornido al que Sixto no creía haber visto jamás. Pero en pocos instantes alguien le informó de que aquel era un mensajero que había cabalgado a través de la oscuridad para avisarles de que el oso había vuelto a atacar. La noche era fría y soplaba viento, y nubes negras y deshilachadas corrían por el cielo ocultando la luna a intervalos. Ráfagas de aire helado agitaban ropajes y llamas, haciendo temblar la luz de las antorchas.

Sixto, con la túnica ondeando a cada golpe de aire, se acercó tiritando a Bodo; pero este no pudo ser más escueto.

—Ya sabía yo que ese oso no iba a tardar mucho en volver a atacar. Prepárate que nos vamos.

De vuelta en la choza, se vistió, armó y equipó a toda prisa, prácticamente a tientas, al resplandor casi apagado de un puñado de brasas. En el último momento, ya con un pie fuera de la cabaña, la dueña de esta le retuvo para colgarle al cuello un amuleto de cuero. Bueno para la caza, le dijo sonriendo; una antigua posesión de su marido, también cazador y ya muerto.

Él aceptó aquel regalo inesperado con una sonrisa tímida. Iba ya acostumbrándose a que muchas mujeres de edad le viesan en cierta manera como a un niño, quizá debido a que no llevaba barba. Llevado a su vez por un impulso repentino, se sacó un anillo de oro del dedo y lo puso en la palma de la anfitriona, tratando de corresponder de alguna forma. Luego, salió precipitadamente.

Pero Bodo se limitó a reunir a los suyos para comunicarles que el

oso había matado a varias cabezas de ganado en un poblado situado a no mucha distancia hacia el este. Los lugareños, pasado el primer revuelo, iban volviéndose a sus cabañas, a dormir lo que quedaba de noche. Ellos fueron a sentarse en torno a una hoguera, en compañía del mensajero, a esperar el alba. Porque Bodo no consideraba sensato viajar a oscuras por el bosque, dando tumbos por las sendas y expuestos a los malos espíritus.

Aprovecharon el tiempo para pintarse de colores la cara y las barbas. Sixto, tras dudar durante un latido, dejó que le untasen también el rostro de verde y ocre. Luego hubo poco que hacer, aparte de dormitar y tratar de calentarse al fuego. Alguno, aburrido, rascaba de vez en cuando la cabeza a los perros o tarareaba muy por lo bajo.

Al primer resquicio de claridad al este, sobre las colinas y los bosques, Bodo se puso en pie de un salto y, sacudiéndose la modorra, fue tocando con la vara de su venablo a los dos o tres que se habían quedado dormidos. Los centinelas les franquearon las puertas de madera del poblado y ellos, sin demora alguna, se pusieron en camino.

Iban todos andando, excepto el mensajero, pero ese ya se había adelantado al galope; caminaban a buen ritmo, charlando entre ellos, y con los perros sueltos para que correteasen a lo largo de la senda. Su destino estaba bastante próximo, así que llegaron aún muy de mañana, con el rocío salpicando todavía las hojas y los pastos. En esa ocasión, el oso había hecho estragos en el ganado de una dehesa y, gracias a los buenos oficios del mensajero, ya les esperaban allí numerosos vecinos, todos ansiosos de mostrarles el lugar donde se había producido el ataque.

Amanecía gris, húmedo y ventoso. Lenguas de bruma flotaban entre los árboles y las vacas deambulaban mugiendo por las pasturas, indiferentes al hecho de que media docena de sus congéneres yaciesen muertas entre la hierba mojada, con la lengua fuera y los ojos abiertos de par en par. Los vaquerizos iban y venían entre los restos ensangrentados, lanza en mano, con los mantos negros

agitándose en las ráfagas de viento. Pero Bodo desdeñó las explicaciones atropelladas y los intentos que hicieron algunos por mostrarle detalles de la carnicería, porque estaba muy claro lo que había sucedido allí. Así que, en vez de perder el tiempo en palabras, señaló con gesto enérgico las huellas.

—¡Traed a los perros! ¡Ponedlos sobre el rastro! ¡Vamos a la caza del oso! —rugió antes de enarbolar en alto su venablo y lanzar un alarido largo y retumbante que fue coreado por sus todos compañeros, a excepción de Sixto, al que aquello cogió por sorpresa.

Se pusieron en marcha, sobre los rastros. Coluso, sonriente, palmeó en el hombro a Sixto para darle ánimos y, según pasaba, rozó con la yema de los dedos el lomo de una de las bichas de la dehesa —monstruos tallados en piedra colocados en los límites de los pastos para proteger al ganado de los maleficios—, por si aquel gesto pudiera traerle una pizca de suerte.

En seguida salieron de los herbazales, perdieron de vista al ganado y a los vaquerizos, y se adentraron en el laberinto de árboles.

El otoño iba ganando días y la selva estaba ya teñida por ese estallido de matices ricos e intensos —pardos, ocre, rojos, amarillos—, tan característicos de la estación. Soplaba el viento y arrastraba, silbando, hojas muertas entre los troncos musgosos. Toda clase de pájaros trinaba en las ramas y enormes nubes blancas, como montañas de algodón, cubrían a medias un cielo azul y frío, dejando lucir el sol a intervalos.

Iban a paso ligero, atentos a las huellas impresas en el humus negro del bosque. En cabeza, uno de ellos sujetaba a duras penas a los sabuesos, que tiraban de sus correas husmeando y ladrando sin cesar. A veces, al llegar a un lugar donde las malezas eran demasiado espesas, Bodo se paraba receloso y refrenaba, molesto, a los más impulsivos de su partida.

—Estamos persiguiendo a un oso devorador de hombres, no a una fiera corriente —les repetía una y otra vez—. Podemos esperar cualquier cosa de él. Recordadlo, que no se os vaya a olvidar.

La pista se internaba más y más en los breñales, dirigiéndose al norte, y ellos iban detrás de ella. Aquel oso, según parecía ser su costumbre, no era amigo de quedarse a merodear por una zona concreta y si de vagabundear por un gran territorio; cosa que no dejaban de comentar entre ellos los cazadores. Estuvieron toda la mañana siguiendo las huellas, dando vueltas y giros por las profundidades del bosque, cruzando arroyos y, en un par de ocasiones, senderos.

Ya después del mediodía, el rastro les condujo a la orilla de un riacho, algo más ancho que los arroyos previos, y de poca hondura. Vadearon impetuosos, chapoteando en el agua fría, pero, por más que buscaron arriba y abajo, no encontraron huella alguna en la otra ribera.

—Habrás seguido por el río, dentro del agua —comentaron entre ellos sin sorprenderse—. Ya se sabe lo que le gusta el agua a los osos.

Bodo, sin perder ni un instante, envió a dos de sus hombres río arriba con la mitad de los perros, y a otros dos río abajo con la otra mitad. Él, en compañía de Coluso y Sixto, se quedó en aquel mismo punto a esperar la vuelta de unos y otros.

—Si encontráis el rastro, tocad la trompa. Si oís la mía —palmeó el instrumento, curvo y de barro cocido—, volved al instante. Ni se os ocurra perseguir por vuestra cuenta al oso. Si encontráis aunque sea una huella, llamad y esperadnos. ¿Me oís? Esperadnos.

Él y sus dos acompañantes se quedaron al borde del agua, observando cómo las dos parejas se alejaban, entre chapoteos y ladridos de canes; hasta que, primero unos y luego otros, desaparecieron tras una curva del riacho y ya no les vieron más.

Permanecieron un rato en silencio, de pie en aquella orilla repleta de vegetación mientras los ladridos se iban alejando cada vez más. Luego Bodo fue a sentarse a solas al borde del río, con los venablos en el regazo, y allí se quedó, pensando quien sabe en qué, acariciando distraído su oscura barba rubia y la madera de sus lanzas. Coluso, más sociable, invitó a Sixto a jugar un juego muy popular en aquella

tierra; uno que se libraba moviendo guijarros a través de casillas dibujadas en la arena. Este último aceptó a pesar de que no conocía el juego, pero pensando que no sería muy difícil de aprender. Y en eso no se equivocó, aunque perdió tres partidas en un abrir y cerrar de ojos.

—Juegos como este son esas pequeñeces con las que uno debiera de familiarizarse —comentó sonriendo Coluso, al tiempo que disponía los guijarros para una cuarta partida—. Debiera, si es que ese uno quiere que los otros le vean como uno de los suyos y no como un extraño.

—¿Por qué dices eso? —Sixto pasó los ojos de los guijarros al rostro de su compañero, pintado de verde oscuro, marrón y negro.

—¿No te sientes algunas veces un poco fuera de sitio?

—¿Algunas veces? —Sonrió con aspereza—. Muchas, más bien.

—Ya. ¿Cuánto hace que has vuelto a casa de los tuyos?

—Llegué a últimos de la primavera.

—¿Y cuánto tiempo has estado fuera?

—Toda la vida. Mi padre me envió a Tarraco siendo así. —Con la mano, indicó la estatura de un niño muy pequeño—. Casi ni mi acuerdo de ese viaje.

—Así que te mandaron como rehén de los romanos, ¿no?

—¿Para qué vamos a andarnos con rodeos? Sí. Eso es lo que era yo, aunque siempre me trataron bien.

—Claro, una cosa no quita la otra.

—Desde luego. —Sixto asintió con la cabeza.

La suya era una situación que se daba bastante entre los pueblos sometidos a Roma pero aún no del todo incorporados a la órbita romana. Aquellos que, como su padre, se vinculaban a los conquistadores, se veían obligados a entregar rehenes de su propia sangre como garantía de lealtad. Eso disminuía la probabilidad de que pudieran rebelarse contra los vencedores y, además, los rehenes, si eran de corta edad, eran educados a la romana, de forma que al llegar a adultos servían de puente muy eficaz entre las dos razas.

—Y ahora te sientes como un extraño, claro... —Coluso le miró con simpatía.

—Tú lo has definido perfectamente. —Trató de sonreír, pero solo le salió aquella misma mueca áspera de antes—. Un extraño.

—Es normal, hombre. Yo mismo, al volver...

—¿Al volver? ¿Tú?

—Sí. Yo, en tiempos, fui soldado de Roma. ¡Aunque anda que no hace años ya de todo eso! —Dejo escapar una sonrisa distraída, quizás por recordar de repente viejos tiempos—. No me alisté por necesidad, como tantos otros, sino porque siempre he sido un poco inquieto. Fue en la época de las grandes guerras de los romanos; viajé mucho y conocí muchas tierras. Al cabo de los años, cuando al fin volví a casa, ya nada era lo mismo; no podía serlo, y muchas veces me sentía desplazado. Pero, con el tiempo, acabé por amoldarme de nuevo... ya verás como a ti te pasa lo mismo.

—Ojalá.

-Vamos, hombre. Todos los que vuelven lo consiguen, si son capaces de poner un poco de su parte.

Jugaron un par de partidas más antes de dejarlo. El tiempo pasaba muy despacio, la luz iba tiñéndose con ese resplandor suave y envejecido que anuncia que se aproxima el atardecer y ninguna de las dos parejas había dado aún señales de vida. Coluso dormitaba como un lagarto al sol, recostado en un álamo, y Sixto paseaba arriba y abajo por la ribera jugueteando con un venablo. Bodo, sentado en la orilla, miraba los juegos de la luz en el agua azul y, a veces, tiraba una piedrecilla que se hundía con chapuzón sordo.

Por fin volvieron los que habían subido río arriba, con las manos vacías, entumecidos y de muy mal humor por haber pasado tanto tiempo metidos en el agua hasta la rodilla. Bodo les oyó maldecir, se pasó la mano por la barba y volvió a sentarse a la orilla. Los recién llegados encendieron una fogata pequeña para calentarse un poco los pies.

No mucho después, regresaron los que habían ido aguas abajo.

Subían contra corriente, chapoteando ruidosamente mientras azuzaban a los perros a proseguir. Tampoco ellos habían encontrado ningún rastro, a pesar de que habían bajado largo trecho.

—Esto sí que es raro —dijo Coluso, los brazos en jarras—. Volando no se ha ido, desde luego.

—Humm. —Bodo movió despacio la cabeza; aunque en ningún momento insinuó siquiera que ninguno de sus hombres hubiera pasado nada por alto, todos ellos eran buenos rastreadores.

—¿Qué hacemos ahora?

—¿Y qué quieres que hagamos? Volvemos, por supuesto. —Lanzó una mirada al río, como buscando en vano alguna señal antes de calcular a ojo cuánto quedaba de luz—. Ya habrá otras oportunidades de cazar al oso.

Desanduvieron el camino, huraños y una pizca abatidos. Había un poblado a no mucha distancia, al que podrían llegar poco después de la puesta del sol; así que, tras conferenciar unos momentos, se dirigieron hacia allí. El viento soplaba ahora con más fuerza, las copas de los árboles se agitaban y sacudían entre susurros, y las hojas muertas caían en catarata, formando torbellinos a cada ráfaga. Comenzaba a hacer frío y los hombres se abrigaban en sus mantos negros.

—¿Cómo ha podido desaparecer así? —soltó al cabo alguien.

—Seguramente, salió del agua más arriba o más abajo; por eso no hemos encontrado sus huellas —repuso otro.

—Hemos recorrido un gran trecho de río. No es normal que un oso se quede tanto tiempo en el agua.

—¿No se habrá desviado por algún afluente, antes de salir? Si hay un animal caprichoso, ese es un oso.

—Quién sabe...

—¿Y cómo no han olido nada los perros? —intervino un tercero—. Es como si se hubiera esfumado en el aire. Ya sabéis que los hay que dicen que no es un animal, sino un demonio.

—Basta de tanta cháchara. —Bodo sacudió, molesto, la cabeza—.

Desde luego, hay algo muy raro en este oso, aunque sea un devorador de hombres. Anda errante, no parece tener cubil; es muy grande y, sin embargo, nadie le había visto antes de que hubiera comenzado a atacar al ganado...

Dejó la frase en el aire y la conversación se apagó. Moría el día y el cielo, a través del follaje agitado por el viento, resplandecía con ese azul último y más intenso de la tarde mientras, en las profundidades del bosque, las sombras se hacían cada vez más oscuras, grandes y densas.

—A este paso, vamos a llegar de noche cerrada —comentó uno.

—Así así le andaremos. —Coluso hizo un gesto muy expresivo, girando una mano en el aire.

Justo en aquellos momentos, los sabuesos comenzaron a revolverse y a gruñir.

—¿Qué les pasa a tus perros? —Bodo se adelantó, lanza en mano.

—¡Yo que sé! —Desconcertado, el perrero tironeaba de las correas, intentando controlar a los canes—. Seguro que han venteado algo.

A un gesto del jefe, se detuvieron y, de repente muy inquietos, pasearon la mirada por las espesuras circundantes, intentando ver qué pudiera haber alterado de tal manera a los sabuesos, que ahora estaban ladrando con furia. Pero nadie pudo distinguir nada, aparte de zarzales, troncos, hojas muertas revoloteando, penumbras, sombras.

—Algo ronda por aquí cerca —dijo sin embargo Bodo, sopesando sus lanzas—. Algo...

Como al conjuro de sus palabras, un macizo de malezas cercanas pareció explotar de repente y de sus profundidades surgió como un ciclón una enorme mole parda, todo colmillos y garras, que bramaba de forma ensordecedora.

—¡El oso!

La bestia, inmensa entre dos luces, cayó sobre el grupo, hundiéndolo en una confusión de gritos, tropezones, blandir de armas, ladridos. Fue como si una avalancha les hubiese arrollado y

alguno, al retroceder de un brinco, rodó por los suelos. El oso les barrió como a cañas secas; los perros salieron volando entre gañidos y uno de los hombres se desplomó con un chillido terrible.

Para Sixto fue todo muy rápido. Había un tumulto atroz, hombres y animales yacían de repente en el suelo, revolcándose, y el monstruo, en la casi oscuridad del ocaso del bosque, se movía entre los cazadores como un torbellino repartiendo mordiscos y zarpazos, sin dejar de rugir. Él, en el calor del momento, se arrojó con su venablo contra la fiera, sin pensar en lo que hacía. El monstruo, bramando, a punto estuvo de destrozarle el rostro con sus garras; pero, en vez de eso, el zarpazo hizo astillas su lanza.

Reculó para empuñar la espada y acometer de nuevo al oso. Y fue entonces cuando este se alzó de repente sobre dos patas, enorme y terrible, cerniéndose como una montaña sobre los que aún quedaban en pie. Avanzó contra Sixto que, helado, creyó ver, a la luz escasa, las tremendas fauces abiertas de par en par y los colmillos goteantes de baba sangrienta.

Saltó atrás con un grito, chocó contra algo y, perdiendo pie, cayó de espaldas. Lleno de terror, rodó sobre sí mismo. Presa ya del pánico, se alejó a cuatro patas. Luego se incorporó de un salto y huyó de allí a toda la velocidad que le daban las piernas, dando traspiés entre la maleza y las sombras, y sintiendo, o creyendo sentir, el aliento apestoso del monstruo en la nuca.

6

Sixto corrió a lo largo del bosque sin volver en ningún momento la vista atrás, sumido en ese terror ciego que no le deja a uno pensar en nada que no sea huir, lo más rápido posible, de algo que cree tener justo detrás, a punto de agarrarle.

Fue trastabillando por entre troncos, matas y rocas musgosas que afloraban del suelo negro, casi a ciegas en el crepúsculo del bosque. A veces se enganchara las ropas en algún zarzal, y otras tropezaba con una piedra o unas raíces. En una de ellas, perdió el equilibrio y, llevado de su propio impulso, cayó por una cuesta larga, cubierta de hojas muertas. Fue un milagro que no se clavase la espada, que aún llevaba en la diestra.

Se retorció como una culebra, loco de pánico, convencido de que el oso se le echaba encima para destrozarle. Mas, cuando se volvió empapado en sudor, sujetando la espada a dos manos, descubrió que no había nada detrás de él, ni siquiera el menor indicio de que aquella fiera asesina hubiera estado persiguiéndole. Se quedó tumbado bocarriba largo rato, de repente aturdido por la calma del bosque, respirando a grandes bocanadas y recobrando, muy poco a poco, una pizca de serenidad.

Se puso en pie, empapado en sudor y aún casi sin aliento. El bosque estaba envuelto ya en una oscuridad casi completa y todo era silencio; los pájaros habían callado y solo el viento, al soplar, estremecía las copas de los árboles, haciendo murmurar al follaje. Se pasó la mano por la frente y, pese al frío, la notó cálida, húmeda y pringosa. Aguzó el oído, pero no pudo escuchar nada; ni siquiera un rumor lejano, algún ladrido, que pudiera indicarle dónde estaban sus compañeros, si es que había quedado alguno con vida.

La poca luz que restaba desaparecía con rapidez, cada vez hacía más frío y el aire, cortante como una cuchilla, le agitaba las ropas y le

atería los dedos. Él, en vista de que no tenía la menor idea de dónde se hallaba, ni posibilidad de orientarse, buscó a toda prisa algún árbol al que poder encaramarse y, como no pudo encontrar ninguno adecuado, se refugió entre un haya nudosa y una roca gris salpicada de líquen para poder pasar allí la noche con un mínimo de resguardo.

No tardó en desaparecer el último resto de claridad e instalarse la negrura. El follaje se agitaba a cada golpe de viento, dejando ver a intervalos algunas estrellas allá en lo alto. A Sixto, sin nada con que encender fuego, no le quedó otro remedio que arrebujarse lo mejor que pudo en el manto, intentando taladrar la oscuridad con la mirada y sin soltar en ningún momento el acero.

Fue una noche de espantos, en medio de las tinieblas, el frío, el viento y ese silencio punteado por los extraños sonidos de la espesura. Sentado en el suelo húmedo y con las espaldas contra la roca, consiguió dormitar a intervalos. Pero siempre algún ruido acababa por despabilarle con sobresalto. Entonces afinaba durante un rato el oído en las tinieblas, apretando aún más los dedos helados en torno al puño de la espada y tratando en vano de averiguar qué podía haberle alertado.

Para alguien como Sixto, ajeno por completo a las selvas, el menor de los ecos estaba preñado de amenazas. Acurrucado en la oscuridad, no podía evitar recordar las historias sobre brujas, demonios y caníbales del bosque que se contaban alrededor de las hogueras. Cualquier rumor de hojarasca podía deberse al paso de una ráfaga de viento o a que el oso —o cualquier otro ser de las espesuras igual de mortífero— se acercaba para devorarlo en la negrura. Y aquel aullido lejano podía deberse al aire, al pasar entre las ramas, o ser el grito de un espíritu nocturno, ansioso de chuparle la sangre.

La noche fue pasando por tanto muy despacio, y solo tras una eternidad de terrores, Sixto, que dormitaba congelado, pudo por fin atisbar cómo migajas de luz comenzaban a filtrarse a través de la cúpula vegetal. Alzó la cabeza, observando con avidez y, tras cercionarse de que en efecto comenzaba a amanecer, se incorporó.

La luz era gris y apagada, la temperatura muy baja y su manto negro estaba empapado de rocío. Esa primera hora era gélida y ventosa, y la niebla amortajaba grandes extensiones del bosque. Pero Sixto, tras los horrores de la noche, no pudo acoger con mayor alegría la llegada del alba tristonía.

Sin soltar en ningún momento la espada, se sacudió de gotas y hojas el manto como pudo, y comenzó a caminar en la semioscuridad gris del amanecer. La niebla se arremolinaba entre los troncos y la humedad le calaba a uno hasta los huesos; pero los pájaros estaban ya trinando y sobre su cabeza, más allá del ramaje y las hojas ocres, el cielo iba pasando, poco a poco, del gris al azul.

El día invadió el bosque, las sombras retrocedieron, la niebla fue desapareciendo y las espesuras estallaron con brusquedad en los mil y un colores del otoño. El viento sacudía los árboles y la maleza, arrastrando torbellinos de hojas muertas entre los troncos musgosos y, cuando una nube blanca pasaba ante el sol, todo se oscurecía de repente.

Sixto, en su caminar, encontró una rama que le pareció adecuada y, con un par de tajos de espada, la convirtió en un bastón. Llegó a un arroyo que brincaba y espumaba entre piedras resbaladizas; bebió hasta hartarse y luego, como no tenía idea de hacia dónde ir, optó por echar a andar aguas abajo con la idea de que los arroyos llevan a ríos y de que, a lo largo de estos últimos, uno acaba siempre encontrando algún lugar habitado.

Anduvo largo rato por la orilla, mientras el agua murmuraba y saltaba entre rocas redondeadas y cubiertas de musgo verdoso. Luego, en un momento dado, se detuvo en seco al oír un largo silbido; un son que, aunque recordaba al canto de un ave, tenía una inconfundible cualidad humana. Parado junto al rumor del agua, bastón en mano, recorrió con los ojos la fronda circundante.

Nada.

El trino se repitió y él, aguzando el oído, miró a un lado y a otro a través del follaje hasta descubrir una figura entre los troncos, al otro

lado del arroyo. Entornó los párpados y se movió, porque las brumas se habían esfumado hacía ya tiempo y el sol brillaba entre las hojas llenando la penumbra del bosque con juegos de luz y sombra, e hiriendo los ojos de vez en cuando con un destello dorado.

El que estaba al otro lado del arroyo volvió a silbar, agitando esta vez las manos, y Sixto enarboló a su vez el báculo para responder al saludo. Guiñó de nuevo los ojos, la luz había vuelto a deslumbrarle antes de darse cuenta de que la figura parada entre los árboles era una mujer de cabellera larga y suelta y ropas ocres. Empuñando el bastón, se lanzó al cruce del agua helada, para ir a su encuentro.

Subió la cuesta despacio, temiendo asustarla; pero ella le estaba observando con curiosidad, sin mostrar ni un ápice de recelo. Sixto la contempló con no menos interés porque no creía haberse encontrado nunca con nadie así. Era joven, desde luego; delgada y de pelo oscuro, y los bordados verdes de sus ropas ocres, así como los amuletos que colgaban de su cuello, eran distintos a todo cuanto hubiera visto antes entre los celtíberos; más extraños aún que los adornos de Ambacto, el hechicero que afirmaba ser servidor del oso.

Pero fue su rostro lo que, sobre todo, le llamó la atención. Porque sus rasgos recordaban en parte a los de la gente de la tierra y en parte no, dándole con esa mezcla un extraño atractivo. Sus ojos almendrados eran oscuros y brillantes, al fijarse en esos ojos y en la profusión de amuletos de hueso pulido y metal dorado, Sixto sintió de repente la boca seca porque se le vinieron a la cabeza todos esos cuentos de viejas que hablaban acerca de brujas caníbales que atraen a los viajeros solitarios.

Miró alrededor, casi temiendo descubrir entre los helechos a asesinos emboscados listos a saltar sobre él para asesinarle y comerse su corazón. Sin embargo siguió adelante, aunque con los dedos más apretados en torno al palo. Se detuvo a un par de pasos y, no sabiendo que hacer, alzó la palma de la mano en señal de paz. La chica le devolvió un saludo parecido.

—¿Y tú quién eres? —le espetó ella con curiosidad, sin dejar de

estudiarle con esos ojos oscuros.

—Soy Sixto, hijo de Silo, de la gens de los Eburonios. —Durante un instante, tuvo miedo de que ella fuera a embrujarle con la mirada, como se decía que hacían las hechiceras, y, con la zurda, esbozó un gesto contra los maleficios. Luego, trató de sostenerle los ojos.

—Yo soy Samine —repuso ella con una sonrisa algo divertida, de forma que Sixto temió, avergonzado, que ella se hubiera dado cuenta de su ademán—. ¿Eres uno de los que iban a la caza del oso?

—¿Y tú como sabes eso? —preguntó, aún más desconfiado.

—Bueno: si no quieres que nadie sepa que vas de caza, no te pintes la cara —y, señalándole al rostro, se echó a reír con soltura.

Él, al pasarse los dedos por las mejillas, sintió en las yemas el tacto untuoso de las pinturas y sonrió a su vez como niño cogido en falta.

—Bueno, es verdad; me había olvidado de las pinturas. Sí, yo era uno de los compañeros de Bodo, el gran cazador. Pero, ayer, al caer la noche, el oso nos atacó por sorpresa...

—Ya lo sé. La noticia ha corrido por la vecindad y está ya en boca de todos.

—Eso quiere decir que ha sobrevivido alguien más. —Sixto avanzó un paso, ahora ansioso—. Dime, ¿quiénes...?

—Lo siento: no tengo la más mínima idea —le desengañó. Con una mano, se apartó el cabello largo y oscuro del rostro—. Lo único que sé es que el oso Andartarón ha atacado a la partida que salió a darle caza.

—Así fue. Nos sorprendió cuando ya nos volvíamos. A mí me rompió la lanza y, en la oscuridad, me vi apartado de mis compañeros —se sintió él obligado a justificarse, más que apurado—. Así que no sé qué puede haber sido de Bodo y de los demás.

—He oído decir a unos leñadores que ha matado a varios... pero no sé más.

Sixto, aunque ya suponía eso último, no pudo evitar pasarse las manos por los cabellos con un suspiro. Y al hacerlo, de repente, sintió el tacto del trenzado de caza; el mismo que le había enseñado a hacer

Bodo y que llevaban también todos los otros, y sintió de golpe una gran pena.

—¿Eres un romano? —se interesó Samine, que seguía mirándole de arriba abajo, llena de curiosidad.

—Soy celtíbero de pura cepa, aunque tengo la ciudadanía romana.

—¿Y es por eso por lo que no llevas barba?

—Ah, no. —Trató de sonreír, al comprender en ese instante que era tal circunstancia la que tanto le había llamado la atención, moviéndola incluso a llamarle para hablar con él—. Verás: he vivido casi toda mi vida entre romanos y me cuesta mucho abandonar ciertas costumbres... y ni siquiera es por eso. Lo cierto es que, más de una vez, he tratado de dejarme barba; pero me pica, es incómoda y no consigo acostumbrarme. Eso es todo.

—Ah.

—Oye, Samine. He estado dando vueltas toda la noche y me he perdido. ¿Podrías llevarme, o decirme cómo se llega, hasta tu poblado?

—Yo no tengo poblado.

—¿Cómo que no? —Volvió a mirarla, sintiendo de repente nuevos celos—. En alguno tendrás que vivir, chica.

Pero ella, sin llegar a responder, se había quedado de repente inmóvil y en silencio, con la cabeza ladeada, como un pájaro que escuchase. Por último, le sonrió.

—Tengo que irme, hombre sin barba.

—¿Irte?

—Sí. Vienen jinetes. —Hizo un ademán extraño, quizás algún tipo de despedida—. Adiós.

—Espera. ¿Cuál es tu gens, Samine?

—No tengo gens. —Volvió a sonreírle.

—¿Cómo...?

Pero ella ya se había dado la vuelta y echado a correr por el bosque. Era rápida y ágil como un espectro, y Sixto, que no hizo intento alguno de detenerla, contempló cómo se alejaba a través de

los árboles, con los ropajes ocres y el cabello oscuro ondeando entre el revuelo de las hojas muertas. Viéndola correr así entre los troncos, más que nunca, se quedó convencido de que acababa de toparse y hablar con una bruja del bosque, aunque estaba por ver que esta fuese maligna. Despareció en un abrir y cerrar de ojos, tragada por la espesura, y él se quedó completamente solo en medio de las selvas otoñales.

Esperó durante lo que le pareció un tiempo prudencial, pero no apareció nadie, y ya estaba a punto de reanudar su marcha, pensando que Samine se había confundido o le había gastado una broma, cuando captó un sonido de galope. Sin perder un momento, se apresuró a ocultarse entre la vegetación, la espada en una mano y el bastón en la otra, porque no se sabe nunca con quién puede toparse uno en la soledad de los bosques.

Apareció un jinete entre los árboles, luego otro. Iban al trote por entre las malezas, inclinándose a veces a examinar la tierra negra, y cambiaban impresiones a gritos. Sixto les observó unos instantes entre las plantas, perplejo, antes de envainar el acero y salir agitando la vara, con grandes voces. Porque aquel par de jinetes barbudos y con mantos negros, armados hasta los dientes, eran Sucaro y Caturó; dos de sus hermanos.

Ellos tiraron de las riendas y volvieron la cabeza, como halcones de presa. Le vieron en seguida allí, haciéndoles señales desde el otro lado del arroyo, y se lanzaron al galope, a cruzar las aguas con gran estruendo. Sixto bajó a paso ligero a su encuentro y ellos, por su parte, no bien llegaron a su altura, saltaron de los caballos.

Sixto quiso decirles algo, pero no le dieron tiempo. Con esa efusión de sentimientos que algunos autores refinados, con cierto desdén, suelen atribuir a pueblos bárbaros, le abrazaron y le palmearon la espalda entre risas y gritos de júbilo antes de atosigarle con preguntas diversas.

—¿Estás bien? ¿No estás herido? —Le palpaban y miraban por todos lados.

—No tengo más que algunos arañazos; nada de importancia. —
Dejó correr los dedos por los desgarrones de la ropa, obra de las
malezas, mientras sentía un repentino calor. Hasta ese momento, sus
relaciones con sus hermanos, y el resto de la parentela, habían sido
más bien un intercambio de formalidades; exento de la intimidad que
había entre todos ellos. Algo esto último de lo que no cabía
extrañarse, habida cuenta de que uno y otros eran poco más que
desconocidos con la misma sangre en las venas.

—¿Cómo me habéis encontrado? —quiso saber, aún entre las
manos de sus parientes.

—Llevamos buscándote desde que rayó el alba. Los del poblado de
Cateocori mandaron un mensajero a casa de padre. Fueron ellos
quienes dieron a todos la voz de alarma.

—Cateocori... —Asintió pensativo, aquel era el poblado al que se
dirigía la partida cuando fue atacada por el oso—. Alguien debió de
llevarles la noticia a ellos; así que tiene que haber otros
supervivientes.

—Cierto. Coluso logró llegar, aunque está malherido, y llevaba a
cuestas a otro que estaba aún peor. Dicen que estaban llenos de
sangre, de pies a cabeza, pero este Coluso es un tipo duro de pelar.

—Coluso... ¿Y el otro? ¿Sabéis quién era?

—Ni idea. —Sucaro cruzó una mirada con Caturu, y ambos negaron
vigorosamente con la cabeza—. No sabemos demasiado. No hemos
pasado por Cateocori.

—¿Y Bodo?

—Bodo no es, seguro. Está muerto. Eso, al menos, sí lo sabemos y
de primera mano.

—Bodo muerto... ¡Júpiter misericordioso! —Se pasó las manos por
los cabellos, notando de nuevo el trenzado que le había enseñado el
difunto.

—Hemos visto su cadáver; el suyo y el de otros tres. Apenas llegó a
casa el mensajero de Cateocori y nos dijo qué había sucedido, padre
nos mandó llamar y salimos a escape a buscarte. Llegamos al

amanecer. Había tres cuerpos, hechos pedazos, y faltaban otros dos, aparte de Coluso y su compañero. Por las huellas que encontramos, supimos que uno había logrado escapar y que al otro se lo había llevado ese oso maldito, es de suponer que para devorarlo. Hemos estado rastreando desde entonces, pero no sabes el miedo que teníamos de descubrir que no eras tú el superviviente...

Hubo luego un silencio espeso. Los pájaros cantaban, el resplandor del sol se colaba por entre el follaje rojizo y amarillento del bosque otoñal, y una brisa leve se levantó de repente, agitando con rumor suave la hojarasca.

—¿Cómo ha podido pasar esto, hermano? ¿Cómo se le pudo ocurrir a Bodo, con lo veterano y lo avezado que era, proseguir la caza de un oso devorador de hombre cuando estaba ya oscureciendo? — Quiso saber Caturu, que era alto, delgado y de nariz aguileña, un poco como el propio Sixto, y no como Sucaro, que era más ancho, fornido y de osamenta más pesada.

—Eso no fue así. —Se acaloró al recordar cómo era el gran cazador, siempre sereno y prudente—. Perdimos el rastro en un río, no recuerdo su nombre, y Bodo desistió de seguir. Nos dirigíamos a Cateocori, a pasar la noche, cuando el oso nos atacó de repente. Seguramente volvió sobre sus huellas y cayó sobre nosotros antes de que los perros llegaran a olfatearle... debió de venir al socaire.

—¿Pero qué estás diciendo?

—Tan solo la verdad; lo juro por lo que queráis. —Alzó la palma de la mano, para dar fuerza a ese juramento—. Coluso y el otro superviviente, si salen de esta, os podrán decir lo mismo.

—¿Pero cómo es posible que un animal haga algo así? —Sus dos hermanos intercambiaron miradas de desconcierto en las que, quizás, brillaba el veneno del temor supersticioso.

—Fue en un lugar muy cerrado. Salió de repente de las malezas, era ya casi de noche, se veía muy poco y, antes de que nadie pudiera darse cuenta de nada, se nos había echado encima repartiendo zarpazos y mordiscos...

Suspiró al pasarse la mano por la frente.

—Fue horrible.

—¿Y tú?

—¡Fue todo tan rápido...! Había mucha confusión y no se veía casi nada. Traté de clavarle la lanza, pero fallé, me la rompió de un zarpazo y a punto estuvo de arrancarme la cabeza. Luego...

—¿Sí?

Sixto abrió la boca, solo para cerrarla acto seguido, sintiendo cómo, de repente, le ardían las mejillas. Agradeció, para sus adentros, que la pintura de caza ocultase ese rubor brusco.

—El oso se revolvió contra mí y se me vino encima. Le esquivé como pude, corriendo, y, como todo estaba ya tan oscuro, en seguida me perdí y no supe volver. No oía nada que me pudiese guiar y no estoy acostumbrado al bosque. He estado dando vueltas hasta que me habéis encontrado. —Concluyó, temiendo la reacción de sus hermanos al oírle confesar que había abandonado a la partida.

Pero estos no hicieron otra cosa que agitar la cabeza, cambiando más miradas.

—Tienes que estar molido, ¿no? —Sucaro le puso una manaza en el hombro—, y seguro que tienes un hambre de lobo.

—Las dos cosas. No lo sabes tú bien.

—Pues venga, no nos quedemos entonces aquí como bobos. Vamos rápido a casa, que padre estará en vilo pensando que has sido pasto del oso.

—¿O sea, que ya dabais a vuestro hermano menor por muerto? —Quiso sonreír.

—¿Quién iba a pensar que el novato sería el que mejor parado saliese del trance? —Caturó, ya desde lo alto de su caballo, le alargó una mano para ayudarle a montar a la grupa—. ¡Anda que no has tenido suerte, Sixto...!

—Sí...

Aceptando la mano que le tendían, subió y, sin pensar en lo que hacía, acarició el amuleto de caza que le regalase aquella mujer en el

poblado de Bodo, justo antes de partir.
—Sí que he tenido mucha suerte, sí.

7

El desastre sufrido por la partida de caza destapó la olla de los rumores. Si ya antes de eso corrían algunas habladurías acerca de la naturaleza sobrenatural del oso, ahora las gentes acudían a los altares de los dioses a invocar su protección contra aquel monstruo antropófago, y este mismo comenzaba a ser visto por algunos como una especie de deidad iracunda. Aunque no se puede decir que esta última idea sorprendiera en exceso a nadie; ya que, con la conquista romana y el alistamiento de indígenas en las legiones, infinidad de cultos y creencias foráneas habían ido penetrando poco a poco en las chozas del país.

Pero tal cosa no era obstáculo para que los más apegados a las viejas religiones despotricasen con toda su alma contra tales prácticas. Hombres como el viejo Silo, que no perdían oportunidad de proclamar bien alto su indignación contra aquellos que rendían algún tipo de culto al oso, al que ya todos llamaban Andartarón: el Gran Oso Sangriento.

—¡Lo que hay que ver! —Se le oía tronar cuando alguien tenía la mala ocurrencia de sacar a colación el tema en su presencia—. Me pongo enfermo cada vez que escucho hablar de ese animal como si fuera un dios. ¡Pero si los hay que hasta cuidan las palabras que usan al referirse a él, no sea que una falta de respeto atraiga su cólera! ¡Vaya hatajo de patanes!

—Vamos padre, que cosas más raras se han visto —su hijo Caturó sonreía de medio lado al replicarle, era de esos que les gusta discutir por todo—. Los hay que, al volver de las legiones, se han traído dioses aún más extraños; les rinden culto y nadie se lleva las manos a la cabeza. Y sabes muy bien de quién te estoy hablando y a qué dioses me refiero. Al lado de ellos, Andartarón...

—¿Pero cómo se le puede ocurrir a nadie levantar altares a una

fiera?

—Pues porque es un oso enorme; más grande que cualquier otro que se haya visto nunca.

—¿Y porque sea más grande que los demás hay que adorarlo? ¡No me hagas reír!

—Hay algo extraño en Andartarón, padre; eso no puede nadie negarlo. Lo cierto es que se dio media vuelta, persiguió a escondidas a sus cazadores y les sorprendió entre dos luces. Y eso, se mire como se mire, casi parece una emboscada. ¿Cuándo se ha visto que un oso actúe así?

—Oyéndote, uno diría que el oso piensa y había trazado todo un plan. Eso es pintar las cosas como a ti te conviene.

—En absoluto. Es llamar a las cosas por su nombre. Casi se puede decir que el oso tendió una trampa a sus perseguidores en el momento y lugar más desfavorable para estos. ¿Tengo o no razón, Sixto?

El aludido, que se hallaba presente, abrió la boca para contestar; pero el patriarca, acalorado, no le dejó pronunciar ni palabra.

—¡Tonterías! ¿Cuándo se ha visto un dios tan bruto? Hay divinidades benévolas, las hay malignas, y las hay simplemente caprichosas. Pero, al menos entre celtíberos, jamás se rindió culto a un ser como este, que no ofrece nada en absoluto, a no ser muerte y destrucción, y al que hay que estar apaciguando con donativos para impedir que vuelva a causar estragos. A mí este oso, más que a un dios, me recuerda a los ladrones que te cobran tributo para no atacar a tu ganado.

—Pero no me vas a negar que...

—¡Que yo no te niego nada! —bramó, tirándose con rabia de la barba blanca—. Es una alimaña enorme, astuta, un ser excepcional... todo lo que tú quieras, hombre. Y si te empeñas, te admito también que pueda tener algo de sobrenatural. ¿Y qué? Aunque así fuera, eso no le convierte en un dios. Más bien, viendo la forma en que se comporta, habría que decir que es un demonio.

—Tanto da. Dios o demonio, la gente le tiene miedo y, si aparece alguien diciendo que es posible aplacarle, y evitar que ataque a...

—Miedo, miedo... lo que le pasa a la gente es que le gusta escuchar desatinos, propalar rumores y desmesurar las cosas. Y así lo único que consiguen es asustarse unos a otros. Como tú. —Se volvió de repente contra Sixto—. Cualquiera que te oyese, diría que ese monstruo es un monstruo de fábula; una bestia gigantesca, capaz de echar abajo esta casa a zarpazos.

—Tampoco creo haber dicho tanto —trató él de defenderse, dolido—. Aunque tengo que admitir que, cuando se me echó encima, me pareció más alto que los árboles.

—Vamos padre. —Caturó quiso ayudar en aquel brete a su hermano menor—. ¿Por qué le das tanta importancia a los cuentos sobre el oso? En la guerra y en la caza, es normal que uno exagere el tamaño de sus contrincantes.

—Solo cuando este está muerto, nunca mientras sigue con vida. Exagerar el tamaño y la fuerza de un enemigo muerto, convierte a su vencedor en más grande. Pero lo si haces con uno que está vivo, le haces más poderoso a él en detrimento tuyo.

Sus dos hijos quisieron responderle, pero él les informó con brusquedad que tenía asuntos que resolver, y les dio la espalda para alejarse mascullando. Así dio por zanjada la discusión, de forma sentenciosa y sin derecho a réplica; dos cosas a las que todos los que le rodeaban estaban más que acostumbrados.

Esta conversación hizo, sin embargo, que Sixto volviera a salir de Gémina al día siguiente, solo una vez más, y casi a hurtadillas. Aunque lo había estado meditando ya durante algún tiempo, el comentario de su padre —que, aunque carente de cualquier malicia, no había dejado de escocerle—, precipitó la toma de una decisión y, más tarde, habría de servirle de excusa ante sí mismo.

Porque en aquella ocasión se dirigió a un lugar bien distinto de la primera vez. Tuvo que galopar cerca de cuatro mil pasos, buscando al final con los ojos antes de tirar de las riendas y abandonar el sendero

guiado por algunas señales —un roble en concreto, un par de rocas— sobre las que le habían hablado. Aún pudo cabalgar un trecho por el bosque, antes de desmontar, temeroso de que su caballo resbalase, y seguir a pie, con las riendas en la mano.

Al cabo de poco tiempo, desembocó en un claro largo y estrecho, cubierto de hierbas; y, en el lado norte, pudo distinguir una cabaña de piedra y adobes, con techumbre de ramas, de estilo netamente celtíbero. Siempre con el caballo de las riendas, se acercó despacio al tiempo que silbaba para advertir a sus moradores de la visita. O, mejor dicho, al único morador porque, a no ser que le hubieran engañado, en aquella choza perdida en mitad de la fraga, solo vivía su hermano Terialuga, brujo y herrero.

Llegó a las puertas de la casa sin que nadie diera señales de vida, así que se detuvo, indeciso. Dio un par de voces. Nada. Por último, sin saber muy bien qué hacer, amarró el caballo a unas matas, se armó de paciencia y fue a sentarse en un pedrusco, al sol y cerca de la entrada, con su lanza de jinete entre las manos.

El tiempo fue pasando. El día era uno apacible de otoño, con algunas nubes blancas en el azul, y el viento casi en calma. El sol inundaba de luz dorada el claro, las aves pasaban volando en bandadas, y las copas de los árboles —verdes, ocre y amarillas— se mecían con algún soplo ocasional de la brisa.

Aguardó largo rato, sin impacientarse, con las manos en torno al asta de la lanza y disfrutando del sol tranquilo del otoño. Al cabo, un hombre llegó del bosque, por la derecha del claro, y Sixto se puso despacio en pie, sintiendo cómo el corazón, muy a su pesar, se le aceleraba algo.

El recién llegado se le acercaba a largos trancos, aunque con expresión calma; y él, para aparentar más aplomo del que sentía, se apoyó en la lanza, tratando de imitar el estilo indolente de algunos guerreros celtíberos.

—Hola amigo. ¿Qué se te ofrece? —le espetó sin más el otro no bien estuvo a cuatro o cinco pasos.

—Soy Sixto.

—¿Sixto? Caramba... —El dueño de la casa le miró de arriba abajo, con ojos ahora bien distintos, y lleno de curiosidad.

Él, por su parte, le observó con no menos interés. Aquel era Terialuga, brujo y herrero, famoso como maestro en ambas artes, que vivía solo en lo más profundo del bosque.

Era hijo de un primer matrimonio de Silo: un hombre fuerte y cetrino, de pelo negro y ojos oscuros, que no dejaba de tener un parecido de familia con algunos de sus hermanastros, sobre todo con Sucaro. Aunque Terialuga parecía más grande y robusto; más aún en ese momento, ataviado con su mandil de cuero, y con el rostro tiznado de hollín.

También era bastante más viejo; había hebras blancas en su barba negra y arrugas en torno a los ojos, que se le ahondaban mucho al fruncir el ceño y al reír. También tenía eso de lo que hablaba la gente; ese algo indefinible, una especie de halo, invisible pero tangible, que arropa a ciertos hombres y que, para bien o para mal, les hace distintos al resto.

—¿Y qué se te ofrece, Sixto? —El hombretón, tras aquel lapso, sonrió de repente, dándose cuenta del azoramiento de su visitante—. ¿Qué es lo que te trae hasta mi madriguera? ¿O has venido hasta tan lejos solo para conocer a tu hermano?

—No me disgusta conocer, por fin, a mi famoso hermano —sonrió a su vez—. Pero tienes razón. He venido porque quiero que hagas algo por mí.

—Vamos entonces a sentarnos. Hace hoy buen día y sería una pena no aprovecharlo —le señaló unas piedras dispuestas contra la pared de su cabaña, con el mismo gesto con el que un magnate mostraría a sus invitados unos siales de marfil y maderas talladas.

Se instalaron allí, recostados contra la pared, y permanecieron un buen rato callados, dejándose caldear por la luz y la tibieza del sol de otoño. Pasaban las bandadas de aves, muy arriba, y los árboles se mecían calmosos. Por fin, el herrero suspiró.

—Tú dirás.

—He venido porque quisiera que me hicieses dos lanzas.

—¿Dos lanzas?

—Sí, dos lanzas del mejor acero, forjadas entre hechizos, tal y como dice la gente que tú sabes hacer. Desde luego, estoy dispuesto a pagar el precio que tú consideres conveniente por ellas.

—Ahórrate eso, hermano. Tú dinero no vale nada aquí. Ni el tuyo, ni el de nadie. —Volvió el rostro a medias para mirarle—. ¿Y para qué quieres tú dos lanzas mágicas?

—Para matar a una fiera sobrenatural.

—Ah. No te había entendido. Pensé que hablabas de dos lanzas de guerra.

—No. Han de ser de caza, para matar al oso Andartarón. Supongo que has oído hablar de esa fiera, y de que yo estaba en la partida de Bodo, el cazador.

—Claro que lo había oído. Has tenido mucha suerte de salir ileso de un trance así. Permite que te felicite y, como soy medio hermano tuyo, y más viejo, debo aconsejarte que no abuses de tu buena estrella.

—Tengo que cazar a ese oso. —Sixto sacudió obstinado la cabeza. Luego, se detuvo perplejo al ver que el herrero, de repente, había vuelto a esbozar una sonrisa que, esta vez, tenía algo de nostálgico—. ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—No te ofendas hombre. Es que, de repente, me has recordado mucho a nuestro padre cuando se le mete algo entre ceja y ceja. —Seguía sonriendo—. Por cierto, ¿cómo anda?

—Bien. —Sonrió a su vez—. Tiene un carácter muy fuerte. Ya le conoces.

—Sí que le conozco, sí.

El silencio se instaló de nuevo entre ellos, aunque ahora no les resultó, en absoluto, incómodo. Se quedaron sentados al sol, los ojos entornados, contemplando cómo la brisa mecía los herbazales del claro y los árboles situados más allá.

—¿Pero para qué necesitas ese par de lanzas mágicas?

—Ya te lo he dicho: para cazar a ese oso demoníaco.

—Un arma vale tanto como la mano que la empuña, no más — afirmó, sentencioso, el herrero.

Su visitante se ruborizó una pizca, no sabiendo si aquello podía ser una alusión personal. Se aclaró la garganta.

—Lo que está muy claro es que Andartarón es un oso con algún tipo de magia...

—¿Por qué está tan claro?

—Todo el mundo lo dice.

—¡Hombre! ¿Y porque todo el mundo lo diga, tiene que ser verdad? —Se echó a reír, sin apartar la espalda de la pared de piedra de su cabaña.

—No. De acuerdo, tienes razón. —Sixto manoseó el astil de su lanza, sin darse por vencido, porque ya le habían advertido del carácter extraño y caprichoso de su hermanastro—. Pero no me vas a negar que su forma de actuar no es la de un oso cualquiera... supongo que sabes todo lo que ha sucedido.

—¿Cómo no voy a saberlo, si no se habla de otra cosa? —Terialuga, pensativo, volvió los ojos a lo lejos. Primero a las copas que se agitaban como un mar otoñal en la brisa y luego más lejos, al cielo azul, a las nubes blancas, a las aves que pasaban aleteando allá arriba —. Pero, de admitir que un oso se comporta de forma poco común a afirmar que es un animal mágico, media un trecho demasiado largo.

—¿Y qué otra explicación puede haber?

—Te puedo dar, casi sin pararme a pensar, dos docenas. Lo que pasa es que a la gente le gusta lo cómodo. ¡Qué fácil es echar la culpa, en cuanto algo va mal, a hechizos, magias y brujas!

—Bueno. Dices que podría haber muchas explicaciones. Dame solo una.

—Pues, por ejemplo, que fuera un oso viejo, resabiado y acostumbrado a matar hombres.

—¿Y de dónde iba a salir, de repente, una fiera así?

—Del coliseo.

—¿El coliseo? —le miró boquiabierto.

—Sí, el coliseo. Lo que te estoy diciendo que ese oso bien puede ser una fiera escapada de los juegos.

Hubo unos momentos de mutismo. El herrero, observando la expresión de su hermano, prosiguió.

—No me vas a decir que nunca has ido a las luchas de fieras y gladiadores en Italia. —Clavó sus ojos oscuros en el visitante, que asintió en silencio—. Aquí, los romanos llevan a los gladiadores y las fieras de ciudad en ciudad, itinerantes, dependiendo de dónde se vayan a celebrar los juegos.

—Igual pasa en las ciudades pequeñas de Italia. ¿Y tú dices que de ahí procede el oso?

—Bueno, yo lo que digo es que quizás. Tú me pides una explicación aceptable y yo te doy una, como pudiera darte una docena. Puede que este Andartarón sea un oso de coliseo, acostumbrado a la sangre humana y a luchar contra gente armada. Una bestia de lo más peligrosa, porque se ha acostumbrado a los hombres y les ha perdido el miedo.

—Pero, si un animal así se escapase durante un traslado, sus cuidadores darían la voz de alarma.

—Te queda mucho por aprender —sonrió—. Si un oso de circo se hubiese escapado, por la razón que fuera, yendo de una población a otra, los encargados dirían, con toda seguridad, que había enfermado y muerto en el trayecto, y se evitarían así un montón de preguntas y de problemas. Dicen que Andartarón es un oso muy grande, más que cualquiera del que se haya tenido noticia nunca, excepto en las leyendas, claro. Tú le has visto. ¿Es eso cierto?

—Lo es, desde luego. Aunque, estando a dos patas y en un tris de destrozarme, como estaba cuando lo vi, cualquier oso me hubiera parecido enorme y terrible. —Suspiró manoseando la vara de su lanza.

El herrero le miró con simpatía y, de repente, sonrió de nuevo, haciendo aparecer arrugas en la comisura de los ojos.

—Eso me reafirma en lo que pienso. Ese oso debió de nacer al norte, en el país de los germanos, los dacios o alguno así, y vino aquí con alguna remesa de fieras del circo.

Sixto hizo girar la lanza entre las manos, ponderando las palabras de su hermanastro.

—Así que tú no crees que Andartarón sea un demonio.

—Al contrario. Estoy convencido de que es un demonio: uno creado por el propio hombre, que es la clase más peligrosa de demonio con la que uno puede toparse.

—Ya.

—Esa, hermano, es mi opinión y no creo que sea tan descabellada. Hay muchos hechos que apuntan en tal sentido. Tenla pues en consideración y, si aún quieres cazar al oso, obra en consecuencia. Acéptala como un regalo, porque te la doy con la mejor voluntad... y es todo lo que vas a conseguir de mí, me temo, porque no pienso forjarte esas dos puntas de lanza que me has pedido.

—Sea o no sobrenatural —protestó Sixto—, lo que nadie le niega es que es una alimaña de gran tamaño y muy feroz, y, para cazarla, no hay nada mejor que los hierros bien forjados, y si además tienen magia, mejor. Y dicen que no hay en todos estos contornos ningún herrero que pueda compararse con Terialuga, el hijo de Silo.

—No las haré, Sixto. —Meneó la cabeza al tiempo que se acariciaba la gran barba, muy espesa y negra, salpicada de hilos blancos—. No insistas.

Viéndole negar así, el visitante comprendió que era inútil proseguir. Por tanto, sin esconder un suspiro de decepción, tras un momento, se puso en pie, se despidió, y, con el caballo por las riendas, se fue por donde había venido. Cuando iba ya por medio del claro, el otro le detuvo con una voz.

—No quisiera que te hicieses una falsa impresión de mí —le dijo, casi a gritos, porque estaba ya bastante lejos—. Pero quisiera explicarte algo: con los años, he podido comprobar que las armas mágicas suelen acortar, en vez de prolongar, la vida de sus

poseedores. Estos acaban fiándose demasiado de su protección y ese error acaba por costarles el pellejo.

Sixto, por toda respuesta, hizo un gesto ambiguo con los hombros.

—Tú y yo somos hijos del mismo padre —añadió a voces aquel hombre de rostro tiznado—. Créeme cuando te digo que es mejor así. Y aún sería mucho mejor que desistieses de intentar cazar al oso. Deja que sean otros los que consigan su piel.

—Supongo que tienes razón —le replicó Sixto, también en voz alta—. Eres más viejo que yo y la gente dice que, con los años, te has hecho sabio. Pero entiende que cada cual ha de seguir su propio camino.

—Así ha de ser. Suerte entonces, hermano —le gritó el herrero, antes de girarse y volver al bosque sin duda de regreso a su fragua, donde quiera que estuviese, perdida en mitad de aquellas espesuras.

* * *

Sixto tomó el camino de vuelta a Gémina, lleno de decepción, cabalgando a paso lento. Iba absorto en sus pensamientos sin prestar demasiada atención a lo que le rodeaba. Por eso sufrió un gran sobresalto cuando, de entre los árboles, salió de repente un silbido agudo.

Tiró de las riendas y escudriñó la maraña que le rodeaba, lanza en mano, maldiciéndose por haber cometido el error de distraerse de esa forma en esas selvas solitarias. Captó un movimiento con el rabillo del ojo y espoleó a su montura para girar, al tiempo que blandía el arma. Pero, en un latido y con un suspiro de alivio, depuso la lanza porque quien salió de la vegetación no fue ningún bandido, sino aquella extraña muchacha con la que ya se había topado antes en el bosque: Samine.

—Me has dado un buen susto —reconoció sonriente.

Ella se le acercó con ligereza. Llevaba un vestido con bordados que representaban helechos, lunas y serpientes y antes de hablar se

apartó el pelo largo y oscuro del rostro. Sixto, inclinado algo sobre el caballo, volvió a sonreír, interesado, porque tenía que reconocerse que había pensado más de una vez en aquella mujer. Pero ella no le devolvió sonrisa alguna al espetarle sin ningún saludo previo:

—No sigas por aquí.

—¿Que no siga? —Perplejo, porque aquello era lo último que esperaba, señaló con su hierro sendero adelante, hacia donde desaparecía, serpenteando entre vegetación, en dirección a Gémina.

—Sí: no sigas. Regresa por dónde has venido y coge otra ruta. Ahí delante, a no mucho, hay hombres esperando para matarte.

—¿Pero de qué me está hablando...? —cada vez más desconcertado, se inclinó un poco más en la silla, como si tratase de comprobar que había oído bien.

Ella sacudió con vigor la cabeza y le mostró las manos.

—Que no sigas, te estoy diciendo. —Volvió a apartarse el cabello de la cara—. Si lo haces, te van a matar.

—¿Quién se supone que me está esperando delante? ¿Bandidos?

—No, no... —Samine le contempló algo irritada, como si pensase que no tenía demasiadas luces—. No son salteadores. Te están esperando a ti y no a ningún otro, y te coserán a lanzazos.

—¿Pero por qué quieren matarme? ¿Quiénes son esos hombres?

—Son adoradores del oso Andartarón. Tú estabas en la partida de Bodo y todo el mundo sabe que aún estás pensando en cazar al oso. Quieren cortarte la cabeza por eso, y ponerla en el altar de su dios.

—Ufff. —Resopló, ahora caviloso, y se irguió una pizca sobre el caballo—. ¿Cuántos son? ¿Tienes idea de dónde me están esperando?

—Son, por lo menos, cuatro o cinco, y se habrán escondido en cualquier revuelta del camino. Es cuanto sé. —Clavó en él sus ojos oscuros-. Anda, date la vuelta.

—No. —Negó lentamente, sopesando su lanza de jinete—. Me parece que voy a seguir mi camino.

—¿Pero qué estás diciendo? —casi chilló ella—. ¿Eres tonto o qué? ¿No te he dicho que son por lo menos cuatro o cinco, y que estarán

emboscados?

—Si me están esperando, me encontrarán... no pienso cambiar de ruta solo por su culpa.

—Pero te van a matar. —le Miró como quien mira a un niño—. Te van a matar. He venido corriendo para avisarte y tú, en cambio, vas a meterte solito en la boca del lobo.

Había ahora cierto tono en la voz de Samine, muy parecido a la irritación y el hastío que produce en los adultos la actitud de los críos tozudos. Desde luego, no había en su actitud nada parecido al respeto o la admiración que Sixto suponía que gestos como esos debían de despertar en la gente. La miró. Ella estaba entre la maleza, y en sus ojos almendrados había irritación, así como cierta tristeza y una pizca de desdén. Pero él ya no se iba a echar atrás y, como la chica le atraía, agitó la cabeza dolida.

—Te agradezco que hayas venido a avisarme —le dijo, tratando de asumir un aire de dignidad—. No lo olvidaré.

—¡Bah! Guárdate tu gratitud. —Ella hizo un mohín y le dio de forma ostentosa la espalda para internarse de vuelta al bosque.

Sixto abrió la boca para replicar algo, pero la cerró sin decir palabra. En vez de eso, se la quedó mirando alejarse por entre los troncos y, cuando la perdió de vista, azuzó a su montura para reanudar el viaje.

8

Sixto siguió por tanto su camino, poniendo la montura al paso. Había embrazado la cetra —ese escudo redondo y de cuero, pintado con colores vivos, tan común entre los pueblos de Hispania—, al tiempo que, con la diestra, blandía su larga lanza de jinete, más vigilante que antes. Le había sido muy fácil dejarse llevar por un arranque, fanfarronear ante Samine y afirmar que no iba a desviarse de su ruta por culpa de unos cuantos emboscados. Pero ahora le pesaba, por mucho que le pesase, no podía volverse atrás.

La vegetación se agolpaba a los lados de la senda, el sol de otoño brillaba entre las ramas y las hojas muertas caían dando lentas volteretas. El jinete escudriñaba con suma atención la espesura de tonos castaños, rojizos y amarillentos, buscando algún indicio de hombres armados y al acecho. De vez en cuando, se preguntaba, con un punto de esperanza, si no sería todo una falsa alarma, fruto de algún malentendido.

Pero no lo era, y el cabalgar alerta le sirvió de muy poco cuando se produjo el ataque. Llevaba la montura a un paso razonablemente lento, y lo hacía armas en mano. De repente de la fronda surgieron, entre agitar de ramas y hojas, varios hombres pintarrajeados que blandían aceros y vociferaban.

Se le echaron encima antes de que pudiera casi reaccionar, y muy bien pudiera haber muerto ahí mismo. Pero, más por suerte que por maña, acertó a golpear con la cetra el rostro del asesino que le atacaba gritando por la izquierda. El caballo, espantado por esas súbitas apariciones, reuló coceando, y él, haciendo vibrar la lanza, como quien maneja una pértiga, hizo retroceder al resto de enemigos por un instante. Luego, atropellando a uno que trataba de agarrar las bridas, se lanzó adelante a todo galope escapando al círculo de aceros.

La montura, asustada por ese revuelo de armas y voces, no

necesitaba mucho acicate, de forma que se desbocó a medias y salió del camino. Quizás otro jinete, más ducho, hubiera podido controlarla, pero Sixto no fue capaz y, al internarse al galope en la floresta, las ramas le golpearon en la cara y el pecho y a los pocos pasos cayó derribado por tierra.

Rodó unos pasos por el humus negro y rico perdiendo las armas. Se incorporó de un brinco, recogió la cetra y, desdeñando la lanza, que era inútil a corta distancia y entre malezas, echó mano a la espada. Los asesinos, en número de cinco, ya acudían con gran algazara, blandiendo hachas, espadas y puñales, y aullando como fieras. Sixto, tras un parpadeo de duda, echó a correr por la arboleda.

Huyó a través del bosque con los devotos de Andartarón a sus talones. Entre los árboles reinaba ahora en un silencio fantasmal, las copas se agitaban suspirando, las hojas caían revoloteando en una lluvia mansa y algún pájaro, asustado, alzaba el vuelo con batir de alas.

Corrió un buen trecho, perdida ya cualquier orientación. Las ramas bajas y los arbustos le azotaban al pasar y creía sentir el aliento de sus perseguidores en la nuca, a tiro de puñalada. Por fin, en la subida de una cuesta larga y empinada, a la altura de una gran roca gris y musgosa, optó por revolverse contra sus enemigos.

Ellos se habían ido diseminando a lo largo de la carrera, según lo ágiles que fueran, aunque el más próximo estaba ya muy cerca. Este último —un sujeto magro, vestido con pieles sin curtir, y con el semblante pintado de verde y negro— retrocedió de un salto, sorprendido cuando Sixto le plantó cara. El tajo de la espada de este a punto estuvo de herirle; le hizo perder pie y caer dando volteretas por la ladera entre resuellos y maldiciones.

Pero su víctima no tuvo tiempo de envalentonarse con ese pequeño triunfo, porque ya llegaba el segundo asesino. Más resuelto, le atacó con su hacha a pesar de la desventaja que suponía el terreno en cuesta. Sixto paró el golpe con la cetra, le rechazó con un giro de la misma y por poco no logró destrozarle la cara con una estocada.

Pero ya estaban allí los demás, todos como lobos contra el venado, entre aullidos y agitar de aceros. Sixto se respaldó contra la gran roca, demasiado apurado como para tener miedo y, blandiendo cetra y espada, se defendió como buenamente pudo.

Le atacaban en desorden, enloquecidos por la pelea, y él bien poco podía hacer, aparte de parar el chaparrón de tajos y estocadas y devolver cuando podía algún golpe. Tenía que habérselas contra cinco, sin poder pararse a pensar nada, y ya respiraba afanoso por la boca, sintiendo cómo poco a poco se le escapaban las fuerzas.

Luego, entre ese torbellino de golpes y voces, resonó un grito nuevo; un ulular largo y bronco que pareció retumbar largo rato bajo el techo de árboles. Acompañando a esos ecos, un venablo pasó zumbando para clavarse en un tronco, a un par de pasos de los luchadores, y allí quedó vibrando, con un zumbido, en la corteza manchada de musgo.

Los asesinos se volvieron armas en puño, la sorpresa pintada en los rostros. El ululato se repitió y, a sus sones, el herrero Terialuga entró en escena con gran estruendo, azuzando a un gran caballo cuesta arriba blandiendo ya otro dardo.

Los atacantes rompieron el cerco en torno a su víctima y huyeron a toda prisa por las espesuras. Sixto, de repente solo, se secó la frente con el brazo de la espada jadeando para recobrar el resuello. Terialuga—grande y renegrado, el manto flameando con la galopada— pasó a su lado sin detenerse, inclinado sobre las crines de su montura para evitar las ramas, en pos de los fugitivos, y lanzó por tercera vez aquel grito largo y retumbante. Azuzaba sin miedo al caballo por las cuevas, galopando entre ramajes, maleza y rocas, y tiró otro dardo contra las espaldas de los fugitivos, mientras su hermanastro, viéndole, no podía evitar la comezón de la envidia.

Uno y otros desaparecieron entre los troncos y Sixto, que ahora notaba cómo le temblaban las piernas, se recostó en la gran roca que tan buenos servicios le había prestado. Durante la pelea, demasiado ocupado en atender a los hierros que trataban de herirle, no había

podido pensar ni sentir nada. Pero ahora, a toro pasado, en la quietud del bosque de otoño, se dio cuenta de cuán cerca había estado de la muerte y tuvo que pasarse las manos por las sienes, sintiendo todo el cuerpo empapado de un sudor muy frío.

Terialuga no tardó en volver, un dardo aún en puño y el caballo ahora al paso. Sixto fue a su encuentro, espada y cetra entre las manos, pero el herrero no le dio tiempo ni a abrir la boca.

—¿Estás loco? —bramó—. ¿Cómo se te ocurre enfrentarte tú solo a un grupo de asesinos?

—Yo... —Se paró en seco, cambió de color y, lleno de vergüenza, abrió los brazos y sacudió la cabeza porque realmente no sabía qué contestar.

—¡Has ido por propia voluntad a meterte en la trampa! —vociferaba rabioso el hombretón tiznado desde lo alto del corcel agitando el dardo—. ¿Por qué? ¿Por qué has hecho una cosa así?

—No lo sé —musitó, cabizbajo.

—¿Es eso lo que has aprendido entre romanos? ¿A ir a buscar a cinco hombres armados y que cuentan con la ventaja de la sorpresa?

—Tienes toda la razón. —Sacudió la cabeza—. Pero, la verdad, es que no pensé que las cosas fueran a ir así.

Esa respuesta, de alguna forma, tuvo la virtud de apaciguar de golpe a Terialuga. El herrero desmontó y, pasándose de mano el dardo, se acarició ahora pensativo la barba negra y enmarañada. Se alejó unos pasos para recobrar el proyectil que había lanzado antes. Lo movió de un lado a otro, con gran suavidad para no dañarlo, hasta que logró arrancarlo del tronco.

—Dime, Sixto: ¿habías combatido antes?

—No, nunca.

—Ay, ya veo —suspiró—. Quizás la culpa no sea del todo tuya. Venga, vámonos.

—¿Y esos...?

—¿Esos? ¡Bah! Todavía estarán corriendo.

Volvieron en silencio al camino. Sixto con las armas en la mano, y

el herrero sin soltar el dardo, sujetando las bridas de su montura con la zurda.

—¿Cómo supiste que estaba en este apuro? Llegaste justo a tiempo.

—Samine fue corriendo a mi casa, a buscarme, para avisarme de que el idiota de mi medio hermano, pese a todas sus advertencias, iba de cabeza a la muerte. Así que ensillé el caballo y vine a rienda suelta. No tuve más que prestar atención al ruido de pelea. —Sacudió la cabeza—. No organizaron la emboscada demasiado bien y, desde luego, tú tienes muy buena suerte. Pero, de todas formas, esta vez has escapado por los pelos. Así que despabila: tienes muy buena estrella, te has librado de los dientes del oso y de los aceros de asesinos, ¡más pareciera que fueses séptimo hijo en vez de sexto! Pero tampoco abuses de tu fortuna, que todo se acaba.

—Así que fue Samine...

—Sí. Haznos un favor a todos: la próxima vez que te la encuentres y te avise acerca de algo, hazle más caso.

—Casi no la conozco. Nos encontramos una vez en el bosque, cuando yo andaba perdido, luego de que Andartarón acabase con nuestra partida de caza. ¿Por qué se habrá tomado la molestia de buscarme?

—Humm. Le habrás caído simpático. —Sonrió de forma vaga—. Ella es así.

No cruzaron ya más palabras hasta alcanzar la vera del camino. El caballo de Sixto no estaba lejos, rumiando, y él, antes de montar, envainó la espada y recobró su lanza, que estaba caída entre unos matojos.

—¿Cómo ha podido enterarse Samine de que me habían tendido una celada? —Enarboló la lanza, para cercionarse de que la vara no había sufrido desperfecto alguno.

—Vive en el bosque; se puede decir que es parte de él. Se entera de muchas cosas.

—¿Vive en el bosque? ¿Qué es? ¿Una bruja?

—Algo así. Al menos, por tal la tiene la gente. —El herrero montó en su propio caballo—. Venga, te acompaño hasta Gémina.

—No hace falta que te molestes.

—Déjate de tonterías. —Al hermano mayor se le escapó un gesto irritado, y Sixto optó por no responder más.

Echaron camino adelante, al paso, y durante largo trecho tan solo cambiaron palabras sueltas, atentos a la maleza y los vericuetos de la senda. Al cabo, fue Terialuga el que retomó la conversación, con su voz profunda.

—Ya sabes lo que se dice: que un hijo debiera, andando el tiempo, ir al funeral de su padre, y no al revés.

Sixto asintió despacio. Iba ya acostumbrándose a ese estilo sentencioso que tanto gustaba a su gente y que, en Roma, se consideraba como propio de pueblos bárbaros. Luego de un suspiro, se animó a replicar.

—Mira: no tenía otra salida.

—¿Cómo que no, hombre? Podías haber dado la vuelta, tomar otro camino. Cualquier cosa menos seguir para exponerte a los filos de esos asesinos.

—No, eso no era posible.

—¿Por qué? ¿Qué te lo impedía?

—No podía retroceder. No después de lo que me ocurrió estando con la partida de Bodo.

—¿Y qué te ocurrió, si es que puede saberse? —El herrero le observaba ceñudo, entre irritado y confuso, aunque quizás con una lucecita meditabunda en el fondo de sus ojos oscuros.

—Que el oso nos atacó y yo hui.

—Tú, Coluso y un tercero que, por cierto, no sé muy bien quién es.

—Sí. Pero ellos estaban heridos.

—Pues peor para ellos y mejor para ti, que escapaste ileso.

—Coluso, a pesar de sus heridas, logró llevarse a cuestas al otro que, por cierto, se llama Loucarín, no sé si lo conoces. Él se portó como un héroe y yo me libré sin un rasguño.

-Ay, hermano. —Sonrió pensativamente el hombretón—. Es que Coluso es todo un personaje. ¡Anda que no te queda hasta que puedas medirte por el mismo rasero que él! A ti y a casi cualquier otro.

-¿Entonces, conoces bien a Coluso? —Se dejó arrastrar por el tema, interesado.

-Claro que sí. Somos amigos desde hace muchos años. Incluso estuvimos juntos en las legiones.

-Ah. ¿Tú también estuviste en las legiones? —Observó con nuevos ojos a su hermanastro, nadie le había dicho que hubiera tomado parte en las grandes guerras civiles de Roma.

—Sí. Yo también serví a las águilas de bronce —aceptó mientras su sonrisa, ahora, parecía llevarle muy lejos—. Pero hace mucho tiempo de eso...

Hubo una agitación de zarzas al borde mismo del sendero y ambos tiraron de las riendas, sobresaltados. El uno blandió su lanza y el otro dispuso su dardo. Pero no pasó nada, seguramente había sido alguna alimaña, o una culebra, escabulléndose entre la maleza.

—¿Tienes idea de quién puede querer matarte? —se interesó después el herrero—. Eso no era una acechanza de ladrones: te estaban esperando a ti. Pero tampoco se trataba de ninguna venganza de sangre; no con esas pinturas en el rostro.

—Samine me dijo que se trataba de adoradores de Andartarón. ¿No te lo contó cuando fue a avisarte?

—Cambié con ella cuatro palabras, las justas para saber que estabas en un buen apuro y salir a escape en tu busca. —Le miró intrigado—. Así que eran devotos del oso. ¿Y por qué querían tu cabeza?

—Por querer cazarlo. Para ellos es un dios, y yo seguramente esté cometiendo alguna especie de sacrilegio al empeñarme en su caza. Ambacto debe de ser el instigador de todo esto.

—Ambacto, ¿eh? Entonces ya has oído hablar de él.

—¿Oír hablar? Le conozco en persona. Yo estaba presente cuando fue a visitar a Bodo y le advirtió de que no tratase de cazar al oso. Y,

por cierto, la gente exagera mucho las cosas: la profecía de Ambacto no fue, en absoluto, tan precisa como ahora se dice por ahí. Y la verdad es que Bodo le echó prácticamente a patadas de su poblado.

—No me extraña. Así se forjan muchas leyendas y supongo que Ambacto, que siempre ha sido muy espabilado en ciertos asuntos, no habrá perdido el tiempo en dar alas a esas habladurías.

—Así que le conoces.

—Claro que le conozco. Aunque, antes de que apareciera el oso, se hacía llamar de otra forma. ¡Menudo granuja!

—A mí me pareció más bien un loco.

—Se puede ser las dos cosas a la vez. —El herrero se echó a reír a carcajadas, con ecos que, resonando entre los árboles, hicieron alzar el vuelo a algunas aves, asustadas. Luego cambió como el viento de humor—. Por si no fuera ya bastante peligroso querer cazar a esa fiera devoradora de hombres, ahora hay un puñado de sabandijas humanas que quieren asesinarte, precisamente por tal empeño. ¿Por qué no lo dejas, hombre? Que sea otro el que cace al oso.

—No puedo.

—¡Y dale con que no puedes! —Se volvió en la silla de montar, el ceño fruncido—. A ver, hermano, ¿por qué no puedes?

Sixto, antes de responder, se pasó inconscientemente la mano por el pelo. Sus dedos se enredaron en el peinado de caza que le enseñase Bodo; porque, por respeto a él y a los demás muertos, aún se lo trenzaba así todas las mañanas. Dudó, sintiéndose observado por su hermanastro, y al fin se decidió a ser sincero con él, al igual que en otra ocasión lo fuera con Bodo.

—Me he pasado toda la vida lejos. He crecido entre romanos, me he criado como uno de ellos y, ahora que he vuelto a mi casa, me siento como si fuese un extraño. Sé que es difícil de entender si uno no ha estado en tal situación. Coluso me dijo que a él le había pasado algo parecido, aunque en menor grado, cuando volvió de las guerras romanas. Quizás a ti, que también estuviste lejos y en las legiones, te ocurrió otro tanto.

Hizo una pausa para mirarle. Su hermanastro le estaba contemplando, ahora con otros ojos, pero no despegó los labios, así que Sixto siguió hablando.

—Fui a ver a Bodo y le pedí que me dejase acompañarle a la caza del oso, porque quería conseguir una reputación entre nuestra gente. Entiéndeme: quería ser alguien por mí mismo, que todos me aceptasen a pesar de ser distinto.

—¿Tan importante es para ti la opinión de los demás?

—Sí que lo es. En eso, como en todo, cada uno es de una forma distinta.

—Tienes razón —concedió el herrero, acariciándose la gran barba negra.

—Todo fue mal, como bien sabes. Bodo y casi todos los compañeros murieron y yo, si se me conoce por algo, es por ser ese que salió corriendo.

—Eh. Tampoco es exactamente así.

—Como quieras. Pero, desde luego, no es esa la fama que yo buscaba.

—¿Y por eso seguiste camino adelante, a meterte de cabeza en la acechanza pese a las advertencias de Samine?

—No quería que dijesen de mí que, otra vez, había salido huyendo.

El herrero suspiró de nuevo, ahora como hombre muy cansado.

—Ay, hermano, hermano... Haciendo lo que has hecho no, no conseguirás fama de valiente. Todo lo más, la gente te mirará de reojo y sentirá por ti, eso sí, cierto respeto: el respeto que se concede a los locos temerarios. Y, lo que es peor, como sigas por este camino, no creo que llegues a vivir mucho tiempo.

—De acuerdo. Ya te he dicho que me equivoque. Te doy las gracias por haberme salvado la vida, pero no puedo echarme atrás en lo de la caza del oso.

—Mira que eres cabezota...

De nuevo cabalgaron en silencio un buen rato, antes de que el herrero volviese a hablar.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Vas a unirme a otra partida de caza?

—Si es que alguna me acepta.

—Si tan decidido estás a conseguir la piel del oso, ¿por qué no organizas la tuya propia?

—¿La mía? —Le miró desconcertado.

—La tuya. ¿Por qué no? Si lo que estás buscando es la fama a costa del oso, te aseguro que vas a conseguir más y con mayor rapidez acaudillando tu propio grupo que yendo de novato en la de algún otro.

—Eso es verdad. —Sixto ladeó la cabeza al tiempo que se ceñía el manto, la cabalgada le había desordenado la vestimenta—. ¿Pero cómo va alguien como yo a reunir los hombres necesarios? Soy un desconocido y, como tú mismo acabas de decir, novato en la caza del oso.

—Pues no uses de reclamo un nombre que no tienes. Todo se trata de saber cómo y a quién buscar. Acude a los que andan escasos, a los que sufren de necesidad, y seguro que no te faltará gente dispuesta a acompañarte.

—¿Me estás diciendo que tengo que buscar, a golpe de bolsa, compañeros entre la gente pobre?

—No me has entendido. Yo te hablo de los que desean algo que no tienen, y eso puede ser, o puede no ser, dinero. —Volvió a acariciarse la barba negra, con sonrisa ahora de lobo—. A ti, por ejemplo, no es oro lo que te falta, pero estás más que dispuesto a jugarle la vida con tal de conseguir una pizca de renombre. Por tanto, andas escaso de fama.

—Ah, ya.

—Pues busca gente como tú. Busca a aquellos que ambicionen oro, fama, posición, venganza o cualquiera de las mil cosas que hacen que un hombre resuelto eche cuanto tiene en la balanza —hizo una pausa y, viendo aún dudoso a su hermano, insistió—. ¿Qué te parece lo que te digo?

—Que lo pensaré. —Meneaba la cabeza—. Lo pensaré. Y te agradezco el consejo.

—Piénsalo, sí. Pero, si te decides, elige a tus compañeros con gran cuidado.

El camino remontaba una loma boscosa y al otro lado, de sopetón, se encontraron a la vista de los sembrados y dehesas de Gémina, con la ciudad al fondo. Las murallas, los edificios públicos, las grandes casas de la zona alta, todo resplandecía con matices dorados al sol de media tarde. Terialuga detuvo su montura y se quedó mirando la ciudad antes de pasar los ojos a los campos circundantes. El ganado vagaba por los pastos, custodiado por vaquerizos a caballo, con lanzas en las manos y perros correteando a la zaga. Por los senderos, traqueteaban con pesadez los carretones cargados tirados por bueyes.

—Bueno, hermano. Aquí nos separamos.

—¿Es que no vas a entrar en la ciudad?

—No. —Sacudió la cabeza.

—Vamos, hombre; ya que estás aquí ven a casa. No me digas que no vas a pasar aunque sea un momento a saludar a nuestro padre.

—Llévale tú mi saludo si no te importa. La verdad es que tengo cosas que hacer.

Sixto se le quedó mirando, desconcertado, y el herrero, al darse cuenta, esbozó un gesto.

—Bueno mira: has sido sincero conmigo, así que yo lo seré contigo. —Volvió a vagar con los ojos por los campos—. No me encuentro demasiado a gusto bajo el mismo techo que nuestro padre. No es que tenga ninguna desavenencia seria con él, aunque tiene un carácter de mil demonios, ni con ninguno de tus hermanos. Pero la verdad es que no me siento en casa, ni mucho menos.

—Ah. —Sixto asintió, ahora algo turbado, porque eso era algo que ni se le había pasado por la imaginación. Terialuga era hijo de un primer matrimonio de Silo, en tanto que él y sus cinco hermanos lo eran de un segundo. Sixto apenas recordaba a su madre, de la que le habían separado siendo muy pequeño y que había muerto mientras él estaba en Italia.

—Ya ves, Sixto: todos somos extraños, de una forma u otra, en

algún lugar en donde no deberíamos serlo —añadió con voz suave el herrero.

Se produjo un silencio entre ellos, y se quedaron parados sobre los caballos, contemplando el camino y los carretones. Pero esta vez solo duró unos latidos.

—¿Crees que nuestro padre volverá a casarse? —preguntó a bocajarro el herrero, como si hubiera adivinado aquel pensamiento de Sixto sobre su madre muerta.

—¿Casarse? No he oído nada al respecto. ¿Por qué? ¿Sabes algo?

—No, que va... solo era una pregunta. —Hizo una mueca—. Bueno, hermano, suerte y que te vaya bien.

—Lo mismo te digo, hermano.

El más joven azuzó a su caballo y bajó la cuesta al paso, contemplando ociosamente los campos que se abrían ante él. Pero antes de llegar al pie de la loma tuvo que tirar de las riendas y volverse, porque Terialuga le estaba llamando.

—Bueno, venga —le decía, casi a gritos por la distancia, el herrero—. Ya que veo que nadie te va a sacar de la cabeza esa idea de cazar al oso, tendrás esas dos lanzas. Que no se diga de mí que no ayudé a un hermano mío.

—¿De veras? ¡Gracias! —acertó a vocear, cogido por sorpresa—. ¿Cuándo he de ir a buscarlas?

—Tranquilo, que la buena forja lleva su tiempo. Ya te mandaré yo recado.

Sixto abrió la boca, para gritar algún tipo de respuesta, pero Terialuga ya estaba haciendo dar la vuelta a su caballo mientras agitaba los dardos a modo de despedida. Así que a él no le quedó otra cosa que responder al saludo alzando la lanza antes de dirigirse hacia la ciudad.

9

Sixto optó por no comentar a nadie la emboscada. No solo no deseaba que se supiese cómo había ido a meterse de cabeza en una trampa, sino que temía que su familia le obligase a renunciar a la caza del oso. En especial, tenía miedo de la posible reacción de Silo, que no era hombre que admitiese réplicas una vez que había tomado una decisión. Y Sixto, aunque era adulto de pleno derecho, tanto según la ley romana como la celtíbera, vivía bajo el techo familiar y, por tanto, estaba en buena medida sujeto a la voluntad del patriarca.

De poco le valió, sin embargo, el mantener la boca cerrada. El suceso trascendió, quizás gracias al propio Terialuga. Corrió de boca en boca por la vecindad y, por fin, acabó llegando, ya muy deformado, a oídos del propio Sixto. Y, aunque el héroe de toda la historia era el herrero, él tampoco salía al final tan malparado en las versiones que se daban, de forma que no pudo decirse que le disgustara del todo esa difusión.

Además, ni Silo ni el resto de su parentela le exigieron que abandonase la caza, como esperaba. En el fondo, el patriarca se sentía ufano de cómo sus dos hijos se habían batido en el bosque contra varios enemigos. Todo eso, sin embargo, no evitó que tuviera una discusión a gritos con Sixto; le recriminó la poca cabeza mostrada y acabó por exigirle que no volviera, de ninguna manera, en solitario a los bosques, para no dar facilidades a posibles asesinos.

Sixto, entonces, acudió a visitar a Segomago, y le ofreció un trabajo de guardaespaldas. Conservaba muy buen recuerdo de aquel pariente grande y fuerte, con el que tan buenas migas había hecho en la asamblea de Tongabriga, y cuanto más pensaba en el consejo de Terialuga, que le había invitado a organizar su propia partida de caza, más idóneo le parecía Segomago para formar parte de la misma. Era alguien de la vecindad, de su misma gens, y dotado de tremenda

fuerza física, aparte de que andaba bien corto de recursos económicos.

Segomago aceptó su proposición en el acto, y Sixto le proveyó de nuevas armas así como de un caballo, ganándose de esa forma su gratitud. En muy poco tiempo, su relación se convirtió en una muy similar a la de la clientela militar, ya que, como habían descubierto en Tongabriga, eran dos hombres a los que les resultaba muy fácil congeniar.

Su primer viaje juntos lo realizaron a la casa de Coluso. Sixto había ido aplazando la visita, dándose a sí mismo la excusa de que lo que aquel necesitaba era reposo. Pero lo cierto es que, cada vez que pensaba en verse las caras con su antiguo compañero de partida, las mejillas se le encendían de vergüenza. A la postre, cuando ya Silo le había dejado caer varias insinuaciones al respecto, cada vez más ásperas, no le quedó otro remedio que acercarse a ver a herido.

Coluso vivía a no mucha distancia de Gémina, en uno de los pequeños poblados de las cercanías. Sixto y Segomago se pusieron en marcha temprano, sin prisas.

El otoño estaba ya bien entrado, y las arboledas eran océanos de follaje rojizo, dorado, ocre, que se ondulaba a impulsos del viento. Por el cielo azul volaban nubes oscuras cargadas de lluvia. Sixto llevaba su montura al paso, disfrutando de los colores ricos del otoño así como de la caricia fresca del viento, que agitaba las ramas y hacía correr remolinos de hojarasca a lo largo de la senda. Segomago, imbuido de sus nuevas obligaciones como guardaespaldas, cabalgaba a su lado, los ojos atentos, con un dardo en la mano y la espada presta en la vaina.

No dejaba de haber motivos reales para tal precaución, y no solo debido a la emboscada sufrida por Sixto. La gens de los Eburonios no se había quedado, desde luego, impasible ante el intento de asesinato de uno de los suyos y una partida, enviada por el propio Sefriges, había incendiado, en mitad de la noche, el santuario que los devotos habían levantado en honor del oso Andartarón. Y, ahora, era de temer

que las iras de estos se hubieran fijado más que nunca en Sixto.

Pero el viaje no pudo ser más tranquilo y el inquieto Segomago no tuvo, en ningún momento, motivo de alarma. Alcanzaron el poblado aún de mañana y se dirigieron directamente a casa de Coluso que, pese a ser su dueño un hombre adinerado, no era más que una vivienda rectangular, con paredes de piedra y adobe, y techo de enramada, construida toda ella a la vieja usanza.

Dentro, no obstante, se apreciaba una gran mezcla de estilos. La disposición sí que era la tradicional, con vigas de madera sujetando la techumbre y bancos corridos de madera a lo largo de las paredes. La cerámica era indígena también, pero multitud de detalles, desde algunas telas hasta el mobiliario, eran extranjeros o mostraban influencias foráneas. En una esquina, incluso, había un dios de aspecto oriental, con una lámpara votiva de aceite encendida en su honor.

Coluso aún guardaba cama, en un interior que era oscuro y cargado de olores, pálido como un cadáver y cubierto de vendajes, emplastos y amuletos. Había sufrido heridas muy graves aquella noche —más de lo que todos creyeron en un principio, engañados por el hecho de que hubiera salido del trance por su propio pie y llevando a un compañero a cuestas— y durante días sufrió fiebres terribles, a un suspiro de la muerte. Al menos ahora las fuerzas le habían vuelto lo bastante como para alzar un brazo y saludar fatigosamente a su visitante; solo uno, ya que Segomago había preferido quedarse a las puertas de la casa. Luego, con otro gesto, despachó a los que estaban con él para quedarse a solas con su otrora compañero de caza.

—Sixto. —Esbozó una sonrisa desvaída—. No sabes el gusto que me da verte ahí plantado, a los pies de mi cama, ileso. ¡Anda que no daría yo por decir otro tanto!

—Coluso, no sabes cuánto me duele verte así. —Removió los pies, azorado.

—No lo sientas hombre. Cada uno ha de cargar con su suerte y la mía, esa noche, no fue demasiado buena. Aunque tampoco fue de las

peores, ¿verdad?, porque al menos salvé la vida. Pero anda, toma asiento y que te traigan algo, un poco de vino.

—Gracias, pero no quiero que se molesten por mí. No voy a quedarme mucho rato: no quiero que te fatigues y sé que has estado muy grave.

—Mucho: las heridas se infectaron. ¡Esas malditas garras! Pero no es tan fácil acabar con Coluso. Saldré de esta.

—Sin duda.

—No es la muerte lo que me asusta, Sixto. Durante días y días, tuve miedo de que ese oso me hubiera dejado impedido.

—Quiero que sepas que he encargado que se hagan sacrificios a los dioses, a mis expensas, para pedir por tu recuperación.

—¿Qué dioses? ¿Los nuestros o los romanos?

—¿Es que tienes alguna preferencia? Solo tienes que decirlo.

—No. A mí no me importa de dónde es un dios, sino lo dispuesto que esté a escucharme. Mira allí. —Señaló con esfuerzo al dios oriental de la esquina, alumbrado por los chisporroteos de la lámpara—. Ese es Sabacio y siempre fue bueno conmigo. Por eso se le rinde culto en mi casa.

—¿Es el dios de la casa?

—Lo es, junto con los tutelares y los antepasados. Necio es quien olvida los cultos familiares.

—Sabacio, Sabacio —hizo rodar ese nombre entre sus dientes—. ¿Sabes? El caso es que me suena, pero...

—Es un dios asiático, aunque la primera vez que vi su imagen fue en un templo remoto, en las montañas que hay al norte de Armenia, cerca del país de los partos.

—¿Fue cuando estabas con las legiones?

—Así es. En aquellos días, me protegió allí donde otros muchos murieron. Es un buen dios, mejor que muchos... desde luego mucho más que un oso antropófago.

—Desde luego que sí.

—Pero tú también tienes buenos tutelares. ¿No? Dicen por ahí que

tienes un talismán poderoso y que fue eso lo que te protegió aquella noche.

—¿Un talismán? Ahhh. —Cayó de repente en la cuenta y, sonriendo, se llevó la mano al cuello para sacar el colgante—. No es más que un amuleto: me lo regaló la viuda de un cazador, la misma noche que salimos a cazar al oso.

—Guárdalo bien, amigo. Pocas magias hay tan poderosas como la de un regalo hecho de corazón.

Sixto asintió, con sonrisa aún más amplia. Su anfitrión, como todos los soldados, era un supersticioso redomado, siempre fiado de augurios, buenaventuras y baratijas. Pero el yaciente, al que no se le escapó el gesto, sonrió a su vez.

—Ay, no creas que no sé lo que estás pensando. Piensas que soy un supersticioso, ¿verdad? Pues bien: lo soy. Pero si tú tuvieras enfrente a la muerte, enseñándote los colmillos un día tras otro, a lo mejor también buscaras alguna seguridad a la que agarrarte: un amuleto o lo que sea. Eso ayuda a seguir plantando cara cuando todo se te viene encima. Quizás lo entiendas algún día, si te ves en un trance semejante —se dejó caer hacia atrás, como fatigado por el discurso.

—Coluso, es mejor que me vaya y te deje descansar. —Sixto se removió, ruborizado, como si le hubieran cogido en falta—. Aún no te has recuperado y yo te estoy molestando.

—¿Tú molestarme? ¡Qué tontería! Lo que me molestan son mis heridas infectadas y no tú. Ese maldito oso me ha dejado para el arrastre.

—Yo, en cambio, me libré sin un simple rasguño. —El visitante, turbado de repente, le mostró las palmas de las manos, como si pidiera disculpas.

Se produjo un silencio espeso dentro de la estancia que se hizo casi interminable. El herido se quedó observando a su visitante.

—Cada uno salió como pudo, amigo —dijo luego.

Y, con esa simple afirmación, fue como si le quitasen a Sixto un

peso enorme de encima de los hombros. Porque, en el fondo, había estado temiendo que Coluso le echase en cara su huida.

—Tú saliste entero, yo no tanto —añadió el convaleciente—. Pero, ojo, Sixto, porque, antes de lo que creéis, me veréis de nuevo en pie. Para la primavera ya estaré recuperado y cazaré a ese maldito oso.

—No, no podrás —le desdijo Sixto, en un arranque—. Porque para entonces ya lo habré cazado yo.

El herido estalló en carcajadas a todo pulmón, aunque tuvo que detenerse en seguida, con una mueca de dolor.

—¡Así se habla, hombre! O sea, que es verdad lo que dicen: ni el desastre que sufrimos ni la amenaza de los devotos de Andartarón va a disuadirte.

—En absoluto.

—Eres un tipo decidido.

—No, no. —Agitó la cabeza azarado.

—¿Y qué piensas hacer?

—Voy a reunir mi propia partida, y mi hermanastro Terialuga, el maestro herrero, me ha prometido forjar para mí dos lanzas mágicas, con las que daré muerte a ese oso, sea animal o demonio.

—Sí, también había oído algo de eso. Y, siendo así, quisiera pedirte una cosa.

—Tú dirás. —Se acercó al lecho, ahora perplejo.

—Consideraría un gran favor que admitieses en esa partida que vas a reunir a cierta persona. Se llama Tangino y es hijo de... ¡bah! Es lo mismo, se me olvidaba que no has crecido aquí y que no los conoces. En algunas cosas, sí que es casi como si fueras forastero. Mira: ese tiarrón que ha venido contigo, Segomago, sabe de quién hablo.

—Tangino dices. Y Segomago le conoce.

—Sois de la misma edad, más o menos. Y él, como tú, está ansioso de ganarse una reputación, de destacar, aunque sus razones no son las mismas que las tuyas. Te pido que le admitas en tu grupo.

—Cuenta con ello, si él lo quiere.

—Claro que lo quiere. Es bravo y fuerte, y diestro en el manejo de los hierros, tanto los de guerra como los de caza. Pero tiene un carácter un poco tormentoso, así que te ruego que, si fuera necesario, tengas un poco de paciencia con él. Ha llevado una vida difícil.

—Bien, supongo que nos entenderemos —repuso Sixto en el fondo contento; como si, en alguna manera, pagase esa deuda que, pese a todo, sentía tener con su anfitrión.

—No sabes cuánto te lo agradezco. Coluso no es de los que olvidan los favores.

—Dime dónde vive ese Tangino.

—Segomago lo sabe.

—Entonces me voy. Ya te he cansado demasiado.

—Tonterías.

—Aun así me voy. Queda en paz, Coluso.

—Ve en paz, Sixto, y que la caza te sea propicia. Haré ofrendas a Sabacio y al espíritu de mi difunta abuela, que en vida era más terrible que cualquier oso, para que os den suerte y os protejan de esa bestia sanguinaria, sea o no un simple animal.

10

Pese a todas las advertencias, al intento de asesinato sufrido y a los requerimientos en contra por parte de su propio padre, hubo dos veces en las que Sixto ensilló su caballo y salió extramuros en solitario. En ambas ocasiones le movía idéntico fin, ya que lo que buscaba era un nuevo encuentro con aquella chica del bosque, Samine, de la que decían que era bruja y que había sido capaz de advertirle de la celada tendida.

Unas cuantas preguntas discretas a buhoneros y cazadores le habían permitido conocer por qué zonas se movía, más o menos, ya que poco se sabía de ella, aparte de que merodeaba por las profundidades del bosque y aparecía contadas veces por los poblados. Nadie parecía saber dónde estaba su cabaña, o si vivía sola o con alguien. La intención de Sixto era la de darle las gracias por el aviso, así como pedirle un hechizo de protección contra futuras emboscadas.

O al menos eso era lo que le había dicho a Segomago, y lo que se admitía ante sí mismo, no queriendo reconocer que sentía una extraña picazón ante la idea de volver a encontrarse con esa mujer tan peculiar que, por dos veces, como un espíritu del bosque, se había cruzado en su camino.

El primer viaje fue en vano. Cabalgó hasta los parajes por los que decían que solía deambular, muy de mañana, con el rocío aun brillando sobre el follaje ocre. Pero no encontró otra cosa que espesuras solitarias, copas y malezas batidas por el aire, y revuelo de hojas muertas. El viento silbaba a lo largo de las arboledas, nubes negras ocultaban el sol, y el olor a podredumbre vegetal y humedad acompañaba al viajero mientras iba de acá para allá, registrando el bosque. Pero, aunque anduvo largo trecho y buscó huellas, alguna cabaña, una senda, todo fue en vano. Incluso la llamó varias veces a gritos, pero ella no apareció. El aire azotaba el follaje, amenazaba

lluvia y Sixto, por fin, se dio por vencido y aceptó que Samine no estaba por los alrededores —o que, si estaba, no iba a mostrarse por el motivo que fuese, pues ya le habían advertido de cuán caprichoso era el carácter de aquella chica, de la que decían que era hija de un celtíbero y una mujer extranjera que aquel se había traído de las campañas de oriente—, así que se volvió a Gémina con las manos vacías.

Sin embargo, dos días más tarde, un hombre le abordó a las puertas de las termas. Aquel individuo se acercó a él tan decidido, abriéndose paso entre la gente que en aquel momento transitaba por el foro, que Sixto tuvo que contener a su amigo Segomago, que ya se interponía presuroso, echando una mano al puñal y la otra al cuello del desconocido. Pero no se trataba de ningún asesino, sino de un exiliado íbero, que, desde hacía muchos años, se ganaba la vida como buhonero en aquellas tierras. Estaba de paso por la ciudad y Samine le había pedido que buscara a Sixto y le diese un mensaje verbal, invitándolo a acudir de nuevo a aquel mismo paraje del bosque, al día siguiente o, si no podía, al cabo de tres.

Sixto dio las gracias al buhonero, que aceptó de muy buena gana una pequeña recompensa y se marchó a su casa, la cabeza puesta ya en una nueva excursión en solitario. Hizo oídos sordos a todas las objeciones que le puso Segomago, que alegaba que, al peligro intrínseco de una salida en solitario, se unía ahora la posibilidad de que todo fuera una trama, y el mensaje obra de los devotos del oso, y no de Samine.

Pero de nada sirvió todo aquello. Al día siguiente, Sixto se lanzó extramuros y, en el mismo lugar que antes, abandonó la senda, amarró su caballo a una rama baja y se internó a pie por las selvas ocres del otoño. La cetra colgada del hombro y el manto negro flameando a golpes de un viento que arremolinaba hojas muertas a su alrededor, fue caminando sin prisa alguna, llamando a Samine de vez en cuando, pese a estar convencido de que ella ya sabía que estaba allí y que aparecería cuando le viniese en gana.

La chica no le defraudó. Cuando ya comenzaba a hastiarse de vagabundear por aquel bosque umbrío y solitario, escuchó un silbido melodioso a sus espaldas y, al girarse, con una mano en el pomo de la espada, la vio llegar a su encuentro, con la cabellera negra y el manto ocre ondeando a cada ráfaga, en medio de una lluvia de hojarasca teñida de los colores del otoño. Sixto se detuvo y alzó la palma de la mano a modo de saludo. Ella le respondió con una sonrisa pensativa.

—Ave, Samine —la saludó, tras titubear un instante, al modo romano, pues de repente, no supo muy bien cómo comportarse con aquella extraña mujer del bosque.

—Ave, hijo de Silo.

—Recibí un recado de tu parte que me pedía que viniese. Y aquí me tienes.

—Sí. Es cierto que te mandé un mensaje. —Ella asintió, al tiempo que se apartaba los cabellos negros del rostro—. Pero lo hice porque tú estuviste aquí hace unos días, y supongo que me buscabas a mí. ¿O me equivoco?

—No te equivocas. ¿Pero cómo sabes que vine a buscarte? —La observó, más convencido que nunca de que, en aquella ocasión, ella le había visto y, por algún motivo, no había querido salir a su encuentro.

Pero ella se limitó a sonreír, antes de apartarse de nuevo el pelo de la cara. Y, en esa oportunidad, Sixto reparó en los anillos de oro y bronce bruñido que le cubrían los dedos.

—¿Qué es lo que quieres de mí, hijo de Silo?

—Pensé que lo menos que podía hacer era venir a verte y darte las gracias por haberme advertido de la emboscada.

—Para el caso que me hiciste... —Ella esbozó un mohín.

—Tienes razón. Supongo que también debo pedirte disculpas por mi poca cabeza. Me equivoqué y, de no ser por mi hermano Terialuga, mi cabeza adornaría ahora alguno de los altares del oso. Te doy también las gracias por eso último, ya que sé que fuiste tú también quien le avisó para que acudiese en mi ayuda.

Hubo un momento de silencio antes de que Sixto concluyera.

—Estoy en deuda contigo, Samine.

Cuando pronunció tales palabras, ella, que hasta entonces le había estado contemplando con gesto pensativo, dejó escapar una sonrisa maliciosa. Él la contempló desconcertado.

—Dime, hijo de Silo. ¿Es que no te han contado que soy una bruja?

—Eso me han dicho, sí.

—¿Y no te han dicho, además, que es peligroso reconocer una deuda con una bruja? —Le contemplaba con aquellos ojos almendrados suyos; ojos que delataban la sangre extranjera que corría por sus venas, y que tan exótica y tan atrayente la hacían.

—Bah...

Algo molesto, Sixto cambió el peso de pie, deseando de repente tener una lanza en la que apoyarse y aparentar serenidad. Porque la sonrisa taimada y el centelleo de los ojos oscuros le daban a entender que la chica estaba divirtiéndose a su costa.

—No me importa. Estoy en deuda contigo, Samine, eso es un hecho cierto, y si admitir tal cosa en voz alta resulta peligroso, pues que lo sea.

—Oye, eres un poco fanfarrón. ¿No te parece?

—Puede que sí. —Se echó a reír—. En todo caso, lo dicho, dicho está.

—Bueno, Miro, hijo de Silo. —Le correspondió con una nueva sonrisa—. Yo ya te lo he advertido y, como sigues insistiendo, acepto la deuda de gratitud que me ofreces. Recuerda siempre que algún día iré a reclamártela.

—Y yo pagaré lo que tenga que pagar con gusto.

—Eso ya lo veremos...

Volvió a sonreír y hubo unos instantes de silencio antes de que Sixto hablase de nuevo.

—Hay algo más, Samine. Me gustaría, de ser posible, comprarte un hechizo o un amuleto para protegerme de las emboscadas de los enemigos.

Ella asintió, fue a hablar y, justo en ese instante, les interrumpieron dos aves que alzaron el vuelo estruendosamente a su izquierda y se abrieron paso entre las copas de los árboles. Aquello quizás no hubiera tenido gran importancia para el visitante, pero se alarmó al ver cómo Samine se inmovilizaba y toda alegría desaparecía de sus ojos como barrida por el viento para dar paso a una mirada cargada de recelo. Reaccionó como si de un augurio repentino se tratase.

Uno y otra escudriñaron las frondas desde las que habían surgido los pájaros; ella quieta, él con la mano en el puño de la espada. Se alzó una ráfaga de aire frío. El follaje susurró, las ropas de ambos se agitaron y se vieron envueltos en una repentina lluvia de hojas muertas.

—Te voy a decir algo que, en estos momentos, vale más que cualquier hechizo —susurró ella en ese momento, con voz calma pero llena de tensión—. Ahí, a tu izquierda, hay alguien.

Sixto volvió el rostro para observar aquellas espesuras, agitadas por el viento. Descolgó con lentitud la cetra del hombro al tiempo que cerraba ya la diestra en torno a la empuñadura de la espada. Examinó con párpados entornados los troncos nudosos, las rocas grises, los zarzales enmarañados. Los juegos de luz y sombra del bosque temblaban con el oscilar de las copas de los árboles, y el viento, al enredarse en las ramas, silbaba. Las hojas revoloteaban entre los árboles formando a veces torbellinos.

—¿Estás seguro de lo que dices? —inquirió por último sin apartar la mano del arma.

Ella le contestó con una sonrisa distante, los ojos siempre puestos en aquella parte del bosque.

—Disponte a luchar —le anunció con voz suave.

Como si esas palabras hubieran formulado un conjuro, la soledad del bosque de esfumó y, entre sacudir de matorrales y revuelo de hojarasca, dos hombres surgieron como fantasmas de entre la espesura a solo unos pasos de ellos. Celtíberos vestidos de pieles y

con los rostros pintados que llegaban con las armas en la mano y enseñando los dientes. Sus intenciones no podían ser más claras, y Sixto, con un respingo, empuñó su espada, que surgió de la vaina con ese susurro quedo del acero al resbalar sobre el cuero. Luego, adelantando la cetra, les cerró el paso.

En un instante comenzó la lucha, entre los árboles, con las zarzas azotándoles los flancos y los hierros destellando a cada roce de un sol otoñal que brillaba por entre la enramada. El cuero de las cetras crujía a cada golpe y los filos chocaban con resonar metálico entre nubes de chispas. Samine había desaparecido como por arte de magia entre el follaje, y Sixto trataba de hacer frente a sus dos enemigos a la vez, los dientes apretados y tratando en todo momento de poner entre ellos troncos o rocas que estorbasen un ataque combinado.

Sus dos enemigos, en un primer embate, se habían lanzado contra él con la furia de tejones rabiosos, pero se habían topado con una resistencia mucho más enconada de lo que esperaban, y se habían visto obligados a retroceder ante los golpes taimados de Sixto, que algo había aprendido de los mirmidones del circo; uno, incluso, sangraba de una puntada en el cuello. Enseguida se mostraron mucho más cautos y optaron por no arriesgarse: ahora fintaban, amagaban y se abrían en ángulo, tratando de coger a Sixto por los flancos. Pero este, consciente de la estratagema, no se quedaba quieto e iba de un lado a otro.

Aquel baile de espadas duró no poco rato, yendo de acá para allá, y los sonidos del metal cruzándose se podían oír a gran distancia en el bosque. Luego, como si de repente se hubiera cansado de tanta finta, el más alto de los dos atacantes se arrojó contra Sixto descargando una lluvia de estocadas, tratando así de agobiarle mientras su compañero se desplazaba aún más de lado para situarse a su espalda.

Sixto, en un contraataque que no esperaban, rechazó al primero con un golpe del borde del escudo, que a punto estuvo de descalabrarle, y se giró justo a tiempo de bloquear la estocada al costado que ya le tiraba el segundo. Uno y otros, sin perder ni un

parpadeo, se separaron como a dos brazas de distancia y allí se quedaron, medio agazapados y estudiándose entre jadeos. Así estuvieron unos pocos momentos, los hierros prestos y el resuello sonando con fuerza por entre los labios entreabiertos. Luego, con un grito que retumbó a lo largo de toda la arboleda, el más alto de los atacantes volvió a la carga secundado por su compañero.

Fue justo en ese instante cuando, tan de repente como se había ido, Samine reapareció a espaldas de los adoradores del oso, rápida y sigilosa como un espectro, con un largo puñal triangular centelleando en la diestra. Antes de que pudieran siquiera intuir que estaba tras ellos, ya había herido de muerte al que estaba a la izquierda de Sixto, dos pasos más atrás que su compañero, que ya cruzaba espadas con el hijo de Silo. Le hundió la hoja en la espalda, a la altura del corazón, y Sixto alcanzó a ver cómo se le ponían los ojos en blanco antes de irse muerto al suelo, tan laxo como un muñeco de trapo.

El otro, sorprendido y atemorizado, medio se giró espada en puño, momento en el que su supuesta víctima aprovechó para enganchar los escudos, abrirle de un tirón la guardia y clavarle el hierro en el estómago. El asesino, con un lamento, se derrumbó casi encima de su compañero. Las armas se le escaparon de entre los dedos y la espada, al caer de punta, se clavó en la turba negra, donde quedó con la empuñadura vibrando en el aire.

Fue todo tan rápido que Sixto se quedó como aturcido, allí quieto y con la espada ensangrentada. Hacía poco menos de un instante que luchaba casi sin esperanza contra dos aceros y, de golpe, sus dos enemigos yacían sobre la hojarasca en putrefacción. Se quedó mirando a Samine, que estaba al otro lado de los cuerpos, con el largo puñal goteando rojo. Sacudió la cabeza como para librarse del pasmo, limpió la espada y fue a decir algo antes de reparar en que al segundo atacante aún le quedaba un asomo de vida; jadeaba fatigosamente, con los ojos cerrados y una baba rojiza espumeando en los labios. Echó mano a su propio puñal, se arrodilló junto a él y, tapándose el rostro con el brazo, para impedir que el espíritu de su víctima le

reconociese luego y fuera a molestarle, le dio el golpe de gracia.

Se incorporó despacio y, mientras limpiaba la hoja, compuso una mueca de disculpa.

—¿Sabes? Nunca había matado a un hombre —se sintió obligado a aclarar, no fuera que ella pensase que no había rematado antes al herido por simple crueldad.

—¿No? Vaya, pues le has despachado muy bien. —Samine le miró con curiosidad, teniendo aún el hierro sangrante en la mano.

—Si no es por ti, no lo cuento. Has vuelto a salvarme la vida y me parece que la deuda que tengo contigo es aún mayor que antes.

—Tú lo has dicho, yo no —sonrió y, de nuevo, aquella mirada entre burlona y taimada asomó a sus ojos almendrados—. No hagas afirmaciones ni promesas en vano, porque yo te tomaré la palabra y puede que algún día me veas aparecer para reclamarte la deuda.

—Y yo te repito lo que he dicho antes: que pagaré sin rechistar.

Ella asintió, aún sonriente, aunque mudó de expresión apenas fijarse en cómo la sangre resbalaba por entre los dedos de Sixto. Hizo desaparecer el puñal entre sus ropas con un floreo digno de un malabarista, de forma que el otro no llegó a ver muy bien dónde lo había guardado. Se acercó a él.

—Estás herido. Esa sangre es tuya.

—Sí. Pero es poca cosa, apenas un rasguño. —Alzó la mano para mostrar el surco que uno de los filos enemigos le había abierto en el dorso.

—Anda. Déjame verlo.

Le tomó la mano entre las suyas para contemplar el tajo, pero, apenas rozarse los dedos de uno y otra, fue como si una descarga les sacudiera a los dos. Sixto alzó la mirada asombrado por el deseo que acababa en encender el simple contacto de las manos y sus ojos se encontraron con los de ella, que ahora eran como carbones encendidos. Hubo un instante en el que se quedaron muy quietos, contemplándose con la sangre alborotada. Y fue como si, por sorpresa —que es como siempre ocurren esas cosas—, algún genio del bosque

hubiera echado a volar desde alguna rama para bajar y tocar en el hombro de ambos.

Una brisa ligera mecía las frondas otoñales, había susurros de malezas y las hojas caían revoloteando a su alrededor. La luz del sol temblaba dorada entre las penumbras del breñal. Olía a muertos, a sangre recién derramada, a podredumbre vegetal, a humedad y a tierra negra. Los ojos oscuros de Samine eran brasas, y sus labios, ahora entreabiertos, aleteaban con una respiración rápida. Y así fue como Sixto, aunque había oído hablar del tema a legionarios y a gladiadores, conoció en carne propia y por vez primera ese deseo furioso que solo puede encenderse con las chispas del miedo, la violencia y la cercanía de la propia muerte.

Tiró de Samine y ella se dejó llevar a él. La empujó contra el tronco rugoso de una haya y la aplastó con su peso, obligándole a abrir las rodillas. Ella le respondió con besos furiosos, le agarró por los cabellos trenzados e incluso, llevada por el ardor, le mordió en el cuello con fuerza, como un vampiro. Luego, de repente, le rechazó de un empujón.

Sixto trastabilló, sorprendido. Pero lo único que buscaba ella era un poco de libertad para quitarse el vestido ocre y verde. Lo soltó con dedos rápidos y, antes de que él pudiera casi inspirar, se le mostró desnuda entre la lenta lluvia de hojas muertas, con los juegos de luz y sombra temblando sobre su piel. Se contoneaba ahora, llena de nervio, y se pasó los dedos por el cabello mientras abría los labios, frenética ya como una ménade griega. Él, con la sangre latiendo con tal fuerza en las sienes que lo veía todo rojo y apenas podía pensar, salvó el par de pasos que les separaban y ella le recibió de brazos abiertos, le clavó las uñas en la nuca y le arrastró abajo, a la alfombra de hojarasca del bosque.

Más tarde, habría de conducirlo hasta una cueva oculta en lo más hondo del bosque; una brecha profunda y angosta, en mitad de una ladera, que debía de usar como santuario a juzgar por las piezas de cerámica, los cráneos de animales y las figurillas de barro que

abarrotaban el fondo de la gruta. Allí, en la oscuridad, se entregaron a juegos más calmosos y refinados, ya que Samine demostró ser muy hábil en tales aspectos, y Sixto algo había aprendido de las cortesanas griegas y orientales durante su estancia en Italia.

Cuando Samine se quedó adormilada, tendida sobre un costado, él siguió en vela, dejando correr las ideas y sintiendo cómo la pequeña fogata que habían encendido a la boca de la cueva le entibiaba los miembros. Distráido, a veces dejaba vagar los dedos por la piel de Samine, apreciando con las yemas el tacto ligeramente untuoso. Olía a aceites, a mujer, a hierbas, y había una traza muy leve del aroma, punzante y sugestivo, de la orina de caballo, que tan usada era por los celtíberos en su higiene personal.

Fuera, el día se estaba estropeando. El viento soplaba y silbaba, sacudía el follaje y hacía ondear las llamas de la hoguera. Sixto, los párpados entrecerrados, dejó que su imaginación le llevase a aquel paraje del bosque, no muy lejano, donde yacían los cadáveres de sus enemigos. Los vio tendidos y yertos, con las hojas muertas posándose sobre los cuerpos y los pájaros aprestándose a picotearles los ojos. Se inclinó para besuquear el cuello de Samine.

—Habría que hacer algo con esos dos devotos del oso —susurró.

Ella se dio la vuelta, perezosa y sonriente, para observarle con sus ojos oscuros.

—¿Te dan miedo los muertos?

—No me gusta la idea de dejarlos allí, pudiendo hacer algo con ellos. Bastantes problemas tengo ya con los vivos como para, además, tener que preocuparme de que dos espíritus vengativos rondan mi casa de noche.

—De acuerdo. —Volvió a sonreír, perezosa y somnolienta, al resplandor del fuego—. Yo me ocuparé entonces de ellos.

—Habría que realizar alguna ceremonia de...

—¿No te estoy diciendo que ya me encargo yo de todo? Descuida, que los fantasmas de esos dos no irán a despertarte en tu cama. Tú piensa en los que aún están vivos, porque hay otros dispuestos a

cortarte el cuello.

—Eso es algo que no creo que se me pueda quitar de la cabeza — suspiró, sombrío.

El viento cobró fuerza, alzando una tormenta de hojarasca. El fuego brincó una vez más, luego se aquietó.

—Hablando de eso, te había pedido un hechizo o un amuleto de protección.

—¿Quieres una magia contra las emboscadas de los enemigos?

—Si la tienes...

Ella le sonrió en respuesta y, tras contemplarle durante un instante con sus ojos almendrados, se volvió a medias y, rebuscando entre sus ropas, sacó el cuchillo. El agitar de llamas a la entrada arrancó destellos a la hoja triangular y, ahora más de cerca, Sixto vio que estaba terriblemente afilada.

Ella se incorporó a medias y, con la zurda, le empujó para hacerle tender de espaldas. Él se dejó hacer, aunque no pudo evitar que el corazón comenzase a golpear con más fuerza contra las costillas. Ella se inclinó sonriendo sobre él con el puñal centelleando en la mano. Los pechos, altos y de pezones claros, casi le rozaban y él, aunque el vello se le erizaba ante la proximidad del acero desnudo, le devolvió la sonrisa con párpados entornados.

Samine le pasó el cuchillo por el pecho. El filo abrió un surco largo y la sangre comenzó a correr. Sin detenerse, se pinchó con la punta en la yema del índice y luego, con el dedo goteando rojo, mezcló la sangre de ambos para trazar sobre la piel de su compañero un extraño dibujo, como un símbolo arcano. Se inclinó al hacerlo para besarle en la mejilla.

—Ahora —le dijo con una entonación que era casi un canturreo—, tendrás mi magia siempre de tu parte: para que te proteja de las emboscadas, de los asesinos, de las traiciones...

* * *

Y ya fuese por obra de la magia o de ese azar que según algunos filósofos rige todas las cosas, lo cierto es que, justo en el preciso instante en que Samine trazaba aquel símbolo con sangres mezcladas sobre el pecho de su acompañante, el padre de este último, Silo, cabalgaba a su vez por los bosques buscando también una forma de proteger la vida de su hijo. Esa búsqueda a él le había llevado más al este, al país de los celtíberos titos, y no fue en solitario, sino en compañía de una docena de clientes armados. También él trataba de encontrar una magia protectora, aunque de un tipo bien distinto a la de Samine, pues era de esos hombres que consideran que los hechizos, como las buenas razones, para que sean de veras eficaces han de estar respaldados por lanzas.

Por eso, a través de intermediarios, había apalabrado un encuentro en un claro perdido, lejos de poblados y senderos, y que era solo conocido porque había en él una gran piedra vertical, plantada allí en tiempos inmemoriales por un pueblo antiguo, anterior a los celtíberos y de los que estos se consideraban en parte descendientes. No había nadie en el paraje cuando llegaron, nada que no fuesen suspiros del aire al pasar, follaje muerto impelido por el viento, susurros de la fronda agitada. Silo tomó asiento sobre una roca, cerca del monolito cubierto de líquenes, con tanta solemnidad como un rey, rodeado por sus clientes de mantos negros y armas filosas.

—Vendrán, señor —le dijo uno al tiempo que paseaba los ojos por las frondas que el aire sacudía y agitaba.

—Claro que vendrán. —Echó a su vez una ojeada al sol, que se dejaba entrever entre grandes nubes blancas—. Somos nosotros los que hemos llegado antes de la cuenta.

El tiempo iba pasando. Silo aguardaba ensimismado, las manos entre las rodillas, y sus clientes de pie, con las manos sobre las lanzas, vigilando las inmediaciones. Uno dijo algo, los demás volvieron la cabeza. Silo alzó los ojos. Dos hombres se acercaban por el bosque, caminando con tanta tranquilidad como un campesino por su huerta. Aquellos dos eran los que estaban esperando. Los guerreros se

arremolinaron expectantes y el propio patriarca se incorporó, observando con interés.

Les llamaban los Hermanos Rojos y eran famosos entre su gente. Dos belos, de mantos negros y tan parecidos entre sí que cualquiera hubiera dicho que eran gemelos de no ser porque uno era de pelo muy negro y cetrino y el otro rubio y de ojos azules. Se contaban muchas historias sobre ellos porque habían nacido rodeados de señales y la gente les atribuía grandes poderes mágicos. Su padre no los llegó a conocer, ya que había caído en una escaramuza, lejos, decían que el mismo día del parto, y su madre murió al dar a luz. Esto sucedió una noche de tormenta seca, entre los fogonazos y el estruendo de los relámpagos.

Según las habladurías, las comadronas habían sacado a un solo niño del vientre de la madre muerta, pero, cuando a la luz de las lámparas de sebo volvieron a mirar, no había un bebé, sino dos, berreando sobre una piel de cordero. Decían que los duendes habían tratado de sustituir al recién nacido por uno de sus vástagos, pero que no habían tenido tiempo de llevarse al primero. Que uno era humano y el otro un trasgo —aunque las viejas chismosas no se ponían de acuerdo sobre quién era quién—, y que uno de ellos comía como cualquier persona y luego alimentaba al otro con su propia sangre. Era por esa última leyenda, o quizás por el gran número de hombres a los que habían matado, por lo que la gente les llamaba los hermanos rojos.

Silo les salió al encuentro dejando atrás a sus clientes y mostrándoles las palmas en bienvenida, con tanta solemnidad como un embajador romano.

—Bienvenidos, amigos. Os agradezco que hayáis aceptado esta cita.

—Eres muy amable. —Los dos cabecearon con igual formalidad—. Pero somos nosotros los que debemos sentirnos agradecidos por tu convocatoria. Tu nombre es bien conocido.

—Muy bien. Venid, vamos a sentarnos ahí, a hablar con calma. —

El patriarca les indicó unas piedras. Allí se instalaron los tres mientras los hombres de armas se quedaban bastantes pasos aparte, fuera del alcance de la voz, vigilando los contornos y echándoles alguna que otra ojeada curiosa, con disimulo.

—Yo también he oído hablar mucho de vosotros. Dicen que sois grandes guerreros y que, como brujos, tampoco vais a la zaga.

Sus interlocutores asintieron, y Silo no supo si con tal gesto aceptaban la verdad de esa afirmación o es que la admitían como un cumplido. Pero el caso es que no despegaron los labios.

—Por eso os he pedido esta conferencia: necesito hombres como vosotros para un asunto. Hombres de armas y de magia, que sepan usar la cabeza y que no se asusten con facilidad.

—Nos abrumas, señor. —El rubio le mostró las palmas abiertas, pues habían dejado a un lado sus dardos.

—Es la verdad, amigos. Necesito hombres capaces de afrontar con éxito una tarea espinosa y me han dicho que, para lo que tengo en la cabeza, nadie mejor que vosotros. Por eso estoy aquí.

—Tú dirás de qué se trata, señor.

—Supongo que habéis oído hablar de un oso carnicero que está causando toda clase de estragos en el país de los pelendones.

—¿El oso Andartarón? Claro que nos han llegado noticias tuyas. Aunque ni él ni sus adoradores han bajado hasta nuestra tierra.

—Mejor para vosotros. No sé qué historias os habrán contado, pero, para mí, ese oso no es más que un animal viejo y sanguinario, y sus devotos una pandilla de bandidos.

Hizo una pausa, ceñudo.

—Pero el caso es que tengo un hijo, Sixto, que se ha criado entre romanos y que ha vuelto recientemente. Se le ha metido entre ceja y ceja cazar a ese oso.

—También hemos oído hablar de ello, señor. Es el que estaba en una partida de caza que fue aniquilada por el oso, ¿no? Él fue el único que vivió para contarlo.

—Bueno, la historia es más o menos esa, sí. Aunque hubo más

supervivientes.

—Tu hijo debe de ser un hombre muy valeroso. Sobrevivir al ataque de un monstruo como ese y, en vez de amilanarse, echarse de nuevo en su persecución...

—Bien.

—Eres un hombre afortunado por tus hijos, señor. Sin duda, debes de estar muy orgulloso. El mayor es un gran herrero, famoso incluso aquí, y ahora el más joven demuestra un valor poco común.

—Te agradezco esas palabras. —Silo se acarició la gran barba blanca sin ocultar lo halagado que se sentía—. Pero precisamente por mi hijo Sixto, y por su empeño en cazar al oso, es por lo que os he pedido este encuentro.

—Tú dirás.

—Los adoradores de Andartarón le han marcado por tal empeño. Ya han tratado de asesinarle una vez y no me cabe duda de que volverán a intentarlo. Por eso recurro a vosotros.

—¿Y qué es lo que esperas de nosotros?

—Sois buenos con el hierro y la magia, y no os asustan los demonios, que es lo que muchos dicen que es Andartarón. Quiero pedirlos que protejáis a mi hijo.

Los hermanos rojos se consultaron con la mirada, sin palabras. Después, volvió a hablar el rubio.

—¿Cómo esperas que le protejamos?

—Tendríais que estar en todo momento no muy lejos de él, atentos a cualquier intento de asesinato que pudiera producirse.

—¿Nos pides que vayamos al país de los pelendones?

—Por supuesto. ¿O supone eso algún problema para vosotros?

—Ninguno en absoluto, señor. Puedes contar con nuestras lanzas.

—Yo sabré agradecerlo.

—Eso es algo de lo que no nos cabe la menor duda.

—Sin embargo, hay algo más. —Aquí, Silo dudó, pasándose de nuevo los dedos por la barba—. Me gustaría que, en la medida de lo posible, os mantuvierais fuera de la vista para evitar que mi hijo

descubra que le estáis protegiendo.

Sus interlocutores cruzaron de nuevo miradas.

—Ahora sí que no te entendemos, señor. ¿Por un lado nos pides que protejamos a tu hijo y por el otro que no nos acerquemos a él?

—Eso es.

—Tu encargo nos resulta algo confuso.

—Eso es, sin duda, porque no me he explicado bien. No quiero que hagáis de guardaespaldas de mi hijo. Es un cabezota y se lo tomaría muy a mal; pensaría que le considero un niño. Lo que os pido es que estéis en todo momento cerca, aunque a distancia, atentos a posibles asesinos.

—¿Y respecto al oso?

—No. Ahí manteneos al margen. En todo lo demás, mi hijo habrá de valerse por sí mismo, como todo el mundo. Es un hombre hecho y, llegado el caso, tendrá que correr los riesgos de la caza y la guerra, como lo han hecho sus hermanos, como lo hice yo y, antes de todos nosotros, nuestros antepasados.

-Ya comprendo.

-El asesinato es distinto a todo eso. No seré yo el que se quede de brazos cruzados mientras unos gusanos maquinan cómo tender emboscadas a uno de mis hijos y acuchillarle. —Se acarició por tercera vez la barba, ahora con expresión tormentosa—. Es por eso que recurro a vosotros.

—Y puedes contar con nuestras lanzas, señor. Da por hecho que no te defraudaremos.

11

Al igual que Sixto y Segomago habían congeniado apenas conocerse en aquella asamblea en Tongabriga, el primero tuvo, desde un primer instante, la intuición de que su relación con Tangino iba a ser algo más difícil, sin embargo, por respeto a la palabra dada a Coluso, le invitó sin titubeos a participar en la caza del oso.

Tangino era un hombre joven, de edad y estatura similares a las de Sixto, un poco más musculado quizás. Al igual que él, tenía esa nariz aguileña tan común entre los celtíberos de pura cepa aunque, en su caso, el cabello era leonado y no negro.

Tal y como le había comentado Coluso, era de carácter turbulento; uno de esos que parece que le sacan punta a todo y que tienen siempre una objeción o una réplica en la punta de la lengua. Eso no quitaba, empero, para que se mostrase entusiasta ante la idea de tomar parte en la cacería, y Sixto, después de una conversación que fue meramente formal, le dio la bienvenida a la partida.

Tiempo después, por terceros, llegaría a saber que era vástago de una familia otrora poderosa, quizás tanto como la suya propia, pero que se había equivocado de bando durante las guerras civiles romanas. Parte de la familia había muerto en batalla o en la represión desatada contra los vencidos y sus aliados, otra parte fue esclavizada, y los supervivientes quedaron reducidos poco menos que a la miseria porque los romanos les despojaron de todo. Así que Tangino era uno de esos que no solo ha tenido que crecer en medio de privaciones, sino también en la nostalgia de los que han poseído mucho y lo han perdido todo.

Segomago y él se conocían desde niños y, entre ambos, le propusieron una larga lista de nombres, ya que necesitaba aún, al menos, un buen rastreador. Pero Sixto los fue descartando uno tras otro —a este por ser demasiado viejo, a aquel por ser demasiado rico,

a alguno por tener gran fama—, porque no había echado en saco roto los consejos de Terialuga y no estaba dispuesto a que nadie se ciñese, en vez de él, los laureles de haber cazado al oso. Al fin, tras mucho pensárselo, optó por hablar con un tal Assopa, un mestizo que vivía en la cercana colonia de Emilia.

Así pues, hacia allí se dirigieron los tres juntos. Emilia era una ciudad de creación bastante reciente, uno de esos asentamientos romanos en tierra conquistada, en los que los vencedores instalaban a sus soldados veteranos. En el caso concreto de Emilia, veteranos, sobre todo, de legiones itálicas.

Se trataba de una población no muy grande y de aspecto tampoco demasiado próspero, lo cual no quitaba para que sus murallas fueran sólidas y estuvieran fuertemente vigiladas. Las gentes de Emilia se sabían extranjeras en aquella tierra y sus relaciones con los indígenas eran tormentosas y llenas de grandes altibajos. Sin contar con que los bandidos eran un riesgo constante para la seguridad.

Intramuros, la colonia era como cualquier otra de su tipo, con casas de estilo romano —los típicos domus, edificadas en torno a un atrio central, dotado de impluvio—, calles tan rectas como las de un campamento militar y un foro que era el verdadero corazón de la vida urbana. Siendo aún de fundación reciente, la mayoría de sus habitantes eran aún los veteranos para los que se diseñó la ciudad; antes soldados y ahora campesinos que soportaban los rigores del clima extremo, araban esa tierra dura y, en las tabernas, entre vaso y vaso, hablaban con nostalgia de las viejas campañas. Como no pocos de ellos se habían casado con mujeres indígenas, abundaban también los mestizos.

Uno de esos últimos era el tal Assopa y por él estuvieron preguntando apenas cruzar las puertas. Pero, cuando alguien pudo darles razón de él, fue para informarles de que no se encontraba en la colonia en esos momentos. Estaba cazando y, como les dijeron también que no podía tardar mucho, ya que había salido a la caza menor, dejaron recado de que le estaban buscando y fueron a

instalarse en una taberna, en espera de su regreso.

Sixto nunca había estado en una ciudad así y, como era un hombre curioso, mientras caminaban por las calles, rumbo a la taberna, no dejaba de mirar a todos lados. Conocía bien las ciudades itálicas, y también Tarraco, así como los poblados de su gente, y Roma, que no tenía similar en el mundo entero. Pero una colonia como Emilia no se parecía a ninguna de todas esas poblaciones.

Emilia era una isla romana en pleno país celtíbero, en una tierra guerrera y con poca ley, a muchas millas de cualquier destacamento de legionarios. Allí se respiraban, en el menor detalle, aires de frontera: los hombres andaban con las armas al cinto y recelaban de los forasteros, sobre todo si eran indígenas. Se veía por la calle a toda clase de personajes pintorescos y el mismo lenguaje local era una especie de latinajo con influencias de los dialectos itálicos y salpicado por abundancia de palabras celtíberas.

Al final, Segomago tuvo que coger por el codo a Sixto porque andaba tan embobado con todo eso que a punto estuvo de pasar de largo ante la taberna. Esta era un tugurio bastante mísero de vigas oscuras y techo bajo, mal ventilado y peor alumbrado por un puñado de lámparas de sebo, humeantes y malolientes, esparciendo luces turbias. El suelo era de tierra, olía a vino enranciado y aun a esa hora de la tarde había ya unos pocos parroquianos sentados en las mesas, bebiendo en copas de arcilla, y un par de ellos jugaban al latrunculi, tirando tabas y moviendo fichas sobre el tablero según los puntos obtenidos mediante aquellas. Varios espectadores contemplaban el desarrollo de la partida haciendo ocasionales comentarios amigables.

Ellos tres fueron a instalarse en una esquina, optando por sendas copas de vino áspero y rebajado con agua. Se dedicaron a beber en un silencio más bien incómodo porque los clientes, unos de soslayo y otros abiertamente, no les quitaban ojo.

—¡Vaya idiotas...! —Tangino se rio en sordina—. Seguro que nos toman por espías.

—¿Espías? —Sixto se quedó con la copa en el aire, a medio camino

de los labios—. ¿Cómo que espías? ¿De qué estás hablando?

—Espías, sí: enemigos de Roma —su sonrisa se hizo aún más amplia y taimada—. Infiltrados para reunir información que pudiera llegar a ser útil, algún día para intentar un ataque a la colonia.

—¡Vaya tontería! Pero si yo soy ciudadano romano.

—Ya ves tú lo que les importa a estos...

—La gente de aquí es desconfiada, Sixto —medió el gigantesco Segomago—; y por mucho que tú seas ciudadano romano, para la inmensa mayoría de ellos no eres más que un celtíbero y, por tanto, un posible enemigo.

—Es un consuelo que, al menos, alguien me vea como un celtíbero más —sonrió con sorna.

Segomago le devolvió la sonrisa porque Sixto ya se le había confiado en tal asunto, mientras que Tangino volvía los ojos hacia él, confundido.

—Pero no entiendo esa actitud —prosiguió sin embargo—. Muchos de ellos están casados con mujeres de la tierra.

—Es cierto, pero, aun así, recelan. Y no voy a ser yo quien les culpe por ello, porque lo cierto es que ha habido más de un choque armado en estos últimos años y puedes jurar que habrá más en el futuro.

Sixto asintió, dispuesto a ignorar a todos esos que, en la penumbra turbia de las lámparas, no paraban de mirarles. Después de todo, Segomago estaba en lo cierto: eran numerosos los indígenas que, empujados por la miseria, tomaban las armas y se lanzaban a una vida montaraz que estaba a medio camino entre el bandidaje y la guerrilla. Robaban tanto a los romanos como a sus propios compatriotas, sobre todo a los más ricos o más romanizados, y uno de sus objetivos favoritos eran las colonias como Emilia, ya que consideraban a sus habitantes invasores y usurpadores de tierras ajenas.

Entonces alguien abrió las puertas de par en par, con un golpazo, y una ráfaga de aire otoñal, frío y húmedo, se coló e hizo temblar las llamas humeantes del sebo. Todas las cabezas se volvieron al unísono

hacia el umbral, observando al grupo ruidoso y despreocupado que irrumpía ya en el local.

También Sixto puso los ojos en ellos, con no menos interés que los parroquianos, porque aquellos recién llegados eran, sin duda, romanos. Había por lo menos una docena y formaban un grupo de lo más heterogéneo, tanto en edades como en posición social; esto último, algo que se notaba a simple vista. Llevaban gruesos mantos, morrales de cuero y armas de caza, y se veía a la legua que casi todos eran legionarios aunque no portasen armas, insignias o atuendos de tales.

Pidieron a grandes voces pan y una cántara de vino antes de ir a ocupar una mesa vacía, aunque más de uno se vio retenido por la charla ansiosa de los clientes, pues aquellos veteranos no pudieron resistir la tentación de acercárseles, nostálgicos de sus viejos tiempos en activo. De entre los que fueron a sentarse, Sixto se fijó en uno joven y que, a juzgar por su apariencia, era algo más que un simple soldado.

El otro también se había percatado de su presencia y parecía sentir idéntica curiosidad por él. Sin duda, le llamaban la atención su atuendo y aspecto, que era una mezcla entre lo romano y lo indígena. Le comentó algo a uno de sus compañeros, de bastantes más años y que parecía gozar de autoridad sobre el grupo, este alzó la cabeza y, tras observarle unos instantes, como un halcón, respondió algo por lo bajo. Entonces, el primero, acompañado por un tercer romano, se puso en pie y, con algún titubeo, se acercó hasta la mesa de los tres celtíberos.

Así fue como Sixto conoció a Cornelio Sabino. Su acompañante no era más que un simple legionario que chapurreaba el celtíbero, pero, apenas le saludaron, Sixto les sorprendió respondiendo en un latín excelente. Un latín mejor, de hecho, que el que hablaba el propio soldado. Así que, de inmediato, Cornelio Sabino mandó al legionario de vuelta junto a sus compañeros y, atendiendo a la invitación de Sixto, se sentó a su mesa.

Era, según él mismo le dijo a su anfitrión, un joven de buena familia italiana, dispuesto a hacer carrera en la administración imperial. Había llegado hacía pocos meses a Hispania y formaba parte del cortejo de amigos y clientes que rodeaba al propretor, el gobernador designado para esa extensa provincia, la Tarraconense, que entre otros territorios englobaba la Celtiberia. Tal cosa no sorprendió lo más mínimo a Sixto, ya que aquella era una de las formas más empleadas para comenzar una carrera en la burocracia romana; arrimarse a alguien como el propretor era un primer peldaño en espera de conseguir cualquier cargo de poca importancia en algún lugar remoto y, a partir de ahí, ir ascendiendo puestos.

Lo que sí le llamó, y mucho, la atención, fue la afirmación de que sus compañeros y él estaban en Emilia con la idea de cazar al oso Andartarón, que ya iba haciéndose famoso en todo el territorio. Segomago y Tangino afinaron el oído al oír nombrar a la fiera, pero se quedaron de momento con la curiosidad porque ninguno de ellos sabía más de un puñado de palabras en latín, de latín provinciano, muy distinto del habla culta que empleaban Sixto y Cornelio Sabino.

—El oso ha atacado a un rebaño, propiedad de uno de los colonos, y ha matado a varias cabezas de ganado. Ya estábamos alertas, esperando a que se supiera que había aparecido en algún lugar, para salir a cazarle, y hemos venido sin demora apenas nos ha llegado el aviso.

—Es la primera noticia que tengo de todo eso. —Sixto se le quedó mirando, un poco sorprendido—. Pero no entiendo por qué las autoridades romanas actúan en un asunto así. Me cuesta creer que se pongan en marcha por unas pocas vacas muertas.

—Bueno, ese oso ha matado ya mucho ganado, según sabemos, y a no pocas personas, y la gente habla de él como si fuese un monstruo de leyenda. Pero tienes razón. Esta no es ninguna misión oficial; es una partida privada, organizada por Sulpicio Varo, que es muy amigo de la caza y quiere añadir la piel de ese oso a sus trofeos — dijo, y con la cabeza, señaló a uno de sus compañeros, ese de edad y autoridad

con el que había cambiado unas palabras justo antes de levantarse.

Sixto le observó con detenimiento, al chisporroteo amarillo de las mechas: se trataba de un hombre alto y recio, de rasgos aquilinos, con toda la estampa que el tópico asigna a los romanos de pura cepa.

—He vuelto hace muy poco a casa y no estoy muy al corriente de los asuntos en la provincia. Lo siento, y no me lo tomes a mal, pero no sé quién es exactamente Sulpicio Varo.

—Es un oficial extraordinario, de la VII Gémina.

—Ah —ahora cabeceó. Un extraordinario, un oficial sin mando directo, nombrado para asistir al legado de la legión VII, estacionada en Hispania. Se llevó su copa de arcilla a los labios, catando del regusto áspero de aquel vino aguado.

—El oso Andartarón —le comentó Cornelio Sabino al tiempo que mojaba su pan en la escudilla llena de vino tinto puro— va camino de ser tan famoso como el león de Tebas, al menos en estas tierras. Y Sulpicio Varo, que se jacta de ser un gran cazador, quiere ser él en persona quien lo cace.

—Ya.

—Le gusta la gloria, y quien logre dar muerte a ese oso obtendrá no poca. Andartarón es ya leyenda, por su tamaño, su fuerza y su ferocidad... aunque seguro que tú sabes más de esto que yo, ya que eres de la tierra. Al parecer, los hay que lo consideran una especie de dios, y también cuentan por ahí que ha matado a un gran cazador, uno que era muy famoso entre las gentes de por aquí.

—Se llamaba Bodo. Y yo estaba entre los que le acompañaban cuando el oso nos atacó.

—¿Qué me dices? ¿Es eso cierto? —El romano, olvidando su pan mojado, se inclinó hacia delante con avidez—. Dime entonces: ¿viste al oso?

—Tal y como te estoy viendo a ti. Lo tuve a igual distancia de la que te tengo a ti ahora.

—¿Y es, en verdad, tan grande y tan fiero como la gente dice que es?

—Nos atacó al caer la noche, en mitad de un bosque espeso y, la verdad, todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. A mí me pareció un verdadero monstruo. Desde luego, sí que hay algo que puedo decirte, y es que, de siete que éramos en la partida, solo tres logramos salir con vida del enfrentamiento y yo fui el único que lo hizo ileso.

—Bien, pues ya le queda poco tiempo a sus depredaciones. — Volvió a señalar a la mesa de sus amigos—. Sulpicio Varo se ha traído a los mejores cazadores de su destacamento y, ahora mismo, le están buscando rastreadores y perros aquí, en Emilia, que conozcan el terreno. Apenas esté todo apalabrado, vamos a dar una batida en toda regla y a conseguir la piel del oso.

—Muy fácil os las prometéis... y no tomes a mal mis palabras. — Agitó despacio la cabeza—. Pero Andartarón no es un oso corriente.

—¿Tú también eres de los que piensan que es un ser sobrenatural? ¿Un demonio encarnado en cuerpo de animal?

—Yo no he dicho eso.

Guardó silencio unos instantes, dando vueltas a la copa de arcilla en la mano mientras recordaba el comentario de su hermanastro Terialuga acerca de que Andartarón bien pudiera ser una fiera de coliseo escapada durante un transporte. Pero, luego de subir y bajar los ojos, lleno de indecisión, optó por no comentar nada al respecto, limitándose a añadir.

—Mira: lo único que te puedo decir es que atacó de repente, por sorpresa, a nuestra partida de caza. Ya nos volvíamos, buscando un lugar donde pasar la noche, y fue casi como si nos hubiera seguido para sorprendernos. ¿Es ese el comportamiento de un oso normal?

—Había oído contar esa historia, pero la verdad es que no la había tomado en serio. Pensé que habíais acorralado al oso y que este se revolvió.

—Pues no fue así. Yo estaba allí y te lo puedo contar de primera mano. Tuve al oso a esta distancia y quebró de un zarpazo mi lanza.

—Sulpicio Varo debe saber esto. Yo mismo se lo contaré. —Se quedó pensativo—. Desde luego, sí que es un comportamiento de lo

más extraño...

Y, a partir de ese punto, la conversación fue derivando por otros derroteros. Sixto se sentía contento de volver a hablar latín —que, en el fondo, era casi como su verdadera lengua materna—, así como de poder tocar temas de los que nadie había oído hablar en la Celtiberia. Y otro tanto le ocurría a Cornelio Sabino, que era persona cultivada, con ciertas inquietudes, y al que le costaba encontrar gente afín entre los soldados y los endurecidos burócratas provinciales.

Luego, alguien entró con bastante prisa y anunció en voz alta que todo estaba ya listo para comenzar la batida. Sulpicio Varo se incorporó con dignidad de su taburete, como si fuera a pronunciar un discurso, y arrastró con ese gesto a todos sus acompañantes, incluido Cornelio Sabino.

—¡Un momento! —Sixto retuvo a este último—. Ven a visitarme cuando así lo desees a Gémina, a casa de mi padre. Ven y sé mi invitado.

—Muchas gracias. Así lo haré —aceptó el otro en el acto, gratamente sorprendido, al tiempo que recogía ya de la otra mesa sus jabalinas.

—Recuerda: Sixto, el hijo de Silo, de la gens Eburonia.

Los cazadores abandonaron en masa la taberna dejando vino y pan a medio consumir. Sixto, pasando el índice por el borde de su copa de cerámica, dio cuenta de la conversación a sus amigos, que la habían presenciado en silencio, curiosos y una pizca incómodos.

—¿Tú crees que conseguirán cazar al oso? —preguntó Segomago.

—¿Quién sabe? —Sixto se encogió de hombros, fingiendo una indiferencia que no sentía—. Lo cierto es que ese legado parece un hombre capaz, y han preparado una batida en toda regla.

—No le van a cazar —Tangino se recostó en la pared sonriendo con maldad—. Ya veréis como no lo consiguen.

—No les menosprecies.

—No les menosprecio: son ellos los que se valoran de más. Os apuesto lo que queráis a que vuelven sin la piel del oso, con el rabo

entre las piernas.

—¿Apuestas de boquilla o pones algo sobre la mesa? —aceptó al punto Segomago, al que le gustaba jugar, por mucho que también, en su fuero interno, desease que no fueran los romanos quienes diesen muerte al oso.

—Yo siempre respaldo lo que digo. ¿Qué tal un cántaro pequeño de vino?

—Por mí, hecho.

Tras eso, se quedaron sentados en la misma mesa, dejando que la conversación languidciera poco a poco, y, como las luces de sebo sumían la sala en una penumbra mortecina y llena de sombras que invitaban a la somnolencia, Segomago se recostó contra la pared y echó una cabezada. Sixto se quedó con la barbilla entre las manos, adormilado, y solo despabiló tiempo después, cuando un celtíbero alto y vestido con pieles, de aspecto bastante salvaje, entró en la taberna y, tras echar una ojeada por el local, fue directo a su mesa.

—¿Eres tú Sixto, el hijo de Silo?

—Ese soy yo —respondió con precaución. No conocía a su interlocutor y recordaba demasiado bien cómo los adoradores del oso estaban empeñados en acuchillarle.

Segomago y Tangino también habían espantado el sueño y observaban de hito en hito al recién llegado, atentos al menor gesto sospechoso. Sin embargo él, viendo tanto recelo, les mostró las manos vacías.

—Soy amigo de tu hermano Terialuga, el herrero —manifestó, sin presentarse siquiera—. Me he desviado de mi camino para traerte un mensaje de su parte.

—Te lo agradezco. Tú dirás.

—Ya están listas las lanzas que le encargaste. Puedes pasar a buscarlas cuando desees. Cuanto antes mejor.

—Ah. Gracias. Siéntate y toma una copa de vino con nosotros.

—Eres muy amable. Pero, como te he dicho, tengo mis propios asuntos que atender. Quizás en otra ocasión.

Se fue con la misma brusquedad con la que había llegado. Sixto volvió a apoyar el mentón entre las manos, mientras sus dos compañeros cruzaban miradas entre ellos, intrigados por esa alusión al herrero y a las lanzas, pero él, al menos de momento, no les dio explicación alguna.

Siguió la larga espera. Se adormilaron de nuevo y el tiempo fue pasando moroso entre el chisporroteo y el humear de las lámparas, el tintineo de la cerámica, el murmullo de conversaciones y el sonido, a veces, de líquido al correr del cántaro a la copa. Ya tarde, por fin, la puerta se abrió para dar paso, no a algún parroquiano más, sino a un hombre joven que se quedó un aleteo en el umbral, buscando con los ojos a través de los claroscuros amarillentos antes de llegarse a ellos.

Era de estatura media y enjuto, con el cabello castaño, rostro rasurado a la romana y facciones de halcón. Llevaba tres dardos delgados en la diestra y, al hombro, un par de conejos recién cazados. A Sixto le vino a la mente de forma irresistible el recuerdo del pobre Bodo, y no por sus rasgos, que eran del todo distintos, sino porque de él manaba la misma impresión de fibra pura, de ser todo nervio y energía, que transmitía aquel otro cazador.

—Soy Assopa —se presentó en un celtíbero impecable, aunque teñido por una sombra de deje extraño—. Me han dicho que andabais preguntando por mí.

—Es cierto.

—Pues aquí estoy. Vosotros diréis.

—Tengo un negocio que proponerte. Pero, antes de oírme, coge un taburete y pide algo de beber.

—Muchas gracias. —El cazador aceptó ambas invitaciones y, sentándose, hizo una seña al tabernero, que acudió con una copa de vino rebajado con agua.

—Me llamo Sixto, hijo de Silo. Quizás hayas oído hablar acerca de mí porque yo era uno de los siete de la partida de Bodo, el hijo de Brigo, el día que salió tras las huellas de Andartarón.

—Algo me suena. Sí.

—Bueno. Sobreviví a aquel encuentro y sigo dispuesto a cazar al oso. Me han dicho que tú eres un buen rastreador.

—Por tal me tengo.

—Dime. ¿Te interesaría rastrear para mí?

—¿Al oso?

—Sí.

—¿Pero no acaba de salir un grupo a dar una batida en su busca? Al menos, eso me han dicho a las puertas. Ya siento el haber estado fuera, si no, me hubiera unido a ellos.

—Es cierto que un grupo de romanos ha partido hace un rato a la caza del oso. Les deseo la mejor de las suertes, de corazón. Si consiguen darle muerte, de lo dicho no habrá nada. Pero sé, por propia experiencia, que Andartarón es una presa esquivada y peligrosa. Si no le cazan, ¿estás dispuesto a considerar mi oferta? Me ofrezco a pagarte en dinero contante y sonante, por adelantado.

—No me vendrían mal algunas monedas, y es cierto que me gustaría también participar de la fama de haber sido uno de los que cazaron al oso —admitió el otro con toda franqueza.

—Pues tú dirás qué paga pides, a ver si llegamos a un acuerdo.

—No creo que sea exagerado el pedir el doble de lo que suele ser el salario de un rastreador. No, habida cuenta de que Andartarón no es una fiera corriente.

—Eso está hecho.

—También quiero que no se me deje atrás a la hora de cazar al oso.

—Es justo.

—Bien. ¿Para cuándo quieres que esté listo?

—Desde este mismo momento, si es posible. Yo corro con los gastos adicionales. Esta noche dormimos aquí. Tengo que ir a buscar unas armas, pero después nos dedicaremos de lleno a la caza del oso.

—Si no traen su pellejo los de la batida.

—Bueno. Eso ya no está en nuestras manos.

12

Aquella noche la pasaron allí mismo, en la propia taberna, durmiendo mal que bien sobre los bancos que se alineaban a lo largo de las paredes, arropados en sus mantos negros y con las alforjas a guisa de almohada.

El propio tabernero se encargó de despertarles, apenas rayar el alba. Segomago y Tangino se pusieron en pie entre bostezos, se arreglaron la barba y salieron en busca de un poco de agua para afeitarse. Sixto, que no estaba acostumbrado a ese tipo de vida, no les imitó. Se quedó sentado, los ojos legañosos, sintiendo la boca seca y el estómago revuelto, así como los huesos molidos por la dureza del banco. El fuego del hogar se había convertido en un montón de ascuas rojizas y cenizas grises, y el esclavo del tabernero estaba ya en danza, ordenando un poco la sala. Algunos viajeros aún dormían en los bancos, incluso había un par de ellos tumbados en el suelo de tierra, y uno roncaba como un hipopótamo.

Sixto, frotándose los párpados, estaba pensando en acercarse a las termas cuando la puerta se abrió de golpe y porrazo despertando a todo el mundo, y más de uno, viajero avezado, aún antes de abrir del todo los ojos, medio se había ya incorporado, puñal o espada en mano. Pero no eran ladrones ni pendencieros los que habían irrumpido así en la sala, sino el mestizo Assopa, con el aliento entrecortado después de una carrera.

—¡Han vuelto! ¡La partida ha vuelto!

—¿Qué? —Sixto perdió de golpe las últimas briznas de sueño—. ¿Ya? ¿Han cazado al oso?

—Bueno: yo no diría precisamente eso.

Casi todos los que estaban allí se levantaron y salieron a paso ligero rumbo a las puertas de la ciudad. Muchos lugareños abandonaban también sus casas, y no pocos, en medio de la

confusión, oyendo tanto grito, y viendo cómo la gente corría hacia las murallas, lo hacía lanza en mano creyendo que se había producido un ataque por sorpresa.

Amanecía gris y desabrido, con el cielo cubierto de nubarrones oscuros. Soplaban un ventarrón helado que azotaba las copas de los árboles haciendo volar hojas muertas. Los cazadores volvían campo a través, a paso lento. Los heridos se apoyaban en sus compañeros sanos y a otros, aún más graves, tenían que llevarlos en parihuelas. En algunas andas también transportaban cuerpos cubiertos de pies a cabeza, lo que daba a entender que había habido muertos. Los habitantes de la colonia, en número cada vez mayor, salían en torrente y se agolpaban a su alrededor, unos queriendo ayudar y otros preguntando a voces qué había sucedido.

Al principio, se corrió la voz de que el oso Andartarón se había revuelto contra sus cazadores cuando estos cometieron el error de acorralarlo en las malezas. Pero pronto se supo que nada de eso era cierto, porque las heridas de aquellos hombres eran de hierros y no de uñas y dientes.

Sixto se acercó, mezclado entre aquella muchedumbre, buscando con la vista a Cornelio Sabino, pero había tanta gente allí, y tanto movimiento, que no pudo verle. Pero en vez, sí que distinguió al aquilino Sulpicio Varo, oficial militar extraordinario y jefe de la partida de caza, que caminaba junto a las parihuelas, preocupado por los dolientes, con un venablo en la mano y una expresión de furia hirviente en el rostro. Tras unos momentos de duda, se le aproximó.

—Legado. Soy Sixto, hijo de Silo, de la gens...

—Sé quién eres.

—¿Puedes decirme qué ha pasado?

—¿Qué va a pasar? Pues que nos han tendido una emboscada —replicó con amargura—. Nosotros andábamos atentos a las huellas del oso y nos metimos como niños en la boca del lobo.

—¿Pero quién ha sido?

—Bandidos, rebeldes, ¿quién sabe? Escucha amigo, no quiero

parecer grosero, pero entiende que tengo mucho a que atender.

—Desde luego, extraordinarius. Tan solo un momento, porque quizás pueda ayudarte.

—¿Cómo?

—¿Podrías describirme a los hombres que os han atacado?

—Poco puedo decirte. Eran celtíberos, eso desde luego. —Ahuyentó con gesto brusco a algún inoportuno—. Estaban ocultos en la vegetación. Nos soltaron un chaparrón de armas arrojadas y, cuando nos rehicimos de la sorpresa y contraatacamos, salieron de estampida y se esfumaron en el bosque. La típica táctica de guerrillas.

—¿Gritaban algo?

—No.

—¿Llevaban la cara pintada? ¿Sí? ¿Podrías describirlas?

—No vi mucho. Entiende que fue solo un momento. Sin embargo...

—Sulpicio Varo, tras una pausa para recordar, dio a su interlocutor cuantos detalles pudo captar en mitad de aquel combate relámpago.

El otro le escuchó con atención y, por último, cabeceó con solemnidad.

—Legado, podría jurar que quienes os han tendido esa emboscada son adoradores de Andartarón. Son un grupo que tiene al oso por dios y a un tal Ambacto por jefe.

—Hemos oído hablar de ellos, y también de Ambacto. Dime: ¿estás seguro de lo que dices?

—Completamente seguro, legado. Asesinos con idénticas pinturas a las que acabas de describirme han tratado ya por dos veces de matarme en el bosque. Y eran hombres enviados por Ambacto.

—Te agradezco que hayas venido a contármelo. No lo olvidaré.

—Si deseas saber algo más, me tienes a tu disposición.

—No creo que haga falta. Como te he dicho, ya habíamos oído hablar de ese hechicero y de sus actividades, pero pensábamos que era un embaucador. Nunca imaginamos que se atreviera a atacar a una partida de Roma.

—Espera un momento, extraordinarius. —Sixto paseó una nueva

mirada por entre la comitiva—. ¿Dónde está Cornelio Sabino? No le veo.

—Está muerto —el otro esbozó apenas una mueca y un encoger de hombros, como hombre ya hecho a sucesos así—. Hemos tenido cuatro bajas y el doble de heridos, más o menos graves. Así que ahora, si me disculpas...

Se abrió paso entre el maremagno de acompañantes que se arremolinaban en torno a los supervivientes pidiendo explicaciones, y se alejó mientras Sixto, abrumado por una noticia tan inesperada, iba a reunirse con sus tres compañeros. En silencio, acompañaron a aquella procesión tumultuosa hasta las puertas de la ciudad.

—Bueno, amigos: esto es lo que hay. —Se encaró con sus compañeros tratando de aventar el humor sombrío que le atenazaba—. Por si Andartarón no fuera bastante peligroso, sus adoradores parecen más que dispuestos a cortar la cabeza a cualquiera que trate de poner coto a sus desmanes. Ya habéis visto lo que les ha pasado a esos romanos. Creo que es justo que os dé la oportunidad de pensároslo.

—¿Qué es lo que hay que pensar? —inquirió, receloso, Segomago.

—El seguir adelante. Las cosas han cambiado y, quien quiera retirarse, que lo haga con plena libertad. No seré yo el que se lo eche en cara.

—¡Pero qué dices! ¡Yo no me arrugo! —rugió, sin pensárselo, el gigante.

—Te lo agradezco.

—¡Vamos a cazar al oso! —Y, con las ropas agitadas por el viento, alzó su lanza sujeta muy cerca del hierro.

Sixto, aunque no conocía el gesto, lo entendió en el acto y se apresuró a agarrar la vara.

—¡A cazar al oso!

Tangino, y luego hasta el mestizo Assopa, echaron también las manos en torno a la madera, de forma que tuvieron la lanza sujeta entre los cuatro.

—¡Juntos! ¡Todos! ¡A por el oso! ¡A por el oso!

* * *

Sixto no tenía pensado quedarse en Emilia sino el tiempo justo para que Assopa pusiera sus asuntos en orden y tomase sus armas de caza. Sin embargo, cuando el rastreador volvió a la taberna, no lo hizo con su equipo a cuestas, sino con una noticia de lo más desconcertante. Según les comentó, mientras se dirigía a su casa, un ciudadano al que conocía poco más que de nombre y de vista —un veterano campanio de bastante mala fama—, le había abordado en plena calle. Con muchas zalamerías y sonrisas, había tratado de sonsacarle sobre Sixto y su partida antes de rogarle que trasmitiese a este un mensaje de parte la bruja Marcina.

—¿Marcina? ¿Quién es esa?

—Es la reina de un grupo de brujas que viven cerca de aquí.

—¿Y qué es lo que pueden querer esas brujas de nosotros? —Sixto, que estaba recostado fuera contra la pared de la taberna dejando que le caldease el sol tibio de otoño, guiñó perplejo los ojos.

—Según me ha dicho, Marcina y las suyas te ofrecen averiguar dónde se encuentra la madriguera del oso para que podamos acorralarle y matarle allí.

—¿Y cómo pueden ellas enterarse de eso cuando hasta ahora nadie ha podido hacerlo?

—Según me han dicho, harán necromancia: convocarán a los espíritus de los muertos y estos tendrán que revelárselo. Y ellas nos lo contarán a nosotros... a cambio de un buen puñado de monedas, claro.

—¿Pero cómo se han podido enterar, tan rápido, de que estábamos aquí? Llegamos ayer.

—No viven en la ciudad, pero tienen mucha relación con ella. Suelen ocultarse en un bosquecillo sagrado de Diana, un poco al este de aquí —y señaló vagamente en la dirección, aunque las casas, claro,

impedían ver nada.

—Ya. —El otro cabeceó. Los romanos habían llevado a esas tierras muchas de sus costumbres, incluida la de consagrar arboledas a distintas deidades, arboledas que, automáticamente, se convertían en inviolables y que solían ser refugio para toda clase de proscritos—. Entiendo, entonces, que son brujas romanas...

—Sí. —Su interlocutor asintió hosco, porque había entendido el sentido de tal afirmación.

Sixto se pasó la mano por los cabellos acariciándose el trenzado. En Italia había aprendido a temer a las brujas latinas, que rondaban cementerios y caminos nocturnos y eran amigas del asesinato, el vampirismo y la necrofilia. Consultó con la mirada a sus compañeros.

—¿Qué opináis vosotros?

Ellos se miraron a su vez entre sí. Luego, el gigantesco Segomago se volvió hacia el rastreador.

—¿De verdad tienen poder esas brujas para invocar a los muertos y hacer que estos les respondan?

—Eso dicen, pero yo no lo sé. —Sacudió la cabeza—. Son poderosas y maléficas, y yo nunca he querido saber nada con ellas, ni con ninguna bruja. La gente dice que son las que están detrás de la desaparición de algunos viajeros solitarios y de niños a los que nadie ha vuelto nunca a ver.

—¿Y cómo los habitantes de aquí toleran todo eso?

—Porque tienen quien les proteja y, a algunos, les son útiles. —Sonrió con cierto asco—. Son muchos los que tienen que callar, porque acuden a ellas en busca de algún hechizo contra un enemigo o un remedio contra el mal de ojo que aflige a su ganado o a sus campos.

—Siempre es igual —rezongó Sixto, que había oído hablar de situaciones iguales en las ciudades itálicas. Luego, reconoció abiertamente—. Pues no sé qué hacer. A mí tampoco me gusta mezclarme con gente así y no sé qué pensar de su nigromancia.

—Yo no sé si esa Marcina tiene o no el poder de convocar a los

muertos —medió el impetuoso Tangino—. Pero sí sé que, las de su clase, tienen una habilidad especial para conocer secretos.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que creo que se han enterado, los dioses nocturnos sabrán cómo, de dónde se encuentra el cubil del oso y tratan de sacarnos ahora un buen dinero a cambio de la información.

—¿Una farsa? —Ahora Sixto ladeó la cabeza pensativo—. Bueno: bien pudiera ser...

—Seguro que han sabido algo a través de algún vagabundo, o puede que de un adorador de Andartarón con la lengua demasiado larga, quién sabe cómo. Montarán la pantomima de la invocación de los muertos, con degüello de cabras y gallinas, pondrán los ojos en blanco, farfullarán y acabarán por decirnos lo que queremos saber. Si es que tú, Sixto, estás dispuesto a desembolsar lo que piden.

—¿Qué opinas tú, Assopa?

—Puede que no le falte razón. Desde luego, es un decir popular que Marcina es una vieja avara. Cuentan que no hay mayor placer para ella que el de sobar las monedas de oro, verlas brillar y oír su tintineo.

—¿Cómo es esa Marcina?

—Casi nunca se muestra. Pero, según los pocos que han podido verla, es muy vieja y más fea que una furia, con uñas tan afiladas y duras como las de las fieras, y un solo ojo que te puede hacer caer muerto si te mira mal.

—¿Tendríamos que estar presentes cuando conjurasen a los muertos?

—Eso es lo que me han dicho.

—¿Dónde?

—Dentro de dos días, cuando la luna esté llena y alta en el cielo, nos esperan en el cementerio que hay cerca del bosquecillo de Diana. Celebrarán una ceremonia, harán salir a los espectros de la tierra y les darán a beber sangre para que nos digan dónde se oculta el oso.

Tangino, que se golpeteaba la palma abierta con la vara de un

dardo, tomó de nuevo la palabra.

—¿Estarías dispuesto a pagar a las brujas por esa información?

—Sí, si es que no piden una cantidad absurda y tenemos la posibilidad de que nos digan la verdad y no de que sea todo una estafa. ¿Pero estáis vosotros dispuestos a ir a ese cementerio, en plena noche, a reunirnos con unas brujas de las que se sabe que asesinan a viajeros y niños?

—¿A qué viene esa pregunta? ¿Dudas de nuestro valor? —comenzó a encrespase Tangino.

—Sabes que no. Tan solo quiero que me deis vuestro parecer.

—Tú eres el jefe, te hemos dado palabra de seguirte y tú decides.

—Yo os busqué para ir de caza, no para negocios con brujas y muertos.

—Si eso nos lleva hasta el oso...

—Estás dando por sentado que todo esto es un embuste montado por esa Marcina y las suyas para sacarnos el dinero. Pero las brujas tienen poderes terribles. ¿Qué pasa si los muertos acuden en bandadas a beber la sangre al conjuro de esas brujas?

—Sea. —Tangino se encogió de hombros, aunque, eso sí, echó mano a sus amuletos.

—Tú sabes que puedes contar conmigo, Sixto —irrumpió Segomago que, en la práctica, mantenía una relación de clientela con él.

—Gracias —se volvió a Assopa—. ¿Y tú? No te pediré que vengas, pero...

—¿No hemos sujetado todos la vara de una misma lanza hace un rato? Estamos juntos en esto. No puedo quedarme atrás ahora.

—Yo te lo agradezco. Supongo que te será fácil hablar con el que te ha dado el mensaje.

—Sin ningún problema. Vive aquí mismo, en la colonia.

—¿Puedes ajustar, a través de él, el precio a pagar y el momento justo en que hemos de reunirnos con las brujas de Marcina?

—Por supuesto.

—Lo dejo entonces todo en tus manos.

13

La necrópolis en cuestión se hallaba a no mucha distancia de la colonia y sin embargo fuera de la vista, ya que entremedias había unas lomas. Aunque la urbe era de fundación reciente, el hecho de que sus habitantes fuesen veteranos legionarios, así como que aquellas tierras fueran cualquier cosa menos pacíficas, había hecho que estuviese ya bien poblada de tumbas y monumentos funerarios.

Sixto y sus compañeros, tal y como habían convenido, salieron extramuros y hubieron de caminar en plena noche hasta una bifurcación. Lo hicieron armados y teniendo en cuenta que todo aquello podía ser una emboscada para robarles, pero en el lugar fijado no les esperaba más que una bruja vieja y flaca que por señas, como los mudos, les conminó a seguirla. Ellos así lo hicieron, los dardos prestos. Y fue un trayecto de veras fantasmal, guiados por aquella vieja muda a lo largo de una senda tortuosa, a través de campos incultos, al resplandor de la luna llena, entre rocas, sombras muy negras y matas agitadas por un viento nocturno que silbaba y aullaba.

En la necrópolis habían encendido una hoguera grande y rugiente y, a cada ráfaga, las nubes de chispas formaban torbellinos incandescentes en la negrura. Entre las sombras batía un tambor, con un redoble hondo y vibrante, y un par de músicos estaba tocando flautas de dos caños mientras casi una treintena de figuras bailaba como diablos a la luz de la hoguera. La bruja les ordenó, siempre por señas, que se situasen a un extremo, y así lo hicieron los cuatro, observando entre recelosos y asombrados aquel festival nocturno de brujas entre tumbas.

Los danzantes se perfilaban en negro contra el rojo de las llamas, con las manos alzadas como en invocación y los harapos aleteando al tiempo que gritaban los nombres de dioses malignos. Más allá de ellos, las sombras de los cipreses y los monumentos funerarios se

recortaban contra el cielo nocturno. La mayoría de los allí reunidos eran brujas y proscritos que habían salido de la seguridad del bosque de Diana para invocar a los espíritus de los muertos. Pero también se podía ver a algunos cuyas ropas nada tenían que ver con los andrajos de todos esos y, reparando en cómo unos pocos ocultaban el rostro con máscaras, Sixto supuso que estos últimos debían de ser ciudadanos de Emilia conectados en secreto con la bruja Marcina.

Lo que se estaba celebrando en aquel cementerio era, sin duda, algún rito macabro de la brujería latina, muy contaminado por elementos asiáticos y celtibéricos, cosa que no podía extrañar a nadie, dada la mezcolanza de razas que uno podía encontrar en la colonia, pues muchos legionarios, debido a su vida errante, tomaban esposas extranjeras y acababan adoptando muchas de sus costumbres.

Los celebrantes cantaban, danzaban y se retorcían con frenesí cada vez mayor al son del tambor y las flautas. Bailaban sin descanso mientras hacían circular de mano en mano cuencos de una pócima mágica hecha a base de hongos fermentados y capaz de producir visiones monstruosas. Los cuatro invitados, aunque no se habían atrevido a rechazar los cuencos, habían fingido beber, mojándose tan solo los labios. Y aun ese contacto fugaz había bastado para alterar un poco sus sentidos de forma que, a veces, creían ver cómo las sombras de los muertos, muy tenues, deambulaban inquietas más allá de la luz de las llamas.

La luna subía por el cielo nocturno entre grandes nubes rojizas. Soplaban el aire sacudiendo los árboles. Las brujas no dejaban de enardecerse cada vez más, intoxicadas por la pócima, el fuego y el redoble de tambor. Algunos se habían arrancado las ropas y bailaban desnudos a pesar de la mordedura del viento otoñal, y los había que se acoplaban allí mismo, entre los pies de los danzantes, con la furia de jabalíes en celo. Al fondo, más allá de la hoguera, se balanceaba una bruja vieja, de rostro tan horrible como una máscara de guerra y con un solo ojo sano, que no podía ser otra que Marcina. Se ondulaba y cantaba con una larga espada en las manos. Y, entre los bailarines

harapientos, se veía descollar a un hombre muy alto y de músculos enormes, completamente desnudo y con la cabeza cubierta por una gran máscara de macho cabrío, que, entre el agitar de las llamas, parecía algún dios de la fertilidad. Algunas de las brujas blandían, entre aullidos, cuchillos y espadas enrojecidas, pues ya habían sacrificado a algunos animales y muchos de los presentes estaban salpicados de sangre fresca.

Entre griterío, batir de tambor y revoloteo de chispas, dos brujas arrastraron a un cabrito negro a los pies de Marcina. Entre ambas, sujetaron a la bestia por los cuernos y la reina de aquellas brujas lo degolló con el filo de su espada de forma que la sangre saltó a chorro, reluciendo al resplandor del fuego. Sixto, los ojos puestos en el charco que se iba formando en la tierra y en las dos brujas manchadas de sangre, sintió de repente un sudor frío. La visión de aquel cabrito degollado le hizo recordar cuanto le habían contado sobre las prácticas de las brujas italianas y, con el vello erizado, se preguntó cuál sería la víctima que culminase la ceremonia de invocación a los muertos.

Como si algún dios malo hubiera oído esa pregunta muda y le enviase una respuesta, otras dos brujas surgieron entre las sombras. Llegaron entre más aullidos e invocaciones a demonios nocturnos, y llevaban casi en volandas a una figura pequeña. Un niño de corta edad, comprendió en seguida Sixto, con la boca seca. Segomago y Tangino se removieron también, inquietos. Los romanos prohibían toda clase de sacrificios humanos a los pueblos que gobernaban, y los castigos que infligían a los infractores de tal ley solían ser duros en extremo.

Las dos brujas, con las túnicas aleteando, arrastraron al niño hasta Marcina sin que se debatiese lo más mínimo, quizás porque estaba drogado. La vieja bruja cantaba con su espada ensangrentada en alto, invocando a diablos, dioses y espectros. El mestizo Assopa oprimió el brazo de Sixto al tiempo que le murmuraba al oído, lleno de pánico...

—Estamos perdidos, perdidos...

—¿De qué estás hablando? —inquirió él por lo bajo, cada vez más alarmado.

—Reconozco a ese niño. Es de Emilia y sé quiénes son sus padres. Han debido de secuestrarle y van a sacrificarle. Y luego harán lo mismo con nosotros, para que los espectros acudan, se beban nuestra sangre y les concedan favores.

—¿Por qué iban a matarnos?

—¡No lo sé! Pero sí sé que no van a dejar que salgamos vivos de aquí. No pueden dejar que volvamos a Emilia y le contemos a la gente cómo las brujas del bosque de Diana han degollado, ante nuestros propios ojos, al hijo de un ciudadano de la colonia. ¿No te das cuenta de que tienen que tener pensado matarnos también?

—Tienes razón. —Tragó saliva y, de nuevo, sintió cómo todo el cuerpo se le cubría de un sudor helado.

Se giró hacia sus otros dos compañeros y les puso al tanto de todo con rapidez. Ellos le escucharon sin pronunciar palabra, asintieron con expresión hosca y, con el mayor de los disimulos, se aprestaron a luchar.

Mientras, las brujas habían sujetado a la pequeña víctima por los brazos, al tiempo que otra media docena saltaba y brincaba alrededor coreando a su reina, que estaba cantando ahora con voz alta y cascada, sin dejar de enarbolar la espada. El resto de los celebrantes seguía danzando al son del tambor y las flautas o se apareaban a la vista de todos.

La vieja cogió al niño por los cabellos y, tal y como había hecho antes con el cabrito negro, le degolló de oreja a oreja con el filo de la espada. No hubo ni gritos ni forcejeos. Otra vez la sangre saltó en chorro y otra vez la tuerta comenzó a danzar frenética, con la espada goteante entre las manos, a la vez que llamaba chillando a los demonios y espectros invitándoles a beber de la sangre derramada. Cantaba ante el gran charco rojo a la vez que un círculo de brujas se acuchillaba sobre el cadáver. Entre las sombras, les pareció que le estaban despedazando con dedos rojos, quizás entregadas a un festín

de caníbales, y Sixto, espantado, rozó con las yemas aquel amuleto que, tiempo atrás, le regalase la viuda de un cazador.

Varios de los asistentes se apartaron ahora de la danza para dirigirse hacia ellos, encabezados por un sujeto malencarado y flaco. Assopa ya le había indicado antes a Sixto que aquel era el campanio que le había transmitido el mensaje en las calles de Emilia. Fue él quien tomó la palabra en un latín pintoresco.

—Ahora tenéis que venir con nosotros.

—¿Ir a dónde? —le replicó Sixto, tratando de ganar un poco de tiempo.

—Tenéis que estar al lado de Marcina. Está haciendo magia para vosotros. Los muertos saldrán de sus tumbas para beber la sangre y os dirán dónde podéis encontrar al oso-dios Andartarón. Vamos, seguidme.

Sixto asintió muy despacio, al tiempo que recorría toda la escena con los ojos tratando de evaluar en qué situación se hallaban y tomar una decisión. ¿Intentaban de veras atraerles junto a la hoguera para reducirles allí por puro número, antes de degollarles y ofrecer su sangre a los espectros, tal y como habían hecho con los animales y el niño?

Muchos de los presentes bailaban como enajenados, pero otros se habían vuelto en su dirección y, quizás debido a los alucinógenos, no eran capaces de mantener el menor disimulo. Les observaban con una rapacidad que parecía acentuarse con el agitar de las llamas, como halcones, con sonrisas aviesas y miradas turbias. Y a Sixto ya no le cupo duda alguna de que todo aquello no había sido más que una trampa, tramada con el objetivo de asesinarles.

—Vamos —repitió su interlocutor, con sonrisa torcida.

Sixto aún cabeceó, tratando con desesperación de ganar otro instante. Intentó decir algo, pero ya Tangino no le dio tiempo a nada. Se adelantó de repente en las sombras, rápido como una víbora, y de un solo tajo le rebanó la garganta al campanio. Fue todo tan brusco que cogió por sorpresa a amigos y a enemigos. El herido miró atónito

a su asesino, casi sin entender. Se llevó la mano al cuello y luego le fallaron de repente las fuerzas. Se desplomó con un gáñido horrible, la sangre saltó con fuerza tremenda y un borbotón cálido y húmedo golpeó a Sixto en el rostro.

Segomago y Assopa atacaron a los desprevenidos acompañantes del muerto y les acuchillaron con sus hierros. Sixto echó mano a su propia arma. Hubo gritos y tumulto en la penumbra, y una bruja se arrojó entre aullidos contra Sixto tratando de desgarrarle la garganta con las uñas, pero él le estrelló el pomo de la espada en el rostro y la mandó atrás, con las manos sobre el rostro destrozado y la sangre saliendo por entre los dedos. Marcina, que se había percatado de aquel giro de acontecimientos, estaba ahora dando largos chillidos y les señalaba con su espada tratando de llamar la atención de los bailarines.

Los aceros salieron de entre los harapos y los mantos, destellando a la luz de la fogata, y los hubo que, desarmados, echaron mano de algún palo llameante. Los cuatro compañeros trataron de abrirse paso a punta de espada, pero los enemigos eran demasiados y, pese al desconcierto, les cerraron el paso. Aunque ellos blandían espadas contra cuchillo e hirieron a unos cuantos, tuvieron que retroceder, ya que muchos de los celebrantes, ebrios de pócima, no pensaban en su propia seguridad y se les lanzaban encima intentando coserles a puñaladas.

Paso a paso fueron reculando, y el gigantesco Segomago aún tuvo que matar a un hombre que, oculto tras una máscara de cuero pintado, trataba de destriparle con una gladio romana. Ese fue el último, porque los demás, haciendo caso a los chillidos de la vieja Marcina, se apartaron un poco de ellos. Unos y otros se acecharon entre las sombras que danzaban al compás del fuego. Había cadáveres por los suelos y algún herido se arrastraba gimiendo sin que nadie se tomase la molestia de ayudarlo.

Así permanecieron unos momentos, los hierros en las manos, estudiándose al resplandor de las llamas. Sixto, cuyos ojos iban de un

lado a otro, buscaba desesperado alguna escapatoria. El sitio en el que se hallaban, que era donde les habían situado al llegar, era una ratonera, ya que tenían un muro a las espaldas. Sus enemigos les superaban varias veces en número y lo único que les tenía a raya, pasado ya el furor del primer choque, era la certeza de que muchos caerían en un ataque frontal. Sixto y sus amigos, a su vez, aunque llevaban dardos en los cintos, no podían recurrir a ellos en distancias tan cortas y tenían que limitarse a blandir sus espadas.

Las brujas y sus aliados estaban cambiando murmullos y se iban desplegando poco a poco, tratando de cercarles para luego caer en masa sobre ellos, desde todos lados, y abrumarles a cuchilladas. Ellos bien poco podían hacer, aparte de ir retrocediendo al amparo de la tapia, respaldándose unos a otros y tirando estocadas a algún enemigo demasiado audaz. Al fondo de todo, la vieja Marcina aún blandía su espada y maldecía a gritos a los visitantes con el único ojo echando fuego.

De forma increíble, aunque los músicos habían dejado de tocar, el gigante desnudo y tocado con cabeza de chivo seguía danzando, ajeno a todo. Y, aun en esa situación desesperada, quizás debido a las drogas con las que había tenido que mojarse los labios, a Sixto le vino el pensamiento de si, de veras, no sería aquel alguna deidad del bosque que había salido a bailar a la luz de las llamas, atraída por el olor de la sangre fresca.

Hubo más movimientos en la penumbra del fuego. Los celebrantes se desplegaron un poco más con los cuchillos reflejando a veces algún destello rojo, y los cuatro compañeros retrocedieron otro tanto, los hierros tendidos. Ahora, algunos de los enemigos les observaban con ojos relucientes de fiera, calculando el momento del ataque, en tanto que otros se iban enardecendo para saltarles al cuello. Las brujas les hacían muecas horribles y les cubrían de imprecaciones para maldecir sus almas antes de matarles.

Y mientras unos y otros sopesaban las hojas, y los había que adelantaban ya un pie, a punto de un segundo encontronazo, se

escuchó un ululato largo, como si algún fantasma aullase entre los monumentos fúnebres más allá de la luz del fuego. Se alzó resonando en la oscuridad, reverberó entre cipreses y tumbas, e hizo que los atacantes se parasen en seco. Muchos, incluso, recularon o se volvieron a medias. Y, como conjurada por aquel ulular, una lanza incendiaria llegó volando a través de la noche. Los que se habían vuelto la vieron pasar silbando, con una larga estela de llamas, como un meteoro. Y Marcina que, igual de sorprendida que el resto, se estaba dando la vuelta para buscar el origen de aquel aullido fantasmal, recibió el tiro llameante en mitad del pecho.

Salió despedida hacia atrás por la fuerza del lanzazo, el cuerpo pasado de lado a lado. La espada escapó de sus manos, ella cayó y ya no se movió. Las ropas negras comenzaron a arder. Mucho más cerca, uno de los que rodeaban a Sixto y los suyos se desplomó con un grito de dolor, herido por un dardo en plena espalda. Cundió el desconcierto; unos retrocedieron y otros se volvieron para encarar a un supuesto enemigo que fuese a surgir de la oscuridad, mientras las brujas chillaban, espantadas por la muerte de su reina.

Esa fue la ocasión que aprovecharon los cuatro. Tangino encabezó el ataque, con un alarido retumbante, y se arrojaron sobre los congregados repartiendo tajos y puntadas. Hubo gritos, tropezones, y la sangre caliente salpicó de nuevo entre las sombras. Volvió a oírse aquel ululato largo y un aullido similar le hizo coro desde un punto distinto de la necrópolis. Una de las brujas se vino abajo, traspasada por otro dardo, y su cuchillo, al caer, tintineó contra las piedras.

El desconcierto se convirtió en temor y este en espanto, de forma que retrocedieron ya en desorden, agitando a ciegas los cuchillos. Marcina yacía muerta y envuelta en llamas, enemigos invisibles aullaban y les herían con sus dardos, y ellos, con el cerebro nublado por las drogas, se arremolinaban sin saber muy bien qué hacer. Se escuchó de nuevo ulular entre las sombras, Segomago rajó el vientre de un enemigo que se desplomó pataleando. Alguien salió corriendo y los demás, llenos ahora de pavor, se dieron también la vuelta y

huyeron.

Se desparramaron a la luz del fuego y Tangino aún tuvo tiempo de tirar un dardo y alcanzar a uno en los riñones. Cuando los otros quisieron imitarle y echaron mano al cinto, ya era tarde. Los fugitivos corrían en la penumbra lunar de la necrópolis, cada uno por su lado.

Al tumulto, los gritos y el choque de hierros sucedió el silencio. Los cuatro, con las espadas y dardos en las manos, observaban a la luz de las llamas. Solo se oía el crepitar de la hoguera, el silbido del viento nocturno y los gemidos de algún herido. Había cuerpos yertos aquí y allá, y el cadáver de Marcina seguía ardiendo. El viento arreció, haciendo ondular los árboles en la oscuridad, y se levantó una bocanada enorme de pavesas chisporroteando en la negrura. Sixto paseó de nuevo los ojos por la oscuridad circundante y se mojó los labios resecaos.

Otra vez fue Tangino el que dio el primer paso, blandiendo el dardo y atento al menor indicio de un ataque desde la oscuridad, aunque todos los enemigos parecían haber huido para no volver. Sus tres compañeros le imitaron, igual de dispuestos que él a la lucha. Assopa se detuvo junto a un cadáver que tenía el rostro oculto tras una máscara y le descubrió. Se quedó unos momentos con la careta en la mano, contemplando con expresión perpleja al muerto. Le escupió encima y le pateó antes de tirar la máscara a un lado, darse la vuelta y unirse a los demás.

Alguno de los caídos aún estaba con vida, y el hombre al que Tangino había alcanzado con su dardo en los riñones trataba de salir a rastras, jadeando. Segomago se llegó a él, cogiendo la espada como si fuese un puñal, pero Sixto le retuvo por la muñeca y se arrodilló al lado del herido.

No era celtíbero, cosa que no le sorprendió, ya que casi todos los proscritos del bosque de Diana, si no todos, debían de ser desertores o criminales foráneos, más relacionados con los romanos que con los indígenas. Trató de hablar con él en latín.

—Dime, hombre. ¿Por qué habéis querido matarnos?

Tuvo que preguntarle varias veces y, al final, lo único que logró fue que el herido, caído bocabajo, volviera el rostro y le maldijese con ojos venenosos. Sixto meneó la cabeza, más admirado que otra cosa, pensando que aquel debía de ser un hombre temerario y sin miedo a nada. Pero Segomago, que no había entendido las palabras, pero sí el tono y los gestos, le palmeó en la lanza que tenía clavada. El asta vibró y el herido lanzó un lamento angustiado.

—Vamos, hombre. ¿Por qué nos habéis traicionado? —insistió Sixto.

—Déjame... me estoy muriendo —dijo en voz baja el otro.

Por su acento, Sixto supo que era un itálico del sur, otro campanio. Suspiró.

—Ya sabes que hay muchas formas de morir —murmuró. Y puso la mano sobre el asta que le sobresalía de los riñones.

—No, no... —resolló el otro.

—De acuerdo. Dime entonces: ¿por qué habéis tratado de matarnos?

—Fue cosa de Marcina.

—¿Estaba todo planeado desde el principio?

—Sí. Nos advirtió de que vendrían cuatro hombres y que no debíamos dejarlos salir vivos de aquí.

—¿Por qué?

—Porque uno de vosotros quiere matar al oso Andartarón.

—¿Y eso qué puede importarle a una bruja como Marcina?

—Dos enviados del sacerdote del oso...

—¿Ambacto?

—Ese. Vinieron al bosque de Diana y estuvieron hablando con ella. Le pidieron que os matasen.

—¿Qué relación tenía Marcina con Ambacto? ¿Eran amigos? ¿O le pagaron por matarnos?

—No lo sé. No sé nada más. Déjame...

La voz del caído era cada vez más débil, y los ojos se le iban apagando al resplandor del fuego. Agonizaba y Sixto se puso en pie,

desentendido ya de su suerte. Tangino, entre tanto, se había apoderado de una de las lanzas que tan providencialmente habían surgido de la oscuridad para sembrar el pánico entre sus atacantes, justo en el momento en que ya se veían perdidos.

—Mira: un dardo como los que usan los belos.

Se lo tendió a Sixto, por si quería examinarlo él mismo. Pero este rehusó porque no estaba lo bastante familiarizado con las armas celtíberas como para distinguir esas diferencias mínimas que hacían que, sin embargo, cualquier lugareño supiese luego de un vistazo a qué pueblo pertenecía un hierro. Paseó los ojos por la necrópolis en sombras, por los monumentos bañados por la luna y los árboles que se mecían susurrando.

—¿Habrán sido belos los que nos han ayudado?

—¿Quién sabe?

—¿Y por qué no han salido luego a descubierto?

—No lo sé. —Depositó, con cuidado, el dardo sobre uno de los muertos—. Lo voy a dejar aquí, no sea que su dueño venga a recuperarlo.

—Todo esto es de lo más misterioso. —Volvió a mirar a su alrededor, más allá de la luz de las llamas—. ¿Alguno de vosotros ha visto algo?

—Yo creo que vi a un hombre por allí. —Segomago señaló hacia la derecha—. Y debía de haber otro por ahí... el que tiró la falárica encendida que mató a Marcina.

—¿Viste al menos a uno de ellos? ¿Era un belo?

—¿Cómo quieres que viera eso, hombre? No distinguí casi nada; poco más que una sombra, un momento, en medio de la refriega.

—Claro, qué tontería... —Aún echó una última ojeada, pero no vio más que muertos inmóviles, monumentos y sombras que danzaban a cada flamear del fuego.

—¿Has logrado sacarle algo a ese? —Segomago señaló en dirección al herido que había interrogado Sixto, y solo entonces este cayó en la cuenta de que, como había hablado en latín con él, su amigo no se

había enterado.

—Era una trampa desde el principio. Ambacto le pidió a Marcina que nos matase, y ella nos atrajo hasta esta necrópolis con el señuelo de decirnos dónde podíamos encontrar la madriguera del oso. Yo pensaba que era un fraude, pero nunca se me ocurrió que... —Se sonrió, un poco a su pesar—. Desde luego, era astuta la bruja.

Tangino se acercó al herido, que ya no se movía, y le arrancó su dardo de los riñones. Lo examinó un momento al fulgor de las llamas, para asegurarse de que no había resultado dañado.

—Es mejor que no nos quedemos mucho tiempo por aquí. No sea que los supervivientes recobren el valor, vuelvan y todavía nos corten la cabeza.

—Tienes razón. —Sexto se giró hacia Assopa—. ¿Tú crees que estaremos seguros si volvemos a Emilia?

—Claro que sí. ¿Por qué no íbamos a estarlo?

—¿Acaso no había aquí, esta noche, gente de la colonia?

—Sí, eso es cierto. Ese de ahí atrás es uno de ellos. Pero por algo acudieron todos enmascarados; de ser descubiertos, serían ejecutados. Esta noche, además, han matado al hijo de un colono y nosotros vamos a vivir para contarlo. Habrá una investigación y se va a organizar un buen revuelo.

—¿Y tú estarás a salvo?

—Supongo que sí —se encogió de hombros—. No sé por qué van a querer matarme los que han escapado. No he visto su cara y bastante ocupados estarán, sean quienes sean, tratando de no ser descubiertos.

—Entonces salgamos de aquí y rápido. Vamos a Emilia y a ver cómo conseguimos entrar de noche. Tangino tiene toda la razón: aún pueden reunirse de nuevo y matarnos.

14

Como ya no tenían nada que hacer en Emilia, aparte de olvidar los sucesos de la necrópolis, pronto se pusieron en camino hacia la casa del herrero Terialuga, en el corazón del bosque, para recoger las dos lanzas que este había prometido a su hermano. Sixto y Segomago viajaban a caballo y Tangino a la grupa del último, en tanto que el fibroso Assopa caminaba a su lado, con zancadas largas e incansables, desdeñando incluso apoyar la mano en la silla de montar de Sixto. Llevaban consigo dos perros de presa que habían alquilado en la colonia. Sabuesos grandes y fieros que, como eran de la misma camada, respondían a los poco ocurrentes nombres de Cástor y Pólux.

El viaje no pudo ser más tranquilo, pese a lo cual no bajaron ni un instante la guardia. Aún tenían bien grabados en la mente las bajas del grupo de Sulpicio Varo y el intento de asesinato sufrido a manos de Marcina y sus brujas. Sin embargo, las malas sorpresas les aguardaban al término y no durante el trayecto. Assopa, el mestizo, fue quien primero se detuvo y, venteando, dijo que olía a quemado. Al instante, Tangino le daba la razón. Y un poco más tarde, al remontar una cuesta, vieron una humareda grisácea y larga que subía por encima de las copas de los árboles.

A Sixto, que ya conocía esos pagos y la dirección en que se hallaba la cabaña, le dio un vuelco el corazón y azuzó a su caballo a través de las arboledas. Segomago se lanzó a rienda suelta detrás de él, gritándole que esperase. Assopa y Tangino, que había saltado a tierra apenas ver la humareda, quedaron atrás en seguida.

Sixto desembocó al galope en el claro, casi tendido sobre las crines de su montura para esquivar las ramas bajas. Al salir de las espesuras, un mínimo de prudencia le hizo tirar de las riendas hasta poner a su caballo al paso. La cabaña de su hermanastro Terialuga, al fondo, había ardiendo. Con el incendio, la mitad de la estructura se había

venido abajo y, entre las ruinas, las vigas de roble aún lanzaban a los aires espesas humaredas.

En un suspiro llegó Segomago, y luego los otros, a la carrera y con los perros. Ya juntos, avanzaron despacio hacia la cabaña quemada empuñando cetras y lanzas, ojo avizor a todos lados. El claro parecía desierto, el viento agitaba hierbas, matas y copas de árboles, y no se oían más sonidos que el susurro del aire, el piar de pájaros y los graznidos de un cuervo que aleteaba entre los restos quemados. Sin embargo, ellos caminaban observando con desconfianza la hierba, alta y espesa por culpa de las fuertes lluvias.

Un silbido, por la derecha, les sobresaltó a todos, y al volverse como rayos vieron a un hombre armado que salía del límite del bosque.

—¡Sujeta a los perros! —urgió Sixto a Assopa—. Ese es mi hermano Terialuga.

Hicieron gesto de dirigirse hacia él, pero el hombretón de gran barba negra iba ya a su encuentro, ceñudo, cruzando los herbazales ondulados por la ventolera, con el manto negro agitándose a cada ráfaga.

—¡Terialuga! —Sixto saltó de su caballo, lleno de alivio—. Por la madre diosa: por un momento creí que había ocurrido lo peor. — Señaló a la cabaña quemada.

El otro asintió, dejando ahora entrever un asomo de sonrisa, y le palmeó la espalda, antes de volverse con rostro, de nuevo sombrío, a contemplar los restos carbonizados de su casa. Visto de cerca, se le notaba ojeroso y fatigado, como hombre que ha pasado la noche en vela.

—¿Qué es lo que ha ocurrido, señor? —quiso saber Tangino, manteniéndose a unos pasos, algo cohibido por la presencia del herrero, que era todo un personaje en la región.

—Poca cosa, amigos. Los hombres de Ambacto vinieron por sorpresa, en plena noche, y me quemaron la casa. Aunque, claro, lo que ellos pretendían era cortarme la cabeza.

—¿Ambacto? Hace un par de días tendieron una emboscada a una partida de caza que había salido a buscar a Andartarón.

—Pues sí que han estado ocupados.

—Y más van a estar, me parece. La celada se la tendieron a una partida en la que casi todos eran funcionarios y soldados romanos.

—¿Hubo muertos?

—Unos cuantos.

—Vaya. —Se acarició la gran barba, negra y salpicada de canas—. Eso sí que son palabras mayores.

Sixto, al sentir el golpe de una gota, se llevó la mano a la mejilla y retiró los dedos mojados antes de alzar los ojos al cielo. Empezaba a llover en forma tranquila, con susurro audible, doblegando las hierbas, empapando la tierra y haciendo sisear los maderos humeantes. Hombres y canes buscaron refugio bajo los árboles.

—A buenas horas llueve. —El herrero sonrió sin ninguna alegría, viendo cómo el agua apagaba silbando los rescoldos de lo que fuera su hogar. Se encaró con Sixto y luego con los compañeros de este—. Bueno, vamos a por tus lanzas. A vosotros os ruego que esperéis aquí. No podéis venir y nosotros no tardaremos mucho.

Los dos hijos de Silo se internaron entre los árboles, a pie, escuchando cómo las gotas de lluvia baqueteaban las hojas.

—Me han quemado la casa, pero no han logrado encontrar mi fragua.

—Oye: siento mucho lo de tu casa. —Sixto, turbado, cayó de repente en la cuenta de que el herrero debía de haberlo perdido casi todo-. Esto ha sido culpa mía.

—¿Culpa tuya? ¿Es que has sido tú el que le ha pegado fuego?

—No, pero...

—Necesitarías más espaldas que el gigante Atlas para cargar con todas las culpas que crees tener.

—Vamos, Terialuga —refunfuñó, rojo hasta la raíz—. Te has visto mezclado en todo esto por mi culpa, y por eso te han quemado la casa.

—¿Llamas mezclarme a impedir que te matasen? —gruñó—.

¡Somos hermanos, hombre! ¡Si te parece, me quedo de brazos cruzados!

—No, no. —Hizo un gesto, cada vez más sonrojado—. Pero, aun así, creo que es mi obligación tratar de compensarte por todo lo que has perdido.

—Déjalo estar. Avisaré a mis amigos y, en un abrir y cerrar de ojos, reconstruiremos la casa. De todas formas, hablando de compensaciones: ¿acaso ha pensado alguien en ocuparse de las familias de Bodo y los demás?

—No sé. —Avergonzado, rozó el amuleto que le habían regalado en el poblado del cazador—. No se me había ocurrido pensarlo.

—Pues piénsalo. Esas familias viven en la pobreza y la pérdida de un par de brazos puede suponer que el hambre entre en la casa.

—Tienes razón. Me encargaré de que no les falte.

—Que se ocupe nuestro padre —volvió a gruñir el hombrón—. ¿O no es un gran hombre? ¿Un pater familias, como dicen los romanos? Pues que afloje un poco la bolsa.

—No creo que se pueda decir que nuestro padre es mezquino.

—No, es cierto. Pero tampoco suele mirar mucho abajo y reparar en ciertos detalles.

—¿Cómo conseguiste escapar de los hombres de Ambacto? —Sixto cambió de tema. Por ese y otros detalles, tenía cierta sensación de que había algunas diferencias entre Silo y su hijo mayor.

—Samine vino a avisar y conseguí refugiarme en el bosque a tiempo.

—¿Samine? ¿Otra vez? —Sixto agitó la cabeza asombrado—. ¿Pero ocurre algo en el bosque de lo que ella no se entere?

—Conoce estos alrededores como la palma de su mano. Les vio merodear y vino corriendo a avisarme.

—¿Pero de dónde ha salido exactamente Samine?

—De ninguna parte. Siempre ha vivido en esta parte del bosque.

—Ya me entiendes, hombre. —Apartó una rama al pasar, provocando con ese gesto un diminuto diluvio—. Ella no se parece al

resto de la gente... y no es normal vivir en medio de la selva.

—Hay más gente viviendo en el bosque de lo que tú te imaginas, y no todos son ladrones o proscritos. Yo mismo tengo, o tenía, mi casa en medio del bosque. Además, Samine no está sola, vive con Semiode, su madre.

—¿Semiode? Es la primera vez que oigo hablar de ella.

—Tiene fama de bruja. Las dos, madre e hija, la tienen. Semiode es asiática. Manterudiano, que era un viejo amigo mío, se la trajo como esposa cuando nos licenciarnos de las legiones. Pero luego él murió de unas fiebres y sus parientes no quisieron aceptar ni a su mujer ni a la hija de ambos como parte de la familia.

—¿Por qué? Eso no está bien.

—No, no lo está. Las bandes de la familia les castigarán a su tiempo por tal acto. A ellos no les gustaba que fuese extranjera y no quisieron darle cobijo. Se vino al bosque con su hija. Ya entonces decían de ella que era una bruja. Si los amigos de Manterudiano no nos hubiéramos ocupado de ellas, se hubieran muerto de hambre sin que los que debían hacerlo hubieran movido un dedo. —Hizo rechinar los dientes—. La gente, con frecuencia, suele ser estrecha de mente y cruel, hermano.

—¿Pero no hubieran estado mejor en algún poblado?

—Coluso les ofreció hospitalidad. Pero Semiode eligió esto.

—Pero dos mujeres solas, en mitad del bosque...

—No te apures, están bajo la protección de los amigos.

Sixto ladeó intrigado la cabeza, con una pregunta en la punta misma de la lengua, pues la forma en que el herrero decía los amigos le daba qué pensar. Y pensó en las antiguas sociedades guerreras celtíberas que, según se rumoreaba, aún existían en el más absoluto de los secretos, ya que eran mal vistas por los conquistadores romanos. Quienes hablaban del tema nada sabían y quienes quizás pudieran saber algo negaban su existencia. Pero, por ciertos detalles, captados aquí y allá, que nada significaban por separado y sí juntos, Sixto estaba convencido de que algunos de sus hermanos, y ahora

pensaba que también su hermanastro, pertenecían a alguna de tales sociedades.

Al final, sin embargo, no se atrevió a preguntar.

—Por cierto —dijo en vez—. ¿Qué hiciste cuando Samine te avisó?

—¿Qué podía hacer? Yo aprendí hace muchos años lo que tú el otro día: que un hombre solo tiene todas las de perder contra varios. Cogí mis armas, las joyas y al dios de la casa, y salí de allí a escape a esconderme en el robledal. —Dejó escapar una risa salvaje—. Mejor huir y esperar otra oportunidad que... ¡Detente!

Sixto se paró en seco, sobresaltado, y medio se agazapó, la jabalina presta, buscando con los ojos algún posible enemigo.

—No, no. —Le tranquilizó el herrero—. Siento haberte asustado, pero, como recorro todos los días este camino y veníamos hablando, se me había olvidado dónde estábamos. No puedes pasar de aquí.

—¿Cómo que no? ¿Por qué? —Le miró desconcertado y un poco dolido.

—Mi fragua es secreta. Ningún profano puede entrar en ella, verla o estar siquiera a menos de cien pasos. Mira. —Le indicó unas rocas a un lado y señaló una brecha en las mismas que, a modo de hornacina, albergaba una estatuilla de arcilla de unos tres palmos de alto que representaba a un hombre joven—. Nadie puede pasar del altar del dios.

—¿Qué dios es ese?

—El gran Endovelico. Aguarda aquí. Tengo las lanzas en la fragua, volveré en un momento.

Se alejó sin darle tiempo a replicar y, en un instante, ya se había esfumado entre la maleza. Sixto se quedó solo en el bosque, oyendo el rumor manso de la lluvia. Dio cortos paseos de un lado a otro, con las lanzas en las manos. Todo estaba quieto y silencioso, como si la vida del bosque se hubiera ocultado a esperar que pasase el aguacero. Se sentía gran humedad y estaba oscuro. El agua, al gotear desde las hojas, corría formando minúsculos regatos por la tierra negra.

Se acercó al altar aunque se quedó a unos pasos por respeto a

Endovelico. Aquel era un gran dios, sobre todo entre las gentes del oeste y el sur —lusitanos, ilergetes, túrdulos—; señor de los muertos y la curación, protector de los herreros. La imagen descansaba en una repisa natural entre objetos varios tales como cántaros, figurillas y amuletos, y a los pies de las rocas se veían las cenizas de un fuego ceremonial.

Sixto, que algo de arte e historia había aprendido entre los romanos, supuso que aquella imagen era obra de artesanos sureños, ya que mostraba claras influencias orientales. Y el sur no solo había estado en contacto, durante siglos, con fenicios y cartagineses, sino que aún contaba con grandes ciudades como Gadir, pobladas casi en su totalidad por descendientes de fenicios.

Tan absorto estaba contemplando la efigie del dios, que no oyó que volvía Terialuga. Se llevó un susto tremendo cuando este reapareció de sopetón saliendo de detrás de los árboles. Pero olvidó el sobresalto al punto, y los ojos se le fueron a los dos dardos que su hermanastro llevaba en la zurda. El herrero ocultó las armas a la espalda.

—Sixto, cuando se rastrea a una fiera tan sanguinaria como Andartarón y, además, hay asesinos que no esperan sino un descuido para cortarte la cabeza, uno no puede despistarse ni un momento —le recriminó ceñudo.

—Estaba mirando al dios.

—Ni aun así. —Sacó los dardos—. Bueno, he aquí lo prometido.

Sixto, ansioso, hizo a un lado sus venablos para tomar los nuevos dardos, pero su hermano volvió a regañarle.

—¡No trates así las armas, hombre!

—Lo siento —se disculpó azarado, pues sabía lo que las armas y ciertas herramientas tenían de sagrado para su pueblo, sobre todo para los herreros.

—Anda, trae acá. —Terialuga recogió las viejas y le tendió las nuevas.

Sixto sopesó las lanzas. Eran dos sauniones: dardos largos y

pesados, hechos por entero en hierro. Examinó las hojas, el diseño de los filos, los símbolos mágicos cincelados en sus caras. Valoró varias veces su equilibrio. Amagó un tiro.

—Gracias. ¿Son mágicas?

—Todas las cosas tienen su magia; algunas más, otras menos. Estas lanzas tienen más magia que la mayoría. Las he forjado yo mismo, en mi fragua secreta, con la luna en la fase propicia y cantando las frases adecuadas. Pero recuerda lo que ya te dije una vez: ninguna arma vale más que lo que el brazo que las blande.

Sixto asintió, aunque solo le oía a medias. Como estaba nublado y ellos se hallaban bajo la cúpula de los árboles, se movió unos pasos con una en cada mano buscando algo más de luz para poder verlas mejor. Luego, de repente, recordando algo que le habían contado sus ayos hacía mucho, mucho tiempo, acerca de una de las costumbres de su gente, las alzó e hizo resbalar el filo de una sobre la otra, haciendo brotar un surtidor de chispas fugaces.

—¡Despierta oso! —dijo mientras su hermanastro le contemplaba con una sonrisa pensativa.

Volvió a rozar los filos, provocando una nueva lluvia de chispas.

—¡Despierta! Sixto, el hijo de Silo, tiene dos lanzas y va a cazarte.

15

A partir de entonces, aquellos cuatro se vieron embarcados en una interminable cacería del oso. Sixto enseñó a los demás a trenzarse el cabello en la forma en que a él le había enseñado Bodo, el gran cazador. En las profundidades del bosque, a salvo de cualquier mirada extraña, bailaron la danza de la caza del oso en torno a una gran hoguera durante tres noches seguidas. Y todos se pintaron el rostro. El mestizo Assopa solo un lado de la cara.

—Lo hago por respeto a mis padres —explicó a sus perplejos compañeros—. Como mi madre es celtíbera, me pinto esta mitad. —Y se tocaba la mejilla izquierda, untada de negro, ocre y verde—. Pero, como mi padre es de Etruria, dejo libre esta otra.

—Uno pertenece a la familia del padre —objetó Tangino.

—Es cierto, pero lleva sangre de los dos.

El oso Andartarón, entre tanto, seguía sembrando el terror y la muerte. Atacaba tanto a bestias como a personas. Los guerreros de los poblados no osaban seguir sus huellas, y los vaquerizos, a la menor sospecha de su presencia, huían dejando desprotegidos a sus ganados.

Un temor supersticioso atenazaba a aquella parte del país pelendón. El brujo Ambacto se hacía poderoso y ganaba nuevos secuaces, sobre todo a raíz de la emboscada tendida a los cazadores romanos. Y se decía que algunos poblados y magnates le pagaban tributos para evitarse los ataques del oso. Sin embargo, Roma no olvidaba y había destacamentos militares buscándole.

Además, otro poder, este oculto, libraba una guerra secreta contra la gente del oso. Aunque no tenían lugar grandes sucesos y, en apariencia no pasaba nada, bajo cuerda se luchaba con el hierro, el fuego y la magia. Se oían rumores acerca de asesinatos nocturnos, incendios y emboscadas. Pese a que nadie daba nunca nombres ni datos concretos —y, de hecho, muchos negaban incluso que estuviera

ocurriendo algo—, todos sabían que alguna de las sociedades secretas locales había declarado la guerra a Ambacto y sus seguidores.

Ellos cuatro, por su parte, nada tenían que ver con todo eso. No vagabundeaban por el bosque al azar, sino que se dirigían de un punto concreto a otro, ya que Sixto había dibujado un mapa en pergamino, y marcado todos los lugares en los que había atacado el oso.

—Ved —les decía a sus compañeros recorriendo con el índice el mapa—. Está bien claro que los ataques no se han producido por igual: son mucho más frecuentes en esta zona.

—¿Y qué quiere decir eso? —El alto Segomago se inclinaba sobre el pergamino aunque un mapa apenas significaba nada para él.

—Esto quiere decir que su cubil tiene que estar por aquí. Todos los osos tienen una madriguera y ni siquiera este va a ser una excepción.

—Eso es mucho decir. Si hay algo que seguro que Andartarón no es, eso es un oso normal.

—Es lo mismo: si no tiene un cubil, pronto tendrá que buscarlo. —El enjuto Assopa señaló hacia el cielo encapotado—. Se acerca el invierno y tendrá que invernar.

—A no ser que no sea un oso, sino el demonio que algunos dicen. —Sonrió medio en burla Sixto—. Quizá se esfume al caer las primeras nieves.

—¿Y quién sabe si no será así? —Segomago se estremeció porque, siendo el más grande y fuerte de los cuatro, era también el más supersticioso—. ¿Y si esperamos a que vuelva a atacar para seguir entonces su rastro? Eso es lo que hizo Bodo y, aunque le salió mal, es una buena táctica.

—Es la misma que siguieron los romanos, y ya ves cómo les fue. A mi juicio, tenemos dos opciones. —Sixto alzó dos dedos en el aire—. La primera es la que tú has dicho: esperar a que Andartarón dé señales de vida y entonces movernos. Pero, viendo lo que le ocurrió a la partida de Sulpicio Varo, es fácil suponer que Ambacto tiene espías y que acabaríamos como los romanos. Nos tenderían una celada, igual que a ellos, con la diferencia de que ellos eran treinta y nosotros solo

cuatro.

Sus compañeros asintieron; Segomago pensativo, Tangino hosco, Assopa impasible.

—Pero la segunda alternativa es pensar que Andartarón, como cualquier otro oso, tiene un cubil y que, a tenor de los ataques que he podido registrar, ha de estar por esta zona. —Volvió a señalar en el mapa—. Entonces, lo que tenemos que hacer es rastrear por esta parte hasta que nos topemos con él o demos con sus huellas.

—Yo opino igual —medió Tangino—. A mí tampoco me hace gran ilusión que me cosan a lanzazos los hombres de Ambacto. Además, Assopa acaba de decir algo muy importante: se acerca el invierno y no seré yo el que se quede mano sobre mano esperando a que vengan a decirme que el oso ha vuelto a atacar. El tiempo vuela.

Así que, dejando los caballos y llevándose consigo al par de sabuesos, se sumergieron en las selvas de otoño. Aunque las primeras nieves estaban aún lejos, la estación iba ya bien avanzada y las frondas se habían convertido en un océano de rojos, ocres y amarillos que se agitaban a golpes de un viento cargado de humedad. Llovía a menudo, a veces en tremendos chaparrones, y la hondura del bosque olía a mojado, a moho y a esa podredumbre de lo vegetal que es el anuncio de una nueva vida.

Acampaban allá donde les sorprendiera la caída del sol y, a lo largo de tanto vagabundeo y de esas veladas junto al fuego, oyendo silbar al viento, rodeados por los pequeños ruidos nocturnos y las tinieblas del bosque profundo, Sixto fue intimando, poco a poco, con sus tres compañeros. Con Segomago, que era el típico hombre grande y fuerte, de carácter calmo. Con Tangino, que era vehemente y, con harta frecuencia, tozudo de más. Y con Assopa, tan reservado como un trampero viejo.

¿Pero y Sixto? ¿Cómo era Sixto? A menudo se hacía esa pregunta, sentado al calor de las llamas, viendo cómo volaban las chispas en la oscuridad. Nunca antes se había interrogado acerca de sí mismo; quizás por haber estado demasiado ocupado en preguntarse qué

pensaban los demás de él. Pero ahora, allí, en mitad del bosque y librado a sus propios recursos, la primera de las cuestiones se le antojaba cada vez más importante, y la segunda del todo banal.

Pese a que iban de un lado a otro por la zona elegida, rastreando, la primera vez que dieron con la pista del oso fue por casualidad, sin que estuvieran buscando huellas en ese momento. Fue al acercarse a un poblado a intentar conseguir algo de comida, ya que las liebres y las aves que, a veces, cazaba Assopa con la honda no les llegaban para mantenerse. Ya habían comprado comida otras veces, en otros lugares. Pero en esta ocasión, al ir aproximándose, pudieron ver que algo no marchaba bien porque todo el poblado parecía estar saliendo a recibirles, y no con muy buena cara precisamente.

Se detuvieron, desconcertados e inquietos. Los lugareños empuñaban sus lanzas, las mujeres y los niños se agolpaban detrás de los guerreros y, a la cabeza de ese gentío, se habían situado los ancianos del poblado con sus báculos. Tangino, que era el más osado, se adelantó a saludarles.

—Ya sabemos quiénes sois —le cortó, hostil, el anciano que parecía llevar allí la voz cantante—. Y solo tenemos una cosa que deciros: fuera de aquí. Largo de nuestro territorio.

Sixto se apresuró a avanzar dos pasos y poner una mano en el hombro de Tangino para impedir una réplica airada de este.

—Sin duda nos confundes con otros, señor.

—Lo dudo. Tú eres Sixto, el hijo de Silo, de Gémina, y esos tres son tus compinches.

—Entonces, si nos conoces —y volvió a apretar el hombro de su compañero—, no entiendo por qué nos recibís como a cuatreros.

—Como si lo fuerais. Tenéis intención de cazar al oso Andartarón, y nosotros hemos hecho sacrificios en su honor, para aplacarle e impedir que ataque a nuestra gente o a nuestro ganado. No tenemos intención de ofenderle, u ofender a sus servidores, recibiendo a unos que quieren matarlo.

—¿De qué estás hablando, señor?

-De que no queremos más muertes ni pérdidas. Hemos llegado a un acuerdo con los emisarios del oso y este ya no nos molestará más.

—¿Y vosotros os habéis creído esa patraña?

—Es una verdad tan cierta como que hay sol. Hemos pagado un tributo, y ayer mismo, tal y como nos indicaron, dejamos una cabra en un lugar convenido. En su debido momento, el oso-dios acudió y devoró a la víctima sin molestar al resto de ganado.

—¡Hatajo de esclavos! —explotó Tangino, librándose de la mano de Sixto—. ¿No os basta con los romanos, los impuestos y la miseria, que necesitáis echaros vosotros mismos al cuello más cadenas?

—¿Cómo te atreves? ¡Cuida esa lengua! —le espetó, irritado, el anciano, mientras entre los lugareños, situados detrás, se levantaba un murmullo amenazador.

Pero ya nada podía detener a aquel hombre impetuoso.

—¡No tenéis sangre en las venas!

—¿Es que van a ser niñatos como vosotros los que vengan a darnos lecciones a nosotros? —Su interlocutor, con un ademán, abarcó al grupo de ancianos de primera fila—. Estos que aquí ves han estado en más guerras y librado más batallas de las que alguien como tú podría imaginar.

—No lo dudo. Pero, sin duda, todo el valor se os debió agotar luchando en aquellos días gloriosos. —Se burló rugiente Tangino, que no se amilanaba con nada.

El rumor creció hasta convertirse en griterío indignado. Uno de los hombres, pasándose la lanza a la mano izquierda, se agachó a coger una piedra. Tangino, que le vio con el rabillo del ojo, se cubrió con un floreo del manto, y el cantazo rebotó en la tela gruesa. Pero ya otros lugareños estaban echando mano de piedras.

-¡Corred! —urgió Sixto viendo que les iban a lapidar.

Se dieron media vuelta y echaron a correr campo a traviesa, con medio poblado detrás de ellos, entre un tremendo clamor. Una lluvia de piedras silbaba a su alrededor, y ellos trataban de cubrirse como podían, con mantos y cetras. Como de común acuerdo, huyeron a toda

carrera hacia el bosque. En cuanto a los perros, no hizo falta darles ninguna voz, ya que, apenas cayó la primera piedra, salieron por su cuenta y a escape, aullando y con el rabo entre las piernas.

En seguida comenzaron a sacar terreno a los lugareños porque estos tenían que agacharse a coger las piedras. El número de proyectiles fue espaciándose poco a poco y, para cuando alcanzaron los primeros árboles, ya no les perseguía nadie.

Se detuvieron entonces y miraron hacia atrás, jadeantes. La distancia no era mucha, pero la carrera lo había sido a toda velocidad. A sus espaldas, desperdigados por el campo, los guerreros del poblado blandían sus lanzas con gran escándalo.

—¡No volváis por aquí! —vociferaban—. ¡No volváis o puede que le demos al oso algo más sustancioso que una cabra!

Les mostraban sus lanzas, algunos furiosos y otros risueños, mientras las mujeres se reían, comentando unas con otras y haciéndoles burla. Ellos les observaron hoscos, al amparo de los troncos de los árboles.

—¡Echarnos a pedradas, como si fuéramos chuchos! —siseó Tangino fuera de sí antes de gritar agitando el puño—. ¡Desgraciados! ¡Algún día me las pagaréis!

El mestizo Assopa, menos vehemente, se limitó a dedicar un gesto de maldición contra los del poblado antes de internarse en el bosque para silbar a los sabuesos, que habían desaparecido como el rayo entre la maleza.

Los demás le siguieron, cabizbajos. Todos se redolían de unas cuantas pedradas a pesar de los gruesos mantos, y a Segomago le habían descalabrado. La sangre le corría roja por el rostro, aunque la brecha no tenía mayor importancia. Tras encontrar a los dos canes, y alejarse una distancia prudencial, hicieron un alto para descansar y curarse.

—Esta noche volvemos y le pegamos fuego al poblado —rechinaba Tangino, rojo de ira.

—No digas tonterías. Anda, cálmate un poco. —Sixto meneó la

cabeza antes de tentarse con precaución las costillas magulladas. Se le escapó una mueca—. ¡Ay! ¡Malditos sean! Me han molido a pedradas.

—¿Es que vamos a dejar las cosas así?

—Queremos cazar al oso, no empezar una guerra tribal. Así que, por favor, trata de serenarte.

-¡Serenarme!

—Vamos, Tangino, haz caso a Sixto —suspiró Segomago mientras Assopa le cerraba la brecha—. Lo mejor que podemos hacer es cazar a Andartarón. ¿Qué mejor venganza que luego pasearnos delante de esos canallas con la piel de oso? Hoy nos han corrido a pedradas, pero nosotros les dejaremos a ellos como unos cobardes, y todos los poblados se reirán de ellos durante generaciones.

—Hummm. —Tangino sacudió la cabeza, aunque se le escapó una sonrisa feroz—. No me disgusta... aunque hubiera preferido ir esta noche y pegarles fuego a las casas.

Los ánimos estaban por los suelos. Assopa terminó la cura, ayudó a Segomago a limpiarse la sangre del rostro y, después de eso, nadie dijo ni hizo nada durante largo rato. Tangino y Segomago estaban sentados sobre un tronco muerto y el mestizo un poco más allá, rascando la cabezota de los sabuesos, mientras que Sixto, en pie, vigilaba los alrededores y, a veces, jugueteaba con sus soliferros. Por último, consciente de que era el jefe de la partida y debía hacer algo, tomó asiento sobre una roca.

—Bueno, amigos. Estoy pensando que podemos sacar ventaja de todo esto.

-¿Y cuál es esa ventaja? —Tangino dejó escapar una risa que era todo menos alegre—. Yo, en cambio, creo que a partir de ahora tendremos que pensárnoslo dos veces antes de acercarnos a un poblado. Puede que nos vuelvan a echar a palos o, lo que es peor, que nos vendan a Ambacto y sus asesinos.

—Ahí te doy la razón: tendremos que informarnos antes de pisar un poblado. Pero, sin querer, estos de aquí nos han dado al menos una baza.

-¿Cuál? —Los otros fijaron la mirada en él, ahora con una chispa en los ojos.

—Se os ha pasado por alto porque hemos tenido que salir corriendo y aún estamos alterados. Pero, ¿no ha dicho ese anciano que ayer mismo ataron una cabra en ofrenda a Andartarón? Pues vamos al lugar en que plantaron la estaca y sigamos el rastro.

—Es cierto. —Se miraron unos a otros-. ¿Pero por dónde buscar?

-Sabemos dónde, con seguridad, no está. No la pondrían cerca del poblado, de los apriscos, las fuentes, los caminos, ni ningún lugar muy transitado —apuntó casi en seguida Tangino que, cuando no se dejaba arrastrar por su genio vivo, tenía muy buena cabeza-. Hacer algo así sería tentar a la fiera y nadie en su sano juicio haría eso, no importa las garantías que puedan dar los sacerdotes del oso.

—Iré a buscar entonces. —Assopa se puso en pie-. Soy el mejor rastreador de los cuatro.

-Vale, pero ve con cuidado —le advirtió Sixto un poco inquieto—. Procura que no te vea nadie, no sea que te den una paliza.

El mestizo asintió con un amago de sonrisa antes de alejarse al trote por el bosque. Al poco los demás, que le seguían de vista, le perdieron entre los troncos.

Esperaron sin impacientarse, sin cambiar tampoco apenas palabras. Segomago y Tangino estaban sentados cada uno en un extremo del tronco muerto, pensando cada cual en sus asuntos, y Sixto algo más lejos, sobre una roca musgosa, dejando correr una y otra vez las yemas de los dedos sobre los dardos metálicos que le había forjado su hermanastro.

El día era gris y triste. El viento cortante les hacía arrebujarse en los mantos y de vez en cuando asomaba fugazmente el sol entre nubarrones negros, iluminando de repente el bosque mojado. Luego comenzó a llover y se refugiaron bajo una gran haya. Allí siguieron aguardando, viendo caer agua, y ya comenzaban a inquietarse cuando Assopa volvió, como un fantasma bajo la lluvia.

Había dado con el lugar, un paraje alejado de la aldea, tal y como

habían supuesto. Se pusieron en camino y, mientras iban hacia allá, dejó de llover e incluso salió el sol. El bosque otoñal se llenó de esa luz melancólica de la tarde, en estallido de colores donde los verdes de las malezas se mezclaban con los ocres y amarillentos de las hojas a punto de caer. Tras el aguacero, olía limpio y fresco, y aunque Segomago comentó que quizás fuera un buen augurio, Tangino se preocupó, ya que la lluvia podría haber borrado las huellas del todo.

Había poco que ver en el sitio en cuestión. Poco más que la estaca, rota por la voracidad del oso, a la que los lugareños habían atado a la cabra, y algunos amuletos de paja, cuero y hueso, colocados en las ramas de robles cercanos. Se acercaron pisando con precaución, tratando de no borrar ningún rastro, pero Assopa, con esa sonrisa suficiente de los expertos, les llamó hacia un punto situado más allá.

—Aquí. Por aquí vino el oso y por allí se marchó.

Se agacharon sobre las huellas de la fiera, ya medio borradas por el agua. Tangino puso una rodilla en tierra y, con la punta de los dedos, rozó una de aquellas grandes marcas impresas en la tierra húmeda. Pero el mestizo, impaciente, volvió a llamarles la atención.

—Mirad esto. Aquí. Había alguien con Andartarón. Vino y se fue con él.

—¿Qué estás diciendo? —Sixto se acercó—. Sin duda, la gente habrá pasado por aquí, antes y después de que viniera el oso.

—Sí. Pero mira cómo estas pisadas en concreto van y vienen a la par que las del oso. Espera. —Alzó una mano para detener la réplica y luego, con uno de sus venablos, le fue señalando sobre el rastro—. Fíjate en cómo aquí la huella del oso pisa a la humana. En cambio aquí —Y se fue unos pasos más allá— se ve con claridad que el hombre pisó sobre la huella de Andartarón. Así que hay que pensar que el hombre acompañaba al oso.

—Desde luego, no se puede negar. —Y, aun así, Tangino se agachó a comprobarlo—. ¿Pero qué puede significar todo esto?

—Está claro. —Sixto se encogió de hombros—. Alguien guía al oso hasta sus víctimas. Uno de los hombres de Ambacto, si no él mismo.

Ya veo por qué el oso se conformó con comerse una cabra, y por qué los poblados que pagan están a salvo.

Pero, lo que para él era una prueba de la superchería de Ambacto, era todo lo contrario para sus amigos, como pudo comprobar al ver la forma en que se miraban entre ellos, azarados.

—¿Es que no lo entiendes, Sixto? —le replicó Tangino, que era bastante menos supersticioso que Segomago—. Tiene que haber magia de por medio. ¿Si no, cómo es posible que alguien pueda acercarse a una fiera como es Andartarón sin acabar devorado? Ambacto tiene que ser un brujo poderoso para poder llevar a este monstruo de un lado a otro como si fuera un perro.

Sixto se puso en pie y, con un suspiro, se limpió las rodillas de tierra húmeda. Luego de pensárselo unos instantes, habló de nuevo.

—Oíd. Todos conocéis a mi hermano Terialuga, el mejor herrero de los contornos y un poderoso hechicero. Bueno, pues, según él, es posible que Andartarón sea, en realidad, un oso que se ha escapado del circo.

—¿De un coliseo? —Le miraron boquiabierto.

—Más bien, se debió de escapar durante un traslado. Terialuga opina que eso explica su ferocidad, su apetito de carne humana y el hecho de que no tenga miedo a los hombres armados.

—Bueno. —Segomago se acarició la barba—. ¿Y qué tiene que ver con lo que estamos hablando?

—Las fieras del circo no salen todos los días a la arena. Hay cuidadores que las alimentan y están acostumbradas, además de a luchar con hombres, a comer de manos de otros. ¿No podría alguien, con astucia, manejar a un animal así, sobre todo si al final ese animal encuentra siempre comida?

—Quizás. Pero tiene que ser de lo más peligroso.

—Mucho, lo admito. Pero yo he visto en persona a Ambacto y me pareció un tipo capaz de cualquier cosa. Además, ese tipo está loco, solo hay que mirarle a los ojos.

Sus tres compañeros cruzaron miradas, como consultándose, sin

saber muy bien qué pensar.

—No sé —murmuró por último Segomago—. Pero, si Terialuga lo dice... él es un hombre sabio.

Sixto clavó en él los ojos, irritado porque parecía pesar más el hecho de que aquella idea del oso de coliseo la sustentase el herrero —que era hombre famoso— que los argumentos que este mismo pudiera dar a favor de la teoría. Pero, por último, se conformó con un suspiro.

—De acuerdo, yo ya os he dado mi opinión sobre por qué puede un hombre acercarse a una bestia sanguinaria como Andartarón. ¿Qué opináis que hagamos?

—El rastro tiene muchas horas. —Assopa volvió a tantear una de las huellas—. Pero yo creo que podemos seguirlo.

—¿Vamos entonces? —Sixto empuñó con nueva decisión sus sauniones, cosechando gestos de aprobación de sus amigos.

Comenzaron a seguir la pista, y según lo hacían empezaron a sentirse más y más nerviosos. Las huellas del animal y el hombre se dirigían hacia las profundidades del bosque. Assopa iba algo adelante, rastreando, y Segomago guiaba a los perros, en tanto que Tangino había abrazado la cetra, que los demás aún llevaban colgada a la espalda. Quien más, quien menos, aferraba sus armas pese a que las huellas, como había dicho el mestizo, tenían bastantes horas.

Soplaba el viento, aullando, y los cazadores avanzaban entre el caer de hojas muertas. El sol se dirigía a poniente entre las nubes, y Sixto, que le echaba frecuentes ojeadas por entre el techo de los árboles, no podía dejar de pensar en aquella otra ocasión, cuando acompañó a Bodo, y lo que ocurrió al llegar la noche.

—Aquí desaparecen las huellas —les avisó Assopa antes de lanzarse de un lado a otro buscando como un hurón chasqueado.

—Las habrá borrado la lluvia. —Tangino también comenzó a buscar, más por frustración que por pensar que podría encontrar algo que se le hubiera pasado por alto al mestizo.

—¿Así, de repente? No puedo creerlo.

—Las habrá cubierto el acompañante del oso y la lluvia ha rematado su trabajo.

—Eso ya me lo creo más. Pero aún tenemos a los perros. —Tendió la mano y Segomago, sin rechistar, le entregó las correas. El rastreador los soltó—. ¡Cástor! ¡Pólux! ¡Busca! ¡Busca!

Se lanzaron de nuevo por las arboledas, esta vez a paso mucho más vivo, en pos de los canes. Assopa atento solo a la caza, Segomago alerta, Tangino con el ceño fruncido y Sixto cada vez más aprensivo por el declinar de la tarde. Precisamente estaba a punto de decir algo al respecto, porque el sol estaba ya muy bajo, cuando los sabuesos se detuvieron y comenzaron a olisquear por todos lados, gimiendo y estornudando.

—¡No me digas que han perdido el rastro! —bramó Tangino—. ¡No puede ser!

Miraron a su alrededor, perplejos, porque estaban en mitad de una cuesta de tierra oscura sembrada de hayas nudosas y zarzales y no en un río o en una pedrera, donde, quizás, la lluvia pudiera haber lavado todos los olores.

—Pues aquí se acaba el rastro —corroboró, pesaroso, el mestizo.

—Esto es cosa de magia. —Segomago volvió la cabeza a uno y otro lado, con desasosiego—. Es como si se hubieran esfumado de repente en el aire. ¿No será ese guía de dos patas otro mal espíritu, y no un hombre?

—No creo. —Assopa sonrió de repente, lo que, con ese rostro pintado solo por un lado, causaba una impresión de lo más extraña. Se echó al suelo y retrocedió husmeando, como si él mismo fuera un sabueso.

Los demás le contemplaron curiosos, sin saber muy bien qué pensar, mientras él desandaba unos pasos a cuatro patas. Por último se incorporó sonriente, aunque no había alegría alguna en su sonrisa.

—Aquí no hay magia y sí trucos de zorro viejo. Ese guía sabe lo que hace y ha cubierto el rastro, pero yo también sé cómo lo ha hecho.

—¿Hecho el qué?

—Ha usado unos polvos una molienda de varias sustancias que embota el olfato de los sabuesos. Estos perros son de hocico sensible y, al oler los polvos, les ocurre lo que a las personas con el gusto cuando comen una comida con demasiadas especias, que pierden ese sentido durante un buen rato.

—Vaya, vaya. —Tangino, con mala cara, golpeteó con la vara de su lanza sobre la cetra.

—Es un truco viejo de cuatrerros. No hay nada que hacer.

Se quedaron parados unos momentos, chasqueados. Pero Sixto echó un vistazo al sol, disimulado y casi de alivio, porque la luz iba tomando ya esos matices melancólicos y el cielo se volvía de ese azul tan peculiar que indica la proximidad del ocaso.

—Bien —dijo, tratando de subir los ánimos—. Algo hemos ganado. Sabemos qué buscar, y los perros conocen ya el olor de Andartarón. Ahora, lo mejor es que retrocedamos y busquemos un sitio donde acampar antes de que se haga de noche. Mañana será otro día.

16

Si algo había en Samine que, por encima de todo lo demás, fascinaba a Sixto, eso era su piel. Quizás no se hubiera cansado nunca de acariciarla y olfatearla. Era suave al tacto —ella empleaba horas y horas en mimarla con arena y rascador de bronce—, y olía a aceites y a mujer. En la penumbra, dejaba deslizarse la yema de los dedos por su espalda, notando el tacto algo untuoso del aceite y el sudor y, de vez en cuando, le pasaba la lengua para hacer que la piel mojada oliese, aun cuando fuera por un momento, más fuerte. Entonces, ella se reía.

Cada vez que se paraban en un poblado para descansar un par de días, Sixto abandonaba a sus amigos y se internaba en el bosque a solas, pese a todas las objeciones de Segomago, para reunirse con Samine. Sus encuentros tenían lugar en una pequeña choza construida contra las rocas, en un sitio tan umbrío y oculto por la maleza que uno podía pasar casi a su lado sin reparar en su existencia. Y allí, a la luz de una lámpara de sebo, era donde gastaban las horas juntos.

A Samine le gustaban las caricias, los besos y sonreír con párpados entornados. Era tan caprichosa como una gata y, si unas veces era como si le hubiera entrado un demonio en el cuerpo, otras en cambio ronroneaba y se dejaba hacer lánguida. Los dos reían mucho y, como eran muy jóvenes, podían dejar volar las horas jugando. Cuando, por último, se quedaban tendidos e inmóviles a la luz tenue de la lámpara, Sixto se amodorraba con los ojos cerrados y disfrutaba oyendo la respiración lenta de Samine.

Al llegar la hora de separarse, ella le rehacía el peinado de caza. Sus dedos corrían ágiles por los cabellos negros y largos y, en ocasiones, se dejaba llevar por un impulso repentino y le besaba en la mejilla.

—Me han contado algo —le confesó mientras le trenzaba el pelo de

la nuca—. Pero no sé si debía decírtelo.

—¿De qué se trata? —Hizo amago de volverse, pero ella le empujó la cabeza.

—Estate quieto. Así no hay forma de peinarte.

—Vamos, Samine. ¿Qué es lo que te han contado?

—Dicen por ahí que Ambacto va a celebrar una ceremonia mágica.

—¿De qué tipo?

—Los emisarios del oso andan diciendo por todas partes que, dentro de no mucho, Ambacto va invocar a Andartaron y que este saldrá del bosque para mostrarse a sus devotos y recibir su homenaje.

—Ese Ambacto es un fraude. Y el oso no es ni un dios ni un demonio, sino una fiera domesticada y sanguinaria.

—No insistas conmigo. Pero hay muchos que lo consideran un ser sobrenatural.

Al chisporroteo de la lámpara, Sixto, huraño, se acarició el amuleto que le colgaba del cuello.

—Que cada cual crea lo que quiera y se atenga a las consecuencias. ¿Dónde va a celebrar Ambacto esa ceremonia?

—No tengo ni idea.

—¿Podrías enterarte?

—Claro que podría. Lo que no sé es si quiero.

—¿Por qué dices eso?

—¿Qué por qué? Si te lo digo, júrame que no irás.

Hubo un silencio. Samine, irritada, le tiró de una trenza.

—Júramelo.

—Vamos, Samine. No puedes pedirme eso.

—Eso quiere decir que irías. ¿Y qué se supone que vas a hacer? ¿Estás pensando en matar al oso? Olvídate de eso. Ambacto y sus secuaces te cortarán la cabeza apenas te pongas a su alcance.

—Yo no he dicho que fuera a hacer nada. ¿Pero qué mal hay en ponderar todas las opciones?

—¿Entonces, qué? ¿Matar a Ambacto? Ni se te ocurra: estará rodeado de cientos de partidarios y simpatizantes.

-Tampoco estoy pensando en matarle —sonrió—. Ni se me ha pasado por la cabeza.

-¿Cómo que no? Fue él quien mandó a los asesinos, el que pagó a las brujas de Emilia para que te matasen, y fueron sus hombres los que incendiaron la cabaña de tu hermano. ¿Te parece poco?

-Lo sé, lo sé...

Dejó la frase en el aire. Samine no dijo nada y siguió anudándole los cabellos con dedos eficaces. Pero, al cabo, volvió a tirarle del pelo porque a veces le desconcertaban las extrañas vacilaciones de su acompañante.

-Bueno. ¿Qué?

—Todo lo que has dicho es cierto. Pero siento cierta repugnancia a matarle, aun suponiendo que tuviera la oportunidad de hacerlo.

—No entiendo por qué dices eso. Es tu enemigo y, además, tienes todo el derecho del mundo a vengarte.

—Ya lo sé. Pero a veces me paro a pensar en él y me pregunto: ¿qué es en el fondo Ambacto? ¿Por qué hay gente que le sigue?

—Porque el mundo está lleno de tontos y de canallas.

—Eso es cierto. Pero tengo la sensación de que los individuos como Ambacto existen porque se les necesita. Son imágenes de algo. Son lo mismo que esas figuritas que se modelan en arcilla, para encarnar lo que deseamos o tememos.

Hizo una pausa.

—La gente está harta de la miseria, de los impuestos, del expolio de tierras, y está siempre esperando algo que les dé un poco de esperanza de mejorar.

—Razón de más para matar a Ambacto.

—¿Pero cómo puedes decir eso? Por más que sea un sinvergüenza, se ha convertido en una especie de símbolo contra Roma, aunque no se lo merezca y aunque nos pese —fue a volverse, pero ella, rodeándole con los brazos, se apretó contra su espalda.

-¿Por qué hablas así? —le recriminó con suavidad—. Eres de familia rica, y ciudadano romano.

—Cuando vivía en Italia, me jactaba de ser un celtíbero pelendón.
—Sonrió nostálgico en la penumbra—. Veo en qué situación está la gente y entiendo que muchos necesiten una esperanza de, algún día, librarse del yugo romano. Y esa esperanza ahora se ha encarnado, en parte, en el culto del oso y en Ambacto.

Hizo otra pausa.

—Me pregunto si matar a Ambacto no es matar un poco esas esperanzas —concluyó.

Ella frotó su mejilla contra él.

—Ambacto es un mal hombre y todo lo que dices le hace más merecedor de la muerte, no menos. El país está lleno de gentuza como él. Se aprovechan de la desgracia ajena. Llamam a las armas contra los romanos, pero lo único que buscan es un provecho personal. No te equivoques, los nuestros no les importan nada y les están robando esa esperanza que tú dices, que es lo único que muchos tienen.

Él la escuchó en silencio, sorprendido por la vehemencia que iba tomando poco a poco su voz.

—Puedes pensar lo que quieras de hombres como Sefriges, pero al menos ellos velan algo por los suyos. Los que son como Ambacto son unos arribistas y los dioses no están de su parte. Encienden rebeliones imposibles que los romanos aplastan. Al final solo quedan muertos y más impuestos.

Volvió a frotar su mejilla contra la de él.

—Sucede en las tierras de los celtíberos, de los cántabros, de los vacceos, de los lusitanos... Los miserables de la calaña de Ambacto son una plaga, y si alguna vez se te presenta la oportunidad de matarle, no lo dudes ni un instante, córtale la cabeza y cuélgala a las puertas de Gémina para que todos la vean.

Se calló y, después de eso, se quedaron los dos largo rato en silencio, en la penumbra amarilla y oscilante de la lámpara de sebo.

Solo bastante más tarde, ya a las puertas de la choza y a punto de despedirse, Sixto volvería a tocar el tema.

—¿Entonces puedes averiguar dónde y cuándo se celebrará la ceremonia?

—Ya te he dicho que puedo. Pero...

Se cortó en seco y, lo mismo que Sixto, dio un bote, sobresaltada por un grito que de repente había resonado en el bosque, a no mucha distancia. Alguien estaba chillando de dolor y miedo, y las aves alzaban estruendosas el vuelo entre los árboles. Los gritos duraron lo que un hombre tarda en contar hasta cinco. Luego volvió el silencio. Los pájaros habían dejado de cantar. Sixto aguardaba, la cetra dispuesta y blandiendo uno de sus sauniones, mientras que Samine había echado mano a una piedra del suelo.

Las mismas espesuras que tan bien ocultaban la choza impedían ver nada más allá de unos pasos. Sixto se pasó la punta la lengua por los labios. Había oído gritar así a los criminales despedazados por las fieras en las matinales de los circos romanos. Se adelantó con cautela y Samine le siguió, lista para descalabrar con la piedra a cualquier enemigo que de repente asomase.

A no muchos pasos, caído entre unas zarzas, encontraron un cadáver. La maleza había impedido que cayera del todo y colgaba de las espinas de forma grotesca, con la boca y los ojos muy abiertos. Le habían cosido a puñaladas hacía solo un momento y la sangre brotaba de las grandes heridas, resbalaba por el cuerpo y los zarzales y era absorbida por la tierra negra. En el suelo había una jabalina, su espada y puñal estaban en la vaina, así que tuvieron que atacarle por sorpresa. Sixto estudió sus pinturas.

—Es un hombre de Ambacto. Debía de estar espiándonos —dedujo perplejo, sin bajar la guardia—. ¿Quién le habrá matado?

Él mismo se dio la respuesta al arrodillarse cerca del cuerpo y estudiar las huellas entremezcladas.

—Han sido dos hombres. —Se cambió de mano el saunión para acariciar las pisadas—. El calzado es celtíbero, desde luego. Debieron de atacarle por la espalda, entre los dos, y le hicieron pedazos. ¿Pero quiénes serían y por qué lo habrán hecho?

—Espíritus protectores, sin duda.

—¿Espíritus? Pues, para ser espíritus, caminan como hombres y usan espadas bien afiladas.

Ella se echó a reír.

—Ay, Sixto. No todos los espíritus son incorpóreos, ni salen tan solo de noche. Yo ya he visto antes esas huellas, y por eso te lo digo.

Dejó caer la piedra, como si estuviese segura ya de no necesitarla, y él alzó la cabeza.

—¿Qué las has visto antes? ¿Dónde?

—Siempre detrás de las tuyas, y varias veces además. Sean quienes sean, te siguen allá a donde quiera que vas. Te protegen dos espíritus malignos, Sixto. Créeme.

Él lo observó confuso, ella le sostuvo la mirada con esos ojos almendrados suyos. Él, por fin, optó por no responder nada, pues ya la iba conociendo lo bastante como para saber que no lograría sacarle más. Se incorporó sacudiéndose la tierra.

—¿Qué hacemos con él?

—Déjalo ahí. —Samine no pudo ahorrarse un gesto de desdén—. Que se pudra.

—Es cierto que no traía ninguna buena intención y que no hemos sido nosotros los que le hemos matado. ¿Pero es prudente dejarle así? ¿Y si luego viene su espectro a rondarnos a la cabaña?

—Por eso no te preocupes. —Ella sonrió—. Sé manejarme con los espectros.

Durante más de media luna, los cuatro amigos se dedicaron a rastrear el área boscosa que Sixto había marcado en su mapa. Se trataba de una zona extensa y poco poblada, llena de colinas, barrancos y espesuras, con mucho terreno a batir. Y, aunque en más de una ocasión se toparon con las huellas del oso y su guía, siempre acabaron por perder el rastro por culpa de la lluvia, de la habilidad del guía o por ambos factores sumados.

Se veían obligados a desplazarse con cautela, a evitar en la medida de lo posible pasar por poblados —más por temor a los espías de Ambacto que por miedo a una posible mala acogida—, y a estar siempre alertas a cualquier signo de emboscada. El clima no ayudaba mucho, el otoño estaba ya muy avanzado y llovía a menudo, lo que hacía aún más difícil encontrar huellas que no fueran recientes.

Sixto, que no estaba acostumbrado a la vida a la intemperie, acabó por enfermar con tanto aguacero, humedad y frío. Moqueaba y tosía. Unas veces se quedaba casi sin fuerzas y otras tiritaba, atacado por la fiebre. Sin embargo, aunque sus amigos insistían en llevarle a algún poblado y descansar un par de días, él se negó con todas sus fuerzas. Así que Assopa, que era el que más sabía de todo eso, le preparó un brebaje de soldados, aprendido de su padre, que al menos le permitía seguir en pie y soportar las calenturas.

A lo largo de aquel largo vagabundeo, poco a poco fueron intimando entre ellos de forma que, sin darse cuenta, cada vez se veían más como amigos que como compañeros de cacería. Eso es lo que sucede con aquellos que pasan tiempo juntos y comparten penurias; pero también pueden acabar aborreciéndose, que es la otra opción, porque en tales asuntos no suele haber términos medios.

Una mañana, muy a primera hora, el alba les sorprendió ya en pie, al borde de un gran claro. Amanecía oscuro y plomizo, con brumas y

nieblas que convertían a las arboledas en siluetas fantasmales apenas entrevistas entre los remolinos de vapor lechoso.

Habían encendido una hoguera para calentarse un poco las manos. La leña húmeda crepitaba y humeaba. Casi no corría aire y el silencio se asentaba como un dosel sobre el bosque, roto tan solo de vez en cuando por algún graznido. Estaban sentados al calor del fuego, charlando como solían, antes de ponerse en marcha. Habían discutido, una vez más, sobre si Samine podría hacerles llegar la noticia de dónde celebraría Ambacto su ceremonia y sobre por dónde comenzar a rastrear ese día. Pero, en esos momentos, Sixto, con un cuenco de pócima en las manos, estaba contando cosas de Roma, y sus tres compañeros escuchaban embobados sus descripciones sobre los monumentos, las grandes obras públicas, los espectáculos de la capital del mundo. A él le gustaba recordar todo aquello, ahora tan lejano, y los otros no se cansaban de oír hablar de cosas con las que, en aquellas extensiones agrestes, no habían soñado siquiera.

De repente los perros, que estaban tumbados cerca del fuego, levantaron las orejas y gruñeron. Assopa alzó una mano, y la conversación se detuvo de golpe. Se hizo el silencio, como por arte de magia. Solo se oía el crepitar de la lumbre y el gruñido de los perros mientras ellos, aguzando el oído, trataban de distinguir algo entre las brumas que se movían lentamente.

Una bandada de aves levantó el vuelo al otro lado del claro. Oyeron el batir las alas y los graznidos en la niebla, y se incorporaron, empuñando cetras y lanzas, aunque no se distinguía nada entre los vapores.

—Quizás no debimos encender la hoguera tan a descubierto — musitó Tangino con el aliento formando nubes blancas según hablaba.

—Ya no tiene remedio —murmuró a su vez Assopa.

—Retrocedamos —sugirió Segomago entre dientes.

—No —se opuso Tangino—. ¿Y si es una trampa? Puede haber enemigos emboscados al pie de los árboles.

—Aguantemos aquí. —Sixto le dio la razón.

Hubo lo que les pareció un larguísimo intervalo de espera. Assopa sujetaba a los perros, que no dejaban de gruñir enseñando los colmillos. Nada parecía moverse entre la niebla, y el estar allí aguardando se les hacía insoportable, en mitad del silencio, las armas dispuestas, a la espera de poder ver u oír algo.

Con un respingo de alarma, Segomago señaló con la punta de su venablo hacia la derecha. Por allí, llegando desde el otro lado del claro, acababan de surgir varias siluetas difusas. Diez o doce hombres, poco más que borrones en la niebla; jinetes desmontados que llevaban a sus caballos de las riendas.

Eran como fantasmas en la bruma moviéndose con lentitud y en completo silencio. A veces se oía relinchar a alguna de las monturas. Ellos, con la garganta seca, se aprestaron a la lucha. Los perros estaban ahora ladrando con furia, y Tangino se adelantó un paso para lanzar un grito resonante que era a la vez una advertencia y un desafío. En respuesta, les llegó un son largo y melodioso, como el trino de algún pájaro.

Tras un momento, el silbido volvió a sonar, y Sixto vio, confundido, que provocaba un curioso efecto en Segomago y Tangino, que habían bajado las lanzas con una extraña expresión en el rostro, mezcla de alivio e inquietud. El mestizo, a su vez, había ladeado la cabeza con gesto igualmente curioso.

-No son hombres de Ambacto —le avisó Tangino con un hilo de voz mientras se escuchaba por tercera vez aquella llamada de pájaro.

Los recién llegados emergieron lentamente de entre los remolinos de bruma. Eran celtíberos, desde luego, aunque las pinturas de sus rostros y escudos no se parecían a nada que Sixto hubiera visto antes. Sus armas eran de guerra y, por todo ello, así como por la actitud de sus amigos, se le ocurrió de repente si no se habrían ido a topar con miembros de alguna hermandad secreta, quizás de la misma que estaba en guerra con el culto del oso.

Unos vestían mantos negros y otros pieles. Algunos calaban

máscaras de madera, y uno un casco cerrado, con dos rendijas para los ojos y una gran cimera roja. Los demás iban pintarrajeados, con el pelo trenzado o sujeto por cintas de cuero, y, entre estos últimos, Sixto reconoció, atónito, a su hermanastro Terialuga.

Sin embargo, de entre todos ellos, había uno que llamaba especialmente la atención, tanto por el porte como por el atavío. Porque si Terialuga era alto y Segomago lo era aún más, aquel resultaba un verdadero gigante. Sobresalía como una torre en la niebla y su atuendo no podía ser más fantástico. Llevaba una piel de oso que le cubría la cabeza y la espalda, con la jeta del animal a modo de máscara, amuletos de hueso y metal al cuello, y una lanza de hoja muy ancha entre las manos, de forma que allí, entre los remolinos de vapor, se les aparecía a los cuatro acampados como un ser mítico, un espíritu o un dios del bosque.

Hubo unos momentos de espera, mientras unos y otros se contemplaban entre los retazos de bruma. Luego, uno de los recién llegados alzó la mano, Tangino repitió el gesto, y los visitantes se acercaron a la hoguera. La tensión desapareció, todos hicieron a un lado los hierros y alargaron las manos hacia el fuego para quitarse el entumecimiento de la mañana. El herrero, con una señal, se llevó a Sixto un poco aparte.

—Veo que aún sigues buscando al oso, ¿eh?

—Hasta que lo cace —repuso él con un susurro ronco.

Al otro no se le pasó por alto ese tono de voz, se acercó a él aún más y, al mirarle, reparó en sus ojos lagrimosos y rostro algo embotado.

—Estás enfermo.

—No es nada: un resfriado. Cosas del otoño.

Pero su interlocutor le observó inquieto.

—Es el frío y la humedad del bosque. Se mete en los huesos, echa raíces y puede matar. He visto cómo les sucedía a muchos. Dicen que es una tontería, pero se te puede llevar de un día para otro. Más vale que te cuides.

—Assopa, nuestro rastreador, sabe preparar pócimas. —Le mostró el cuenco, aún humeante, que había vuelto a coger.

—¿Vuestro rastreador es ese? ¿Y por qué lleva pintada solo la mitad de la cara?

-Cosas tuyas. Dice que se pinta la mitad porque su madre es celtíbera y su padre no.

-Bueno, allá cada cual... —Olisqueó el contenido del cuenco—. Eh, yo también sé preparar esta clase de brebajes. Ayudan a aguantar en pie, pero no curan nada. Son buenos cuando estás en la guerra y mantenerse en pie supone la diferencia entre la vida y la muerte. Pero ese no es tu caso.

—Como si lo fuera.

—No digas tonterías. Tienes que volver a casa y recobrar la salud. Tiempo tendrás luego, una vez curado, de cazar a ese maldito oso.

-No puedo hacer eso. —Se interrumpió para toser, haciendo fruncir el ceño al herrero—. No después de todo lo que ha pasado.

—¿Y qué es lo que ha pasado, si puede saberse? Explícamelo. —Agarró con ambas manos la vara del venablo, exasperado.

-Lo sabes perfectamente.

El otro no replicó y se quedaron callados. El herrero meneaba la cabeza disgustado, y Sixto, sintiendo una pizca de fiebre, puso los ojos en la fogata. Assopa se mantenía algo aparte de todos, jugando con los perros, pero los otros dos hablaban con algunos de los guerreros pintados como si les conocieran. El resto de visitantes se calentaba alrededor de la hoguera o atendía a sus caballos.

Sixto volvió a mirar al gigante con cabeza de oso y luego observó a uno de los que usaban máscara. Cuanto más se fijaba en ese último, más le recordaba a su hermano Sucaro, aunque se cuidó de decir nada al respecto o de acercarse a él.

Después, el herrero le habló de nuevo.

—En Grecia, hay filósofos que hablan sobre cosas muy curiosas —comentó meditabundo—. Un filósofo es un sabio que...

—Sé de sobre lo que es un filósofo —le cortó Sixto, más que

perplejo. Porque lo último que hubiera esperado era oír, en mitad de los bosques y de labios de un guerrero pintarrajeado, hablar de Grecia y filosofía. Pero luego recordó que Terialuga había combatido en las grandes guerras civiles de los romanos y, sin duda, debía de haber estado en las campañas griegas.

—Claro. —El herrero aceptó con un movimiento de cabeza—. La verdad es que muchos filósofos son unos charlatanes y otros no dicen más que insensateces. Pero los hay también que se paran a pensar sobre asuntos que la gente común ni siquiera imagina que existan. Recuerdo haber oído a más de uno hablar de algo a lo que llamaban Culpa y Vergüenza.

—No me suena.

—Entonces, quizás debieras haber frecuentado menos los espectáculos públicos y más los patios de los buenos filósofos, que me consta que no faltan en Roma. Esos filósofos de los que te hablo afirmaban que todos los hombres viven bajo la amenaza de la Culpa y la Vergüenza. Una de ellas, o incluso las dos, persiguen a los que no obran como es debido. Son dos sentimientos humanos, aunque bien distintos, porque la Culpa es interior, mientras que la Vergüenza es exterior.

—No te entiendo.

—Es muy fácil. Si uno cree que ha actuado mal, siente desazón y disgusto consigo mismo: sufre de culpa. Pero si lo que le angustia es el temor a lo que los demás puedan pensar de él, entonces de lo que padece es de vergüenza.

Sixto, que se había ruborizado un poco, trató de sostener la mirada del herrero.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—¿A ti que te parece? ¿Crees que no hiciste lo que debías aquella noche, cuando os atacó el oso, o lo que te da miedo es lo que la gente pueda decir de ti?

—¿Importa? —replicó con cierta amargura.

—Si no te importa, debiera hacerlo. Andartarón es una fiera

sanguinaria y sus adoradores no se andan con chiquitas. Encima, ahora vas así por ahí arrastrando esa enfermedad... creo que lo menos que podías hacer era pararte un momento y preguntarte qué te hace correr tantos riesgos.

Pero el otro no respondió nada. En vez de eso, comenzó a toser de nuevo, con una tos honda y cavernosa que hizo marcarse arrugas en la frente pintada del herrero.

—Has cogido humedad en los pulmones —insistió señalándole con su lanza—. ¿Por qué no vuelves a casa y guardas cama? Ya cazarás al oso cuando te recuperes. No te preocupes, la gente no se atreve a salir a matarle, tienen tanto miedo a los esbirros de Ambacto como a la propia fiera.

—Si espero se nos va a echar el invierno encima. Además, no me gustaría que te hubieras tomado la molestia de forjar este par de sauniones para nada. —Palmeó los dardos de hierro con una sombra de sonrisa en la expresión.

—Sin duda te equivocas —le corrigió el otro, con voz suave—. Yo no he forjado nada.

—¿Cómo que no...? —Alzó los ojos, atónito, pero su interlocutor no le dio tiempo de acabar la pregunta.

—Debes de confundirme con otro. Yo estoy hecho de humo y niebla. Soy un espejismo, una ilusión, parte del bosque. ¿Cómo iba alguien así a ser capaz de forjar ese par de sauniones?

Sixto miró confundido ese rostro pintarrajeado, fijándose en los ojos oscuros y ardientes de su interlocutor. Mientras, un lejano recuerdo comenzaba a asomar desde el fondo de su memoria. ¿Qué era lo que le habían contado sus ayos hacía tanto tiempo? ¿No había gente que, mediante la magia, dejaba o creía dejar su propia personalidad para asumir otra distinta? ¿Era eso lo que ocurría con los hombres de las sociedades guerreras cuando se pintaban el rostro?

Cabeceó muy despacio, para dar a entender que comprendía, y el otro asintió a su vez, solemne.

—Hay cosas que nadie me ha contado —dijo Sixto.

—Hay cosas que nadie cuenta. Se crece con ellas y todo el mundo las sabe, aunque nunca nadie las menciona.

—Pero eso no vale conmigo, que me he criado muy lejos —suspiró apenado—. Muchas veces me siento como un extranjero.

—No estés triste por eso, ni te avergüences de ello —repuso el hombre que ahora negaba ser Terialuga, el herrero—. Cada uno es como es y sigue su propio camino... Aunque espero que tu forma de ser no te cueste la vida.

—Yo también lo espero.

—¿De veras piensas cazar al oso así? ¿Dando tumbos por el bosque con la esperanza de poder encontrar sus huellas? Mira que el terreno a batir es mucho.

—Me subestimas. —Picado, Sixto echó mano del mapa—. Mira esto: he señalado los lugares donde se dice que ha aparecido el oso, y estamos rastreando por la zona donde se concentra el mayor número de ellas.

—Huummm. —Le dedicó una ojeada—. Aun así, sigue siendo mucho territorio.

—Es cierto. Pero ya hemos encontrado varias veces sus huellas y, aunque luego las hemos perdido, las idas y venidas conducen siempre hacia aquí. —Trazó un círculo sobre el pergamino con el dedo—, y esta sí que es una zona mucho más pequeña.

—Bien pensado. —El herrero aprobó lentamente con la cabeza, llenando de orgullo a Sixto. Luego, echó un vistazo a su alrededor—. La niebla se está levantando. Nos vamos.

Lanzó un silbido. No el trino que habían escuchado antes, sino otro. Sus compañeros empuñaron las armas, se apartaron del fuego y, llevando a los caballos de las riendas, se alejaron por entre la bruma en dispersión. No hubo palabras de despedida. Solo uno de ellos, pintarrajeado y con una piel de lobo sobre cabeza y espaldas, se giró un instante y se llevó un dedo a los labios en un gesto que todos pudieron entender. Luego se volvió y en seguida todos desaparecieron

como fantasmas en la niebla.

18

Cuando un mensajero de Samine les dio alcance en el bosque con noticias sobre dónde y cuándo habría de celebrar Ambacto su ceremonia mágica, los cuatro compañeros pasaron largo tiempo discutiendo sobre qué hacer.

Tangino, tan impetuoso como siempre, era partidario de asesinar al hechicero. Muerto este, argüía, el culto del oso se desvanecería como humo, sus partidarios se dispersarían y ellos podrían dedicarse a cazar a la fiera sin temor a una emboscada o a ser degollados durante el sueño. Era factible, según su opinión, que uno de ellos se mezclase entre la multitud para llegar hasta Ambacto a tiro de dardo, herirle y huir entre el revuelo consiguiente.

Ponía tanto ardor en sus palabras que Segomago y Assopa le prestaban atención atraídos por el señuelo de una hazaña así. Pero Sixto, recordando las obligaciones de alguien que tiene hombres a su cargo, meneó la cabeza y rechazó el plan, cuidando muy mucho las palabras que pronunciaba al hacerlo, pues bien sabía cuán susceptible era su amigo.

Sixto tenía en mente un plan muy distinto a un golpe de mano tan desesperado. Se trataba tan solo de espiar escondidos, observar la aparición del oso y, una vez que se hubiese vuelto al bosque, en compañía de su guía, seguirle el rastro y cazarle. Tanto Segomago como el mestizo acabaron poniéndose de su parte y, al cabo, Tangino tuvo que ceder, aunque fuese a regañadientes.

El día fijado, Tangino y Sixto se dirigieron a pie hacia el lugar señalado, en tanto que sus dos compañeros se quedaban atrás con los perros. Se deslizaron por entre las espesuras próximas, los dardos dispuestos, y más cautos cuanto más se acercaban a su objetivo. En alguna ocasión avistaron a algún centinela de lejos, mientras deambulaba por entre los árboles. Pero aquellos vigías habían sido

enviados al bosque en prevención de algún ataque por sorpresa, y pudieron esquivarles sin mayor problema.

Tangino, que conocía aquella zona, fue quien les guió en el último tramo. Fueron escabulléndose entre matas, árboles y rocas hasta llegar al límite mismo del bosque, donde las arboledas dejaban paso a unas praderas muy amplias, encharcadas y llenas de hierba. Se colocaron tras un tronco caído antes de atreverse a atisbar con mucha precaución. Allí, a un par de tiros de lanza, se habían ya congregado varios cientos de asistentes. Era como si todos los crédulos, bandidos y proscritos del país hubieran acudido al llamado del brujo. No se veía más que a hombres armados, y cualquiera hubiera dicho que aquello era una asamblea guerrera y no una ceremonia.

El propio Ambacto era bien visible, descollando entre la muchedumbre. Se había situado en lo alto de un montículo, ataviado con ropas holgadas y llamativas, mucho menos raídas que las que vestía cuando Sixto se encontró por primera vez con él en la aldea de Bodo. Estaba conversando con individuos de mantos negros, grandes barbas y armas magníficas a los que, pese a la distancia, Tangino no tuvo dificultad en identificar como jefes de forajidos, todos bien conocidos por aquella vecindad.

El alboroto era tremendo y reinaba un aire de fiesta bárbara. Seguían llegando los hombres en grupo, a pie o a caballo, y sus cabecillas no perdían tiempo en subir al montículo a cambiar unas palabras con Ambacto. Habían encendido hogueras y la carne daba vueltas sobre el fuego atravesada en espetones. El olor a humo y a asado les llegaba a ráfagas según el capricho del viento.

—Huele bien, ¿eh? —comentó sonriente Tangino muy por lo bajo.

Los pellejos de bebida iban de mano en mano, y los hombres se agolpaban junto a tres carretones repletos de toneles de licor. Después sabrían que eran el botín tomado a una caravana de mercaderes que un jefe de bandidos había hecho llegar hasta esa explanada como contribución a la fiesta.

—Los rumores no mentían, por lo que veo —musitó Sixto—.

Ambacto está tratando de atizar una revuelta contra los romanos.

—¿En qué otra cosa podía estar pensando después de tender aquella emboscada al legado y su partida? Mataron a varios romanos, Sixto. Los romanos han puesto precio a su cabeza y no son de los que perdonan.

El otro asintió antes de volver a asomarse por encima del tronco podrido.

—Hay aquí muchos hombres...

—Hombres y nombres, sí. Han venido algunos de los rebeldes más famosos de la región. —También él se asomó, pensativo—. Me cuesta creer que algunos de ellos puedan prestar atención a un miserable como Ambacto. Pero les estoy viendo a su lado, con mis propios ojos.

—La estrella de Ambacto está en alza.

—Sí, pero basta un palmo de hierro para apagarla para siempre. Sigo pensando que puedo colarme ahí dentro. ¿No ves cómo llega gente de todos lados? Podría meterme hasta el pie de ese montículo y tirarle un dardo.

—¡Qué tontería! Te agarrarían en cuanto hicieses gesto de lanzar.

—Y yo te digo que no. Me podría meter entre dos de esos carros y, antes de que nadie pudiera ver nada, ya le habría tirado un dardo. Te apuesto lo que quieras a que, a esa distancia, le atravieso de lado a lado. A ver si la magia del oso puede más que mi puntería.

—Olvidalo, hombre. Aunque pudieras lanzar, cosa que veo muy dudosa, no podrías escapar de ahí.

—Claro que podría. Nadie me verá metido entre dos carros. Solo tengo que salir después tranquilamente, en el revuelo.

—No insistas más, Tangino. Todo esto está de sobra hablado y decidido.

El otro suspiró, con expresión de hastío. Se agachó y, dándose media vuelta, se sentó a esperar, con la espalda contra el tronco.

El tiempo fue pasando. Era un día claro y no muy frío, sin casi nubes en el cielo azul. Habían levantado una especie de altar en lo alto del montículo y ahora, allí, ardía una gran hoguera. Ambacto,

ayudado por un par de acólitos, estaba sacrificando animales, desde palomas a terneros, y vertía libaciones de vino en el fuego. Los tres celebrantes alzaban las manos y parecía que estuviesen cantando, aunque ellos no podían oír nada desde su escondite. Algunos de los allí presentes contemplaban la ceremonia, pero la mayoría no le prestaba la menor atención y se dedicaba a reír, a devorar asado y a empinar los pellejos hasta que el licor les corría por las barbas y los mantos. Todo aquello tenía un aire parecido a las farsas que organizaban falsos sacerdotes asiáticos en Roma y que el propio Sixto había podido presenciar.

Fue Tangino el que se dio cuenta de que algunos de los presentes —devotos del oso, a juzgar por las pinturas— prestaban una atención especial a cierta zona, en el límite entre las praderas y el bosque. Había allí reunidos unos cuantos que miraban y cambiaban impresiones. Los había que iban y venían entre los primeros árboles.

—¿Qué te apuestas a que es por allí por donde aparece el oso?

—Nada, porque me parece que perdería. —Sixto se arrastró sobre los codos buscando un mejor ángulo de visión—. Recuerda: en cuanto le veamos, nos volvemos a buscar a los otros. Les cogemos, a él y a su guía a solas en el bosque, y acabaremos con ambos.

Uno de los guerreros pintarrajeados salió de entre los árboles a la carrera. Un par de sus compañeros se adelantaron a su encuentro mientras que otro, tras prestar oídos por un instante a lo que venía gritando, echó a correr a su vez hacia el montículo. Los que estaban allí arriba se habían vuelto a mirarles. Ambacto estaba señalando en esa dirección con un largo cuchillo que aún goteaba sangre y los presentes comenzaban a girar la cabeza y a volverse.

—Eso es que ya llega el oso —murmuró Sixto observando ansioso a su vez por encima del tronco.

—Así parece. —Tangino movió la cabeza asombrado—. ¿Será posible que consigan que el oso se acerque a esa multitud?

—Supongo que lo que pretenden es que asome el hocico aunque solo sea un momento. Eso bastará. Si de verdad es un oso de coliseo,

tiene que estar acostumbrado a las muchedumbres y al escándalo.

—Aun así...

—Ambacto es hombre de recursos, eso no se le puede negar. Seguro que han colocado comida, o algo así, al borde del claro para atraerle. Pero a nosotros todo eso nos tiene sin cuidado. En cuanto veamos al oso...

Pero no llegó a acabar la frase. Estaba sonando una trompa, como dando algún tipo de alarma. Se oían gritos, y el rumor del gentío, de repente, parecía estar cambiando de cualidad, como el viento que gira de dirección. Ambos se asomaron de nuevo. Los congregados se arremolinaban, muchos se volvían ahora en otra dirección, y lo propio habían hecho los que estaban en el montículo. A estos últimos se les veía ir de un lado a otro, perplejos y alarmados, y Ambacto estaba discutiendo con sus ayudantes como si no supiera muy bien a qué atenerse.

La trompa seguía mugiendo, cada vez con mayor urgencia, desde el bosque. Se trataba, sin lugar a dudas, de algún tipo de aviso, porque un griterío cundía ahora entre los congregados. Los hombres corrían de un lado a otro, blandían sus armas, buscaban a sus jefes, mientras, Ambacto, en lo alto, señalaba frenético con su puñal.

—¡Allí, allí! —apuntó Tangino.

Sixto volvió los ojos, a tiempo de ver cómo un gran número de jinetes surgía a galope tendido de entre los árboles, a la derecha de donde ellos se hallaban y con ímpetu tremendo. Llegaban a la carga. Los caballos aplastaban la hierba y chapoteaban en los charcos. Se oía vitorear a los jinetes, los hierros centelleaban y los hombres que Ambacto había apostado en las praderas corrían delante de ellos volviéndose a veces a lanzarles algún dardo.

Desde donde se hallaban, no tenían buen ángulo de visión. Pero, aun así, en seguida pudieron constatar que los atacantes no pertenecían a la caballería romana, sino que se trataba de jinetes celtíberos, con armas de guerra y muchos de ellos cubiertos con cascos de grandes cimera roja que flameaban con la carrera.

Cargaban desplegándose para caer sobre los congregados, entre los que se había desatado una confusión tremenda. Caballos sueltos corrían por el campo, uno de los carretones ardía en grandes llamaradas cubierto de una enorme humareda negra, y parecía incluso como si hubieran estallado peleas entre los reunidos. Los que estaban en lo alto del montículo habían echado mano a sus propias armas y se estaban batiendo unos contra otros.

—¿Pero qué está pasando ahí? —se preguntó Sixto, estupefacto.

Solo más tarde sabría que los atacantes pertenecían a aquella misma sociedad guerrera con la que se habían topado días antes, en el bosque, y que contaban con cómplices entre los que habían acudido a la reunión. Eran esos últimos los que habían espantado a las caballerías y prendido fuego al carretón para sembrar el desconcierto. Uno de los que estaban en el golpe era el mismo cabecilla que había aportado las barricadas y de licor, y eran él y sus hombres los que habían atacado a Ambacto y sus acólitos en lo alto.

Los jinetes avanzaron entre los congregados atropellando a cuantos se ponían por medio. Tiraban dardos, repartían lanzazos y tajos y trataban de abrirse camino hasta lo alto. Unos pocos de los reunidos trataban de oponerles resistencia, llenos de ira, pero la mayoría huía sin mirar atrás. Había incluso borrachos que se dejaban cegar por viejos rencores, o por la confusión, y se apuñalaban entre ellos.

La asamblea de Ambacto se deshizo al primer choque. Sus partidarios corrían en desbandada total, tratando de ganar como fuese las arboledas. Algunos grupos se retiraban más lentamente, plantando cara y protegiéndose unos a otros. Los jinetes habían hollado ya el montículo y se les veía en lo alto haciendo corcovar a sus caballos entre gritos lejanos y tremolar de lanzas.

Sixto y Tangino, olvidando cualquier prudencia, se habían puesto en pie para observar todo aquello, pero la distancia era demasiada y no pudieron sacar demasiadas conclusiones. Solo tiempo después Sixto sabría que Ambacto había logrado escapar a punta de acero,

herido según el decir de algunos.

Los fugitivos estaban ya internándose en el bosque y se dispersaban por entre los árboles, cada cual cuidando solo de su propia piel. Los jinetes de la hermandad cargaban contra los rezagados abatiendo a algunos, pero más para azuzarles e impedir que se volviesen a plantar cara que con intenciones de causar una matanza. Algunos de los que huían pasaron muy cerca de donde ellos estaban, pero, demasiado ocupados en escapar, ninguno les prestó la menor atención.

Ellos, con sus armas de caza entre las manos, se quedaron allí de pie, viendo cómo corrían a través del breñal subiendo por las cuestas de turba negra hasta que Tangino cogió por el codo a su compañero.

—Mejor vámonos de aquí, no sea que nos confundan con gente del oso.

—Tienes razón. —Sixto sacudió la cabeza y volvió los ojos a la pradera más inmediata, consciente de golpe de que los jinetes podían caer también sobre ellos si les divisaban allí parados—. ¿Pero qué pasa con el oso?

—¿Qué quieres que le hagamos? Mala suerte. Antes de que haya podido asomar, han llegado estos y han deshecho a palos la reunión.

—¿Y qué? Estaba ahí mismo, seguro, a punto de asomar los hocicos.

—Bueno, pero ya no está. Su guía se le habrá llevado de vuelta al bosque.

—Seguro. Si es que el oso no se ha asustado con el escándalo y le ha destrozado. Pero a nosotros eso nos da igual. Aún podemos volver con los demás, ir hacia esa zona y buscar su rastro. Si estaba por allí, seguro que encontramos sus huellas.

—Como quieras. —Tangino le tiró de nuevo del brazo—. Pero ahora vámonos rápido de aquí. ¡Mira!

A no mucha distancia, tres jinetes de mantos negros y cascos de grandes cimbras rojas que el viento alborotaba, retenían a sus monturas y, empuñando lanzas y escudos, les observaban con

detenimiento.

—¡Maldita sea! ¡Lo que nos faltaba! ¡Corre! —urgió Sixto.

Los dos abandonaron a toda prisa el borde de los árboles. Los jinetes aún se mantuvieron unos instantes inmóviles, contemplando cómo corrían a toda velocidad por entre los árboles. Luego dieron la vuelta y regresaron junto a sus compañeros, que ya estaban celebrando la victoria con gritos y mugir de trompas.

19

Encontraron las huellas del oso, tal y como habían supuesto, y se lanzaron a seguir el rastro con las armas en la mano y especialmente alertas, pues temían un mal encuentro con algún grupo de fugitivos de la ceremonia. Pero, aunque también encontraron pisadas cruzándose con el rastro el oso, no vieron a nadie, pues casi todos habían huido en otras direcciones. Estuvieron siguiendo la pista hasta que oscureció tanto que no pudieron ver nada. Solo entonces acamparon a disgusto.

Esa noche llovió con furia tremenda y ellos tuvieron que pasarla sin fuego, refugiados bajo un roble viejo. Al alba descubrieron, como ya temían, que el chaparrón había borrado cualquier rastro. Pero no por eso se detuvieron, sino que, empapados, siguieron camino confiando en descubrir huellas más recientes.

No encontraron nada y al final desembocaron en uno de los caminos que cruzaban el bosque, desanimados. La mañana, después de los aguaceros, era clara, con un cielo azul y salpicado de nubes blancas, un viento que mecía las arboledas entre susurros y una atmósfera fría y seca que anunciaba ya el invierno.

Caminaban despacio, pisoteando el barro y con los canes sueltos. Nadie decía palabra y los únicos sonidos eran los murmullos del viento y las ramas y el canto de los pájaros. Si uno alzaba la vista, podía ver las nubes y grandes bandadas de aves migratorias que volaban rumbo al sur.

Los perros se detuvieron de golpe en mitad de la vereda, entre gruñidos, haciéndoles volver a la realidad para asir con más fuerza las lanzas y escudriñar en todas direcciones. Pero no parecía haber nada en el bosque sino árboles y malezas azotadas por la ventolera.

—¿El oso? —preguntó Sixto con un hilo de voz.

—No. —Assopa, que era el que tenía el oído más fino, señaló con

su venablo hacia el camino—. Un caballo. Por ahí.

Los sabuesos seguían gruñendo con los dientes al descubierto, y empezaron a ladrar al aparecer un jinete sendero adelante. Llegaba al trote, con una lanza en la mano y las ropas alborotadas por el aire, entre lluvias de hojas muertas. Se trataba de un celtíbero flaco, de pelo castaño y suelto y armado hasta los dientes que les observaba con tanta prevención como ellos a él.

Se echaron a la derecha silbando para llamar a los perros, y Sixto levantó la mano derecha en señal de paz. El jinete refrenó a su montura y se mantuvo a cierta distancia para que la bestia, al piafar y patear, no les salpicase de barro.

—Paz, amigos —saludó con voz agradable y un acento poco familiar.

—Paz —corearon.

—¿Vais de caza? —preguntó al ver las armas, las pinturas y los sabuesos.

—A la caza del oso, sí —admitió Sixto—. ¿Y a ti que te trae por estos pagos? Porque tú no eres de por aquí, ¿no?

—No. Soy un tito —afirmó, y sus interlocutores comprendieron por qué el acento les sonaba raro, ya que los titos eran una de las naciones más orientales de los celtíberos—. Trabajo como escolta para la caravana de Domicio Corbeles.

—¿Caravana? ¿Qué caravana?

—En seguida os vais a dar de narices con ella si seguís por este mismo camino. —Señaló a su espalda con la lanza—. Así que hacednos un favor a todos: sujetad a esos perros y acercaros con cuidado, no sea que alguien se lleve un susto y tengamos una desgracia.

Azuzó a su caballo, se lanzó al trote y, en un instante, había desaparecido tras la siguiente vuelta del camino. Ellos reanudaron la caminata, aún más atentos. No tardaron en toparse con la caravana. Ya antes había llegado hasta ellos una cacofonía de voces, mugidos, traqueteo de carromatos y entrechocar de cacharros y bagajes.

La caravana de Domicio Corbeles —seguramente un mercader íbero de la costa— avanzaba lenta y trabajosamente por los embarrados caminos de la Celtiberia. Estaba compuesta fundamentalmente de grandes carros, arrastrados por tiros de bueyes, con unas enormes ruedas macizas que rodaban estruendosas sobre baches y charcos. También se veían algunas literas de rico, portadores y buhoneros con fardos a las espaldas y, por supuesto, un gran número de guardias indígenas a pie o a caballo. Incluso había un puñado de legionarios romanos que, sin duda, iban camino de alguna guarnición.

Los arrieros maldecían entre restallar de látigos, los esclavos se afanaban empujando cada vez que un carro amenazaba con atascarse, y los guardias, con sus vistosos escudos pintados, iban lanza en mano a lo largo de toda la columna. Los portadores, cargados como burros, avanzaban chapoteando en el fango y, desde las literas, a veces, una mano entreabría las cortinas para contemplar, sin gran interés, ese paisaje de rocas y selvas otoñales.

Fueron cruzándose con ellos. Devolvían los saludos y, a los que lo preguntaban, les respondían que iban a la caza del oso. Así fue como uno de los escoltas, otro celtíbero, hizo girar su caballo y se puso a su altura.

—No sé si he oído bien. ¿Vais a la caza del oso?

—Así es —corroboró Sixto.

—¿No será esa fiera asesina de la que tanto hemos oído hablar?

—Andartarón. A ese mismo andamos buscando.

—Anoche mismo oí contar muchas cosas sobre él. No puede ser tan feroz como le pintan.

—No sé lo que te habrán dicho, pero te aseguro que es un animal poco corriente.

—¿Es de veras un demonio, invulnerable a las armas comunes? — Se inclinó sobre el cuello de su montura al hablar, y los ojos se le iban a los sauniones de Sixto, muy diferentes a los dardos ordinarios de caza.

—No sé si es un demonio o no. Pero soy de los que opinan que, en cualquiera de los dos casos, un lanzazo bien dado puede acabar con él.

—Espero que no se fije en nuestra caravana. Los salteadores ya nos dan bastantes problemas. Pero, escuchadme: hace no mucho rato que he visto huellas frescas de oso, lo que no podría asegurar es que fueran del que buscáis.

—¿Dónde las has visto? —Se miraron entre ellos, electrizados.

—Ni a mil pasos. —Señaló con el pulgar a la espalda—. No tenéis más que seguir el camino, las huellas lo cruzan. Eran de oso muy grande y desde luego que eran muy recientes, si no, con las lluvias de anoche se hubieran borrado.

—Te damos las gracias.

—No hay de qué, hombre. Os deseo suerte. —Y, sin más, golpeó con las rodillas los flancos de su caballo, le hizo girar y se fue caravana adelante dejándoles casi con una última réplica en la boca.

Se quedaron unos momentos en mitad del camino, viendo cómo se alejaba la caravana con sus grandes carros traqueteantes. Luego, se consultaron con la mirada.

—¿A qué esperamos? —se arrancó Tangino, siempre el más ardoroso.

Siguieron por la pista con lentitud, buscando las huellas, y aun así estuvieron a punto de pasarlas por alto. La multitud de carros, hombres y animales había pasado por encima, borrándolas del barro del camino, y, de no mediar aquel aviso, quizás no hubieran mirado más allá de las cunetas. De todas formas, ya antes de verlas, los perros habían comenzado a ladrar, captando el olor de la fiera.

Assopa, tras entregar las correas a Segomago, se arrodilló junto a las holladuras para pasar los dedos por las marcas impresas en la tierra mojada antes de alzar el rostro, pintado a medias, hacia sus amigos.

—Son muy recientes. De apenas hace un rato.

—¿Es Andartarón? —Tangino jugueteaba con su venablo.

—Sí.

—¿Seguro?

—Segurísimo. Conozco sus huellas más que de sobra. Y fíjate en los perros: ¿no ves que han reconocido su olor?

Volvieron a mirarse unos a otros, y casi les costaba mantener los ojos porque, después de tantos días y tantas fatigas, por fin tenían al oso allí, a tiro de lanza. Sixto sintió una extraña flojera en las piernas al caer de repente en la cuenta de que, quizás dentro de un rato, volvería a verse ante la misma fiera que había estado a punto de hacerle pedazos a comienzos de ese otoño.

—Vamos —instó de nuevo Tangino, que no era muy dado a reflexiones—. Los días son cada vez más cortos y no hay tiempo que perder.

Se veían huellas humanas junto a las del oso. Las mismas pisadas que en ocasiones anteriores. Se internaron con cautela por el bosque con el mestizo delante, examinando las pistas, y Segomago casi a su lado sujetando a los sabuesos. El rastro serpenteaba por una parte espesa de la selva, entre peñas y árboles, subiendo y bajando por las cuestas de turba negra.

—Es muy reciente. Atentos. Atentos —no se cansaba de insistir Assopa.

Los otros le seguían con las armas prestas y un nudo en el estómago. Sixto sopesaba sin cesar sus dos sauniones —uno en cada mano—, mientras miraba a todas partes y hacía cuanto podía por controlar un pequeño temblor en los miembros.

Sin embargo, pese a tantas precauciones, al final fueron a toparse de narices contra el oso. Caía ya la tarde, Tangino invitaba a sus amigos a apurar el paso y, al bajar por una ladera, de repente, vislumbraron a un oso que trotaba entre los árboles acompañado de un ser humano.

El oso era, en efecto, un verdadero monstruo de pelaje pardo. El guía era un hombre pequeño y flaco, casi un alfeñique, tocado con una máscara de plumas que parecía imitar la cabeza de algún pájaro fantástico. Tangino, apenas les puso los ojos encima, lanzó un grito

retumbante que hizo alzar el vuelo a algunas aves y echó a correr cuesta abajo blandiendo su venablo. Segomago soltó a los perros y todos corrieron dando alaridos contra el oso y su guía.

Andartarón se dio la vuelta y huyó con pesadez por el bosque, entre bramidos, seguido por el hombre de la máscara de pájaro. A los pocos pasos, entre matas, troncos y rocas, animal y guía se fueron separando. Tangino, que aún se mantenía adelantado a sus amigos, tiró un venablo contra el oso, pero falló y el proyectil fue a clavarse en tierra, donde quedó vibrando.

El hombre huyó arboleda adelante. El oso se escabulló en el interior de un barranco, una grieta llena de maleza, y los sabuesos se metieron detrás de él ladrando con furia.

—¡Coged a los perros! ¡Cogedlos! —chilló Assopa, y se puso a silbar para llamarles.

Pero ya era tarde. Los canes se zambulleron imparables en la vegetación en tanto que los cazadores se detenían unos pasos, agitando las armas y pataleando de frustración pero sin atreverse a entrar en esa maraña. Hubo sacudir de ramas, rugidos, ladridos, gañidos, y luego silencio. Se consultaron con los ojos, plantados ante la maleza de la quebrada.

Esperaron en vano.

—Creo que nos hemos quedado sin perros —dijo con suavidad el gran Segomago al tiempo que hacía saltar la lanza en la mano.

—Bueno. ¿Y qué hacemos aquí parados? —Tangino se adelantó un par de pasos, blandiendo su venablo—. Aún hay luz de sobra.

—Ni hablar. Yo ahí no entro, ni tú tampoco —se opuso Sixto, que observaba con suma aprensión aquella vegetación cerrada.

—¿Y a qué diablos hemos venido entonces hasta aquí? ¿A quedarnos mirando como tontos?

—¿Tantas ganas tienes de morir, hombre? —medió Assopa-. Ahí dentro, el oso nos hará pedazos. Ni uno de nosotros saldría para contarlo.

Tangino enseñó los dientes, pero luego, inspirando hondo, hizo

cuanto pudo para controlarse. Sixto se dio cuenta de que los ojos le echaban fuego y de que temblaba levemente, como atacado por fiebres. Después se percató de que el nudo en su propio estómago ya no estaba, se había deshecho con el frenesí de la caza y el peligro. También había sudado y ahora el viento comenzaba a enfriarle haciéndole estremecer.

—No podemos hacer nada. Ni siquiera sabemos si este barranco tiene salida por el otro lado. Vámonos y mañana le seguiremos el rastro.

—Ya no tenemos perros.

—Tampoco él tiene ya guía que le cubra las huellas. Y, por cierto, ¿qué era ese tipo? ¿Algún tipo de brujo?

—Ni idea. A mí me recuerda más bien a los personajes de los cuentos. —Tangino consultó con los ojos a Segomago, que asintió con sonrisa pensativa—. Los pájaros amigos de los osos y los lobos, les guían hasta sus presas, velan mientras duermen y les avisan de los peligros.

—En fin. Empieza a oscurecer. —Sixto echó una mirada al cielo a través de las copas de los árboles—. Lo mejor que podemos hacer es retroceder y buscar un buen sitio para acampar.

—Que no sea aquí mismo. —Segomago hizo girar en el aire las correas de los perros, ya inútiles por completo—. No sea que el oso salga de repente y nos ataque.

Desanduvieron el camino un trecho, con tantas precauciones como si esperasen una emboscada de enemigos humanos, y, al caer la noche, ya estaban instalados en torno a una hoguera, viendo danzar las llamas y oyendo silbar el viento nocturno.

—Mañana, en cuanto claree, le seguiremos el rastro —insistió Sexto.

—Para entonces puede estar muy lejos. —Tangino alargó las manos hacia el fuego, con gesto sombrío.

—¿Qué otra cosa podíamos hacer?

—No lo sé. ¿Y qué pasa con los hombres de Ambacto?

-El guía ha huido.

-A eso me refiero. ¿Qué pasa si avisa a sus amigos y se presentan aquí diez o doce mañana, a cortarnos la cabeza?

—Deben de andar todos dispersos después del desastre de ayer.

—Por eso lo digo... ¿y si el guía se topa con algún grupo errante?

—No lo sé —Sixto frunció el ceño viendo las miradas inquietas que cruzaban los demás—. Ya veremos según se presenten las cosas.

-¿Ese es todo el plan?

—¿Y qué rayos quieres, hombre? —rezongó a punto de perder la paciencia-. ¿Qué abandonemos sin más ahora que por fin le hemos encontrado?

-Bien sabes que no.

—Pues entonces ya veremos qué hacemos, sobre la marcha. Eso es lo que hay. —Bostezó un poco aparatosamente antes de apartarse un poco y envolverse en el manto-. Me voy a echar a dormir, estoy cansado y mañana seguro que es un día duro.

Segomago y Assopa le imitaron en seguida tumbándose al calor de la hoguera. Tangino, meditabundo, aún aguantó un rato más con los ojos puestos en las llamas y echando ramitas al fuego.

* * *

En mitad de la noche, alguien sacudió con gran suavidad el hombro de Sixto. Este abrió los ojos con esfuerzo y, por un instante, se quedó mirando desorientado el rostro pintado a medias de Assopa al resplandor de la hoguera.

-¿Qué ocurre? —musitó con los párpados medio cerrados por el cansancio.

—Andartarón ha venido. Está por aquí. Cerca —le contestó el mestizo con un susurro.

—¿Qué es lo que estás diciendo? —El sueño se esfumó como por arte de magia y él, echando mano a los sauniones, se incorporó para quedar sentado.

El fuego había decaído hasta convertirse en poco más que un gran montón de ascuas que arrojaban un círculo de penumbra rojiza. Más allá, todo era negrura. Se distinguían algunas sombras aún más espesas entre las tinieblas y, arriba, algunas estrellas titilaban entre nubarrones nocturnos.

—¿Has oído algo? —Sixto recorrió con los ojos la oscuridad al tiempo que trataba de escuchar algún otro ruido que no fuese el silbido del viento, el susurro de las frondas o el canto de algún búho.

—Nada.

—Entonces.

—No necesito oír nada. Está ahí, cerca. Lo sé.

Su interlocutor le contempló un instante y luego, de nuevo, las tinieblas que les rodeaban. Si había entre ellos un hombre hecho a la selva, ese era Assopa. Quizás le había alertado algún sonido muy leve, un atisbo de olor, o puede que simplemente un sentido oculto. Sixto, que trataba de taladrar aquella negrura con los ojos, no pudo ver nada en absoluto, pero, al pensar en ello, sintió cómo se le erizaba el vello.

—Despierta a los demás.

El mestizo, con sigilo, sacudió el hombro a los otros dos, que no hicieron ninguna pregunta ni se mostraron tan dudosos como Sixto. Simplemente tomaron sus armas de caza y, todos juntos, se pusieron a vigilar la oscuridad del bosque, afinando ojos y oídos.

—Vamos a avivar el fuego —murmuró Tangino, que había embrazado la cetra.

—Sí —le apoyó Segomago—. Las fieras temen al fuego.

—Dudo mucho que eso se aplique a Andartarón —dijo, igual de bajo, Sixto—. Pero por lo menos tendremos más luz.

Echaron más ramas a la hoguera, hasta que los rescoldos dieron paso a llamas rugientes que arrojaban una luz agitada. Los búhos ululaban en la noche y el viento alborotaba a ráfagas el fuego, haciendo temblar las sombras de árboles y matorrales. Más allá del perímetro de luz, nada parecía moverse.

—¿Estás seguro de que...? —Sixto se volvió a medias hacia Assopa.

—Sí. Está ahí. Lo sé.

El otro asintió, en vista de lo convencido que parecía y de cómo los otros dos aceptaban sin rechistar su afirmación de que el oso estaba allí, al borde mismo de la luz de la hoguera. Volvió a vigilar y el tiempo fue pasando mientras ellos sopesaban sus lanzas, esperando que en cualquier momento se produjese un ataque avasallador por parte de la fiera.

Pasó una ráfaga, agitándoles las ropas, e hizo volar una nube de chispas. Tangino, cambiando de mano el venablo, cogió una rama ardiente de la hoguera y la tiró con fuerza. La tea pasó como un meteoro a través de la negrura, sin alumbrar otra cosa que árboles y rocas antes de aterrizar en el suelo húmedo del bosque, donde se apagó con rapidez.

Se alzó otro soplo de aire provocando una nueva lluvia de pavesas. Un búho ululó, sobresaltando a Sixto que, aunque no veía ni oía nada anormal, comenzaba a sentir con la piel el resuello de un ser inmenso y terrible que acechaba en las sombras circundantes.

Sin embargo, cuando se produjo el ataque de la fiera, no hubo ningún aviso previo —ni un susurro de maleza, ni un crujido, nada— y todo sucedió tan rápido que nadie tuvo tiempo de pensar. Assopa vigilaba la oscuridad en todas direcciones, y al instante siguiente lanzó un grito de alarma.

Apenas pudieron volverse a medias, lo justo para ver con el rabillo del ojo, al temblor de las llamas, cómo una mole, todo pelaje pardo y dientes, se les echaba encima a una velocidad aterradora, arrollando la maleza entre bramidos. Assopa tuvo tiempo de tirarle una lanza, pero, en seguida, la bestia les atropelló.

Salieron por los aires como bolos, gritando, entre un diluvio de ramas encendidas y chispas porque el monstruo embistió contra la hoguera y la deshizo. Sixto cayó dando tumbos y fue a parar a unos cuantos pasos, aún agarrando con desesperación sus sauniones. Se levantó como pudo, blandiendo las armas. La fogata ya no existía, solo palos sueltos que ardían todavía aquí y allá. La luz disminuía con

rapidez.

Se distinguía un cuerpo inmóvil al resplandor menguante y Sixto creyó reconocer a Assopa. Pero no tuvo tiempo de pensar en él. A pocos pasos, el oso tenía entre sus garras al pobre Segomago y, grande como este era, le estaba zarandeando como a un pelele. Con un aullido de desesperación, arrojó uno de sus sauniones, que fue a hundirse en la mole del monstruo. El oso, bramando, soltó a su víctima, que cayó al suelo y no se movió, para volverse contra el que le había herido. Este, sin un respiro, ya le tiraba el segundo dardo de hierro con igual fortuna, aunque eso no detuvo a la fiera.

Con un rugido ensordecedor, el oso se le echó encima. No tuvo tiempo ni de empuñar la espada, y a duras penas consiguió esquivar la embestida del animal. Sin embargo, este, a su vez, se revolvió, chocando contra el cazador. Fue como si le hubiese golpeado un carromato desbocado; salió volando y fue a estrellarse contra una roca.

Se derrumbó con un fardo, aturdido, sintiendo cómo la sangre le corría por el rostro y con un solo pensamiento: Andartarón estaba a punto de caer sobre él con uñas y dientes. Fue a sacar la espada, pero como, por alguna razón, la mano derecha no le respondía, puso la zurda en la empuñadura. Al tratar de incorporarse, se desplomó de nuevo con un alarido porque la pierna derecha le había fallado, con un dolor atroz. Al caer, se golpeó de nuevo en la cabeza.

Tendido en tierra, aún pudo alzar los ojos. Casi todas las ramas ardientes se habían apagado, pero, en la casi oscuridad, aún pudo ver por qué no le había destrozado ya el oso. Porque, de alguna parte, había surgido Tangino que, aunque había perdido los dardos, aún sujetaba la cetra y blandía la espada.

Hombre y monstruo estaban luchando, el primero protegiéndose tras la cetra de los mordiscos y zarpazos, el segundo alzado sobre dos patas, enorme y aterrador, tratando de envolver al hombre en su abrazo mortal y hacerle pedazos. Andartarón rugía y Tangino estaba gritando, aunque no de dolor, sino entonando aquel retumbante

alarido de guerra que ya alguna vez Sixto había oído.

Este quiso aún arrastrarse en ayuda de su amigo, pero el dolor era espantoso y solo consiguió que la cabeza comenzara a darle vueltas. Después ya no hubo dolor y los objetos comenzaron a desdibujarse. Todo se volvió negro y el estruendo de la lucha fue haciéndose más y más confuso, hasta convertirse en un rumor que recordaba al oleaje del mar en aquellas lejanas costas del Tarraco de su infancia.

Luego, todo eso desapareció.

20

Fueron los hermanos rojos los que le descubrieron a la mañana siguiente. Sixto no lo supo hasta unos cuantos días después. Uno de ellos se quedó atendiéndole en el lugar, en tanto que el otro se acercó hasta un poblado cercano y convenció a un grupo de hombres armados para que le siguieran. Los lugareños, aunque acostumbrados a la muerte, no pudieron por menos que sacudir la cabeza y acariciarse las barbas ante lo que allí encontraron.

Algunos ayudaron a cuidar al herido, en tanto que los demás siguieron el rastro del oso. Pero no tuvieron que ir muy lejos, porque este se había alejado tambaleándose para tumbarse y morir a poco más de cien pasos. Enorme y terrible, de tupido pelaje pardo y grandes colmillos, aun inerte daba miedo, pues parecía que simplemente estuviera dormido.

Pero Andartarón, el oso dios, estaba muerto, con tres dardos clavados en su mole y varias heridas de espada. Le desollaron y recobraron las lanzas antes de regresar. Hicieron parihuelas para el herido y los muertos, y antes de ponerse en marcha le enderezaron al primero los huesos rotos, así que fue mejor para todos que estuviese inconsciente.

Más tarde, algunos hermanos de Sixto se hicieron cargo de él y le llevaron a casa de su padre, en Gémina, donde yació durante días sin despertar. Tenía un brazo y una pierna rotas, aparte de desolladuras y una brecha en la cabeza. Pero no había recibido mordiscos ni zarpazos, que según todos eran la peor clase de heridas, porque causaban grandes destrozos y solían infectarse. En cuanto al desmayo prolongado, un médico griego, traído desde Uxama, lo atribuyó a las fracturas, el golpe en la cabeza y a una debilidad previa, fruto quizás del enfriamiento padecido en el bosque.

Despertó una noche, desorientado, en una alcoba en penumbras,

caldeada y con esa atmósfera rancia y llena de olores tan propia de los cuartos de enfermos. No sufría de grandes dolores, porque le habían entablillado bien los huesos, pero se encontraba muy débil.

La convalecencia fue larga y lenta. A veces le atacaba la fiebre y a menudo se adormilaba. En esos momentos, recordaba a Segomago, a Tangino y a Assopa, y los días de vagabundeo por el bosque. En el exterior, llovía con frecuencia a cántaros, y él podía estarse horas casi sin moverse, oyendo rugir la tormenta mientras el agua golpeaba sobre las tejas y caía a chorro en el patio.

Una tarde, Terialuga fue a visitarle. Se presentó sin avisar, en mitad de un gran aguacero y, cuando entró, las gotas de lluvia aún brillaban en esa gran barba suya, negra y salpicada de hebras blancas. Al principio, no cruzaron sino banalidades, como suele hacerse en toda clase de visitas. Luego, el herrero tocó el tema.

—Me han dicho que ya has pasado lo peor, y que podrás levantarte dentro de poco.

—Eso me han dicho a mí también.

—Te he traído la piel del oso.

—¿La piel del oso?

—Claro. Es tuya. Ahí fuera la tengo.

—Te agradezco las molestias. Pero mejor haz que se la lleven al jefe de nuestra gens.

—¿Qué se la lleven a Sefriges? —le miró atónito—. ¿Pero es que no la quieres?

—No.

—Es tuya, te la has ganado.

—La ganamos entre cuatro, que fuimos los que la cazamos. Assopa es el que más la hubiera querido, supongo, pero él está muerto y yo no soy cazador. No. Mándasela mejor a Sefriges, de parte de uno al que apenas miró cuando se lo presentaron.

—Ay, ya. —Guardó silencio unos instantes—. Oye. He estado examinando esa piel y está llena de cicatrices. Cada vez estoy más convencido de que era un oso del norte, escapado del circo. Una fiera

maleada y acostumbrada a descuartizar a humanos.

—Ya da lo mismo.

—Puede que tengas razón. Desde luego, con Andartarón ha muerto su culto.

—¿Y Ambacto?

—Aún anda vivo y libre, aunque todos le han abandonado. Pero yo que él no dormiría muy tranquilo. Los romanos no olvidan... ni otros tampoco.

—¿Otros a los que, por ejemplo, les quemó la casa?

—Por ejemplo. —Hizo una nueva pausa y le miró—. Bueno, hermano, ya tienes lo que tanto querías.

—¿Lo tengo? —Le observó a su vez con tristeza.

—Eres famoso, mucho más de lo que esperabas. Después de todo —y aquí esbozó una sonrisa pensativa,— la gente dice que has matado a un demonio.

El herido se encogió de hombros y no dijo nada. El herrero, tras un momento, sacudió la cabeza.

—No te entiendo, hombre. ¿No tienes lo que tanto querías?, ¿eso por lo que tanto has luchado?

—No. Ahora me doy cuenta de que no.

—¿Pero qué quieres entonces?

—Quiero que vuelvan mis amigos.

—Ay. Pero eso no puede ser.

—Ya.

—Todos estamos en manos de los dioses, y tus amigos están ya en su regazo. No te lamentes por lo que no tiene remedio, recuérdales y hónrales.

-Terialuga, todo eso no son más que palabras.

El hombretón le miró y se levantó del taburete. La luz de la única lámpara, amarilla y movediza, le hacía parecer aún más grande.

—Es posible. ¿Y qué? Uno ha de enfrentarse a la vida con actos, pero a veces eso no es posible, y entonces, al menos, puede defenderse de la realidad con gestos y palabras. Si no tuviéramos eso,

la existencia sería muchas veces algo horrible.

Hubo un largo silencio. La lámpara chisporroteaba, haciendo temblar las sombras. Sixto, tumbado, tenía los ojos clavados en el techo, y su hermanastro, a unos pasos, le observaba. Por fin, habló el más joven.

—Estando en el bosque, me encontré con un fantasma. Un espectro que me habló de Culpa y de Vergüenza, y que me dio mucho que pensar.

—Sigue.

—He de decir que no me siento avergonzado por todo lo que ha sucedido, antes al contrario. Pero no puedo dejar de sentirme culpable por la muerte de mis amigos.

—Eso no hace honor a su memoria. Ellos eran hombres libres y obraron por propia voluntad. Cuando llegó la hora de enfrentarse al oso, a cada cual le tocó lo que le deparaba el destino. Una vez te dije que una lanza vale lo que la mano que la empuña, y ahora me alegro de afirmar que no me pesa haberte forjado esos dos sauniones. Con los dos heriste al oso, y ambas heridas eran de muerte. Te los he traído junto con la piel.

Sixto suspiró.

—Te lo agradezco de nuevo. Pero mis verdaderas lanzas están rotas.

—¿Cómo dices?

—Mis amigos se han ido, mis lanzas están rotas —citó buceando en su memoria—. ¿No es ese un dicho celtíbero?

—Lo es, uno muy viejo.

—¿Y no se arregla aquí todo con dichos y sentencias?

—Escucha. Cada uno de vosotros buscaba una cosa en concreto, y todos conocíais los riesgos. Ellos han pagado su precio y tú el tuyo, aunque el suyo ha sido más alto. Tú lo has logrado y ellos no, pero bien podría haber sido al revés.

—¡No he logrado nada! Eso es lo que trato de decirte. —Volvió a mirar al techo—. Aquel fantasma del bosque me habló de culpa y

vergüenza, de interior y exterior. Yo quería ser aceptado, ser aprobado por la gente. Ahora me importa bien poco todo eso. He cazado al oso pero, por dentro, no me siento nada a gusto. Me falta algo y, sin ese algo, no soy nada.

—¿Y qué es ese algo?

—No lo sé, no lo sé —suspiró—. Pero me falta.

—Ya veo. —Su hermano dejó escapar una sonrisa extraña—. Ay, hermano. ¿Así que esto no es el final del camino, sino el comienzo de uno más largo, eh?

—¿Entonces entiendes lo que quiero decir?

—Claro que lo entiendo.

—No sé qué hacer.

—Pues entonces espera. Te sobra tiempo para pensar. El invierno está en puertas y eso, aquí, significa frío, nieve, hielos, viento y lobos.

—¿Vendrás a visitarme?

—Cuenta con ello. —El herrero se dirigió a la puerta, ya con la intención de irse—. Y no hagas locuras: las grandes decisiones hay que tomarlas con mucha calma.

—¿Sabes lo que te digo? Que eres un redicho. —Sixto sonrió con esfuerzo.

—Lo sé. Me gusta serlo. —Sonrió a su vez.

Abrió la puerta y un golpe de aire fresco se coló dentro, renovando el ambiente viciado. Las telas se alborotaron y la luz de la lámpara tembló. Fuera, estaba oscuro y llovía a cántaros. El herrero se demoró aún un momento en el umbral para echarle una última mirada. Luego se fue, cerrando la puerta, y Sixto se quedó una vez más solo, con los ojos clavados en el techo y escuchando cómo la lluvia golpeaba contra las tejas.

Sobre el autor



León Arsenal comenzó su carrera literaria en un campo muy distinto al que ahora frecuenta: los cuentos de ciencia-ficción. A comienzo de la primera década del siglo derivó la novela histórica. Sin embargo, su primer gran título fue Máscaras de matar, que obtuvo el I Premio Minotauro de Literatura Fantástica en 2004. Su carrera ha gravitado estos últimos años alrededor de la narrativa histórica, terreno en el que ha publicado obras como la multipremiada La boca del Nilo (Premios Ciudad de Zaragoza y Espartaco), La luz de Egipto, Los malos años... a lo que hay que sumar el thriller o el ensayo histórico, campo en el que ganó el Premio Algaba 2013 con Godos de Hispania y Premio Espartaco 2016 por Balbo.



Créditos

(c) 2016 Las lanzas rotas

(c) 2016 León Arsenal

(c) de esta edición Kokapeli Ediciones

www.kokapeli.com

ISBN ebook: 978-84-945314-4-6

Diseño de colección e ilustración de portada: Pablo Uría Díez

Maquetación interior: James Crawford Publishing (William E. Fleming)



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Todos los demás derechos están reservados.

Índice

Las lanzas rotas

Capítulo 0

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20